



Don Miguel de Unamuno nos legó una espléndida obra filosófica y literaria. Para esta antología se han seleccionado, de entre sus muchos escritos, aquellos que se refieren de manera más explícita o directa a la educación y que son producto de su larga experiencia como catedrático y como rector de la Universidad de Salamanca.

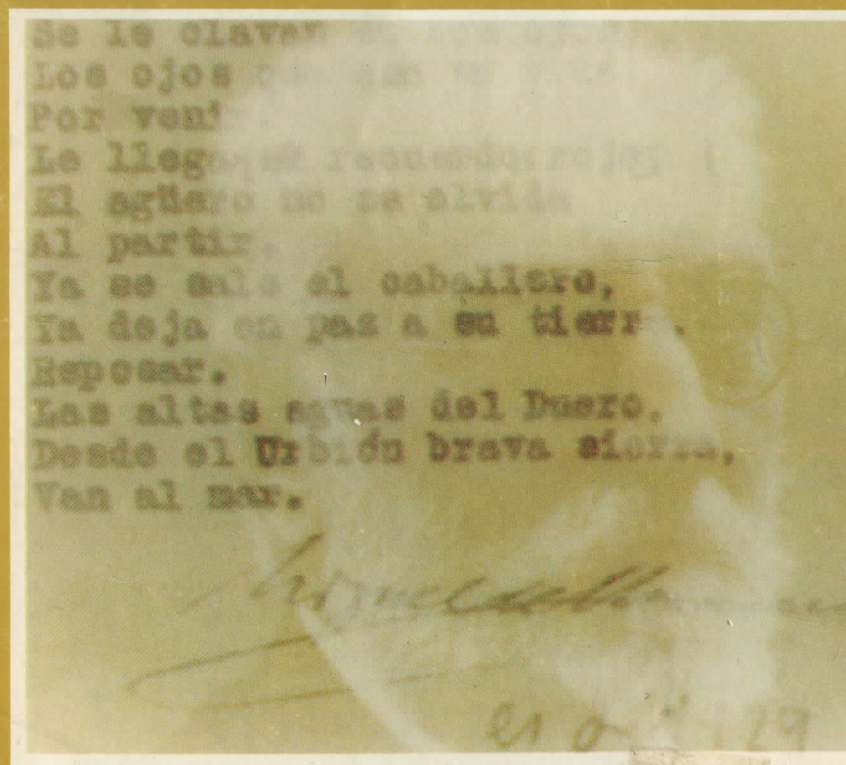
Para Unamuno la educación es, ante todo y sobre todo, hacer hombres; hombres que busquen la verdad con pasión, el conocimiento de sí mismos, la prosperidad material y espiritual de su país e intenten desentrañar el misterio que encierra el destino final del hombre y del mundo.

Mauricio Robert Díaz. México, D.F., 1948. Licenciatura en pedagogía y maestría en educación. Ha publicado trabajos sobre educación en las revistas del Centro de Estudios Educativos, la Universidad en el Mundo (UNAM), Cuadernos de Cultura Pedagógica (UPN) y otras. Actualmente realiza labores docentes en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y trabaja como investigador en la Universidad Pedagógica Nacional.

Biblioteca
PEDAGÓGICA

antología de
Mauricio Robert Díaz

UNAMUNO Y LA EDUCACIÓN



UNAMUNO Y LA EDUCACIÓN / Mauricio Robert Díaz

SEP
CULTURA



Ediciones
El Caballito

antología de
MAURICIO ROBERT DÍAZ

UNAMUNO Y LA EDUCACIÓN

UNAMUNO Y LA EDUCACIÓN N

Biblioteca
PEDAGÓGICA

antología de
MAURICIO ROBERT DÍAZ

UNAMUNO Y LA EDUCACIÓN

La Biblioteca Pedagógica de la Secretaría de Educación Pública apoya la superación de los maestros para el mejor cumplimiento de su responsabilidad de educar. Con este propósito ofrece un vasto panorama de cómo ha sido concebida la educación en diferentes épocas y latitudes, de los debates de hoy y de sus perspectivas.



EDICIONES
EL CABALLITO



Secretaría de Educación Pública

Primera edición: 1985

D.R. © 1985, Consejo Nacional de Fomento Educativo
Thiers No. 251, 10o. piso
México, D.F.

Producción: Secretaría de Educación Pública
Subsecretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

*Coordinación
general:* Manuel Pérez Rocha

Coordinadores: Raquel Glazman Nowalsky
Fernando Jiménez Mier y Terán
Engracia Loyo Bravo
Susana Quintanilla Osorio

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO

ISBN 968-6011-83-8

El maestro tiene por tarea esencial desarrollar el respeto y el amor a la verdad, la reflexión personal, los hábitos de libre examen al mismo tiempo que el espíritu de tolerancia; el sentimiento del derecho de la persona humana y de la dignidad, la conciencia de la responsabilidad individual al mismo tiempo que el sentimiento de la justicia y de la solidaridad sociales, y la adhesión al régimen democrático y a la República.

GREGORIO TORRES QUINTERO

Gregorio Torres Quintero, profesor normalista, nació en Colima en 1866 y murió en México, D.F., en 1934.

INDICE

Introducción	9
Filosofía educativa	17
Mi religión	19
Sobre la carta de un maestro	27
¡Sembremos	34
Pedagogía	37
Los maestros de escuela	39
Más sobre los pedagogos	47
Arabesco pedagógico	56
Otro arabesco pedagógico	61
Educación superior	65
De la enseñanza superior en España	67
Lo que ha de ser un Rector en España	85
Discurso leído en la solemne inauguración del Curso Académico de 1934 a 1935 en la Universi- dad de Salamanca	96
Adición	108
Poesías	113
Cancionero	115
Otras poesías	137
Lista de ilustraciones	159

INTRODUCCION



La experiencia académica de Unamuno fue muy variada. En 1891 comenzó a enseñar en la Universidad de Salamanca, donde permaneció hasta 1934. Durante este tiempo, impartió las cátedras de Lengua y Literatura Griega e Historia de la Lengua Española. Sus clases, que iniciaba en las primeras horas de sus largas jornadas, solamente se vieron interrumpidas por los seis años de su destierro en Francia, debido a su oposición política a la dictadura del general Primo de Rivera.

Don Miguel de Unamuno trabajó como maestro en la Universidad de Salamanca de 1891 a 1934, impartiendo las cátedras de Lengua y Literatura Griega e Historia de la Lengua Española. Sus clases, que iniciaba en las primeras horas de sus largas jornadas, solamente se vieron interrumpidas por los seis años de su destierro en Francia, debido a su oposición política a la dictadura del general Primo de Rivera.

Durante mucho tiempo, y con gran asiduidad, propició en sus alumnos el estudio de las Humanidades, "aprendiendo y enseñando que es la inteligencia, que es la razón la que salva a los hombres y a los pueblos. La fe misma no es sino inteligencia, inteligencia y amor, y si no es inteligencia, no es fe".

También conoció la vida de la Universidad en todas sus facetas, pues ocupó la rectoría de la misma en dos periodos: de 1900 a 1914 y de 1931 a 1936; y, puesto que el rectorado suponía jurisdicción administrativa sobre los profesores de nivel primario, hubo de conocer al igual los problemas de educación inicial y de formación de maestros, llegando en varias ocasiones a presidir los tribunales de los concursos de oposición para ocupar plazas en las escuelas primarias.

La experiencia académica de Unamuno fue muy completa y su actividad docente siempre fecunda; sin embargo, su vocación lo llevó también por otros caminos, pues su espíritu de educador no podía contenerse en los límites de la Universidad y de los libros. En 1903 escribe estas líneas dirigidas a su amigo, el filólogo Pedro de Mugica: "Yo que soñé con una labor silenciosa y terca, de pensador solitario y hasta benedictino laico y libre creyente (no digo libre-pensador), me veo metido en el barullo de la lucha, en el tráfico del combate. Y no hay más remedio; hay que pelear y en la pelea desparramarse, prodigarse, acudir a todas partes, agitar más que enseñar. Tengo que esparcir mi alma así y no recogerla para embotellarla en uno o varios libros..."¹

La obra del filósofo vasco desborda las aulas universitarias, y se dirige no solamente a los maestros y estudiantes, sino a muchos hombres de su país y de otros pueblos. Su misión educadora se proyecta al mundo y en toda ocasión enseña para aprender y aprende por enseñar, porque "La pasión de enseñar no es sino la pasión de aprender".

Cada acto de su vida lleva el signo del magisterio; en él, la docencia se confunde con la existencia. Unamuno educa, con su palabra viva y rebosante de todo matiz humano, lo mismo en la cátedra que cuando escribe artículos periodísticos, novelas, poesías, teatro, cartas, cuentos y ensayos; al pronunciar discursos o al dirigir la Universidad; al conversar en tertulias de café, y hasta haciendo pajaritas de papel para lo cual, dicen, era muy diestro.

Sus conceptos educativos se encuentran esparcidos a lo largo de toda su obra (16 volúmenes de hojas delgadas

¹ *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández, Madrid, Ed. Rodas, 1972. p. 26.

y apretada letra);² no obstante, es posible entresacar de ella una serie de escritos que, en forma específica, tratan temas y problemas de la pedagogía y la educación.

Por lo que toca a la pedagogía, es conveniente señalar que Unamuno la identifica con las prácticas tradicionales de su tiempo: el abuso de conocimientos elementales y parciales, la formalización exagerada de éstos y las técnicas didácticas que al magnificar su importancia, confunden el proceso formativo. De ahí que sus reflexiones y referencias sobre esta cuestión sean siempre críticas e irónicas.

En este sentido, no podemos dejar de mencionar la extraordinaria novela *Amor y pedagogía*,³ donde Unamuno hace una crítica al cientificismo y a la sobrevaloración de la pedagogía que, en un afán racionalista de planificarlo todo, dejan a un lado e incluso niegan, la espontaneidad y el amor. En esta obra se ataca a la pedagogía que pierde conciencia de sus límites técnicos, y pretende formalizar la educación, determinando rigurosamente los procedimientos y prefijando las soluciones, en completo olvido de dos aspectos fundamentales: el conocimiento de las disciplinas y la filosofía de la educación.

Por otra parte, la educación y la enseñanza son consideradas por nuestro autor como la acción para edificar humanamente a la juventud, hacer hombres. Es por esto que prácticamente las equipara con la política, la poesía, la

² Para la elaboración de esta antología se consultaron las *Obras Completas*, editadas en Madrid por Afrodisio Aguado, 1950; Vergara, 1958; y por Escelicer, 1971. Los lectores interesados en conocer más a fondo la obra de este autor, también pueden recurrir a la Colección "Austral" de Espasa-Calpe, que ha publicado sus principales libros.

³ En esta antología no hemos incluido ninguna parte de esta obra, pues por tratarse de una novela, coríamos el riesgo de fragmentarla y desvirtuarla. Consideramos, sin embargo, que dicha obra puede resultar muy interesante, particularmente para los maestros. Se encuentra en el No. 141 de la Colección "Austral".

filosofía; esto es, con la búsqueda de la verdad y la pasión por ésta; con el conocimiento y la lucha con uno mismo; con el despertar espiritual y la prosperidad material de un país; y con el misterio que encierra el destino final del hombre y su mundo.

Para entender la idea que tenía Unamuno sobre la filosofía y la educación, tendríamos que recurrir al concepto de *Paideia* de los antiguos griegos,⁴ el cual supone una visión unitaria e integrada del hombre, la cultura, la tradición, la sociedad, la literatura, etcétera.

En la vida y en la obra de Unamuno no existen estancos, áreas o especializaciones; todo se integra en una sola pieza. La educación se identifica con la filosofía y ésta con la poesía "principio y fin de la filosofía" que, a su vez, se origina en la política, "que la política es poesía y la historia es drama. Y todo lo demás... ¡literatura académica!"

Es por todo ello que Unamuno insiste en sus escritos en la necesidad de que los maestros tengan y desarrollen una filosofía, una concepción unitaria, histórica y total del universo. "Lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, mucha más filosofía, y más humanidades, muchas más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede ser el padre, un especialista. Hacer de la pedagogía una especialidad es perderse en la técnica pura, en la técnica hueca y vana".

En esta antología se incluyen ensayos, artículos, discursos, conferencias y poesías que fueron escritos en diversas épocas, entre 1897 y 1936.

Fueron seleccionados aquellos textos que, a nuestro juicio, podrían tener más vigencia, y de alguna manera relacionarse con los problemas educativos de México,

⁴ Al respecto, puede consultarse la introducción al libro *Paideia* de Werner Jaeger, pp. 2-16, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

como también aquellos que propenden más hacia lo universal. En algunos casos, como por ejemplo en la conferencia titulada "Lo que debe ser un Rector en España", se suprimieron algunos párrafos que se refieren a problemas muy particulares de la educación española.

Hemos agrupado los escritos en cuatro apartados:

En el primero, que denominamos *Filosofía Educativa*, incluimos aquellos que pueden mostrarnos el espíritu filosófico y educativo de Unamuno en tres aspectos fundamentales: la búsqueda de la verdad, su concepción del magisterio, y la comunicación social y trascendente de las ideas.

En el segundo, que llamamos *Pedagogía*, encontramos una serie de cuestionamientos a dicha disciplina, como los ya señalados anteriormente, y el planteamiento de algunos problemas concretos en educación básica, como la formación de maestros, la enseñanza de la lengua, etc.

En el tercer apartado, *Educación Superior*, reunimos textos donde se reflexiona sobre los graves problemas que tienen las universidades: su inercia, la corrupción, el dogmatismo, su desvinculación de los problemas nacionales, etc. Paralelamente, se nos señalan algunos caminos para que las universidades recobren o desarrollen la fuerza espiritual, que las convierta en auténtica conciencia del país.

Por último, presentamos las *Poesías* en el cuarto apartado, donde se expresan las reflexiones filosóficas y religiosas más profundas y vitales del autor, "su sed y hambre de Dios y de inmortalidad".

La mayor parte de las poesías que incluimos son coplas breves (tomadas del *Cancionero* o *Diario Poético*), que a nuestro parecer son más accesibles para personas no familiarizadas con el lenguaje poético. Estos versos son semejantes o iguales en su forma a los cantares populares, y en sus cuartetos de estilo proverbial nos ofrecen un contenido que nos acerca más explícitamente a la educación.

Para finalizar, es necesaria una aclaración adicional sobre las ilustraciones que acompañan el trabajo, porque en casi todas ellas aparece la figura de Don Quijote. Esto se debe a dos razones: a la pasión que sentía Unamuno por este personaje, expresada maravillosamente en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, su obra cumbre para muchos, y por pensar, quien esto escribe, que Don Miguel de Unamuno es, en tiempos recientes, la personificación del sueño de Cervantes.

FILOSOFIA EDUCATIVA



Mi religión*

Me escribe un amigo desde Chile diciéndome que se ha encontrado allí con algunos que refiriéndose a mis escritos, le han dicho: "Y bien, en resumidas cuentas: ¿cuál es la religión de este señor Unamuno?" Pregunta análoga se me ha dirigido aquí varias veces. Y voy a ver si consigo, no contestarla, cosa que no pretendo, sino plantear algo mejor el sentido de la tal pregunta.

Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso —y cabe pereza espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos— propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan; quieranlo o no, proponiéndose o sin proponérselo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica.

Escéptica, digo, pero tomando la voz "escepticismo" en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga y rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado. Hay

* En *Mi religión y otros ensayos breves*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, pp. 9-15.

quien escudriña un problema y hay quien nos da una fórmula, acertada o no, como solución de él.

En el orden de la pura especulación filosófica, es una precipitación el pedirle a uno soluciones dadas siempre que haya hecho adelantar el planteamiento de un problema. Cuando se lleva mal un largo cálculo, el borrar lo hecho y empezar de nuevo significa un no pequeño progreso. Cuando una casa amenaza ruina o se hace completamente inhabitable, lo que procede es derribarla, y no hay que pedir que se edifique otra sobre ella. Cabe, sí, edificar la nueva con materiales de la vieja; pero es derribando antes ésta. Entre tanto, puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso.

Y es preciso no perder de vista que para la práctica de nuestra vida rara vez tenemos que esperar a las soluciones científicas definitivas. Los hombres han vivido y viven sobre hipótesis y explicaciones muy deleznales y aun sin ellas. Para castigar al delincuente no se pusieron de acuerdo sobre si éste tenía o no libre albedrío, como para estornudar no reflexiona uno sobre el daño que puede hacerle el pequeño obstáculo en la garganta que le obliga al estornudo.

Los hombres que sostienen que de no creer en el castigo eterno del infierno serían malos, creo, en honor de ellos, que se equivocan. Si dejaran de creer en una sanción de ultratumba, no por eso se harían peores, sino que entonces buscarían otra justificación ideal a su conducta. El que, siendo bueno, cree en un orden trascendente, no tanto es bueno por creer en él cuanto que cree en él por ser bueno. Proposición ésta que habrá de parecer oscura o enrevesada, estoy de ello cierto, a los preguntones de espíritu perezoso.

“Y bien —se me dirá—: ¿cuál es tu religión?” Y yo responderé: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encon-

trarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con El luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible —o Incognoscible, como escriben los pedantes— ni con aquello otro de ‘de aquí no pasarás’. Rechazo el eterno *ignorabimus*.¹ Y, en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible.”

“Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, nos dijo el Cristo, y semejante ideal de perfección es, sin duda, inasequible. Pero nos puso lo inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos. Y ello ocurrió, dicen los teólogos, con la gracia. Y yo quiero pelear mi pelea, sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión.

Esos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadriculados en que colocan a los espíritus, diciendo de mi: “Es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico”, o cualquier otro de estos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única. “No hay enfermedades sino enfermos”, suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones sino opinantes.

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y como no la tengo, no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmi-

1 “Ignoraremos”.

sible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo, sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes —éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos—, que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. Cristiano protestante conozco que niega el que los unitarios sean cristianos.

Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etc., etc.— de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios me parecen razones basadas en paralogismos² y peticiones de principio. En esto estoy con Kant. Y siento, al tratar de esto, no poder hablar a los zapateros en términos de zapatería.

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en El, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón.

Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.

Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquei-

² Discursos y/o conclusiones falsas apoyadas en razones aparentes. Aunque el paralogismo, también, puede ser franco y de buena fe, errando sin saberlo.

tarme con decir: “Ni sé ni puedo saber”. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero “quiero” saber. Lo quiero, y basta.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: “Paradojas”, los mentecatos y los superficiales.

No concibo a un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura —y cultura no es lo mismo que civilización— de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos que, por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen: “¡No se debe pensar en eso!” Espero menos aún de los que creen en un Cielo y un Infierno como aquel en que creíamos de niños, y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: “Todo eso no son sino fábulas y mitos; al que se muere lo entierran, y se acabó”. Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos, si puedo. Lo dije ya en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, que es mi más extensa confesión a este respecto.³ Que

³ Unamuno sentía una gran predilección por este libro; solía decir que Cervantes había nacido para escribir el Quijote y él para comentarlo. Acerca de este libro, en 1904 escribe a su amigo Pedro de Mugica las líneas siguientes: “Renuncio a describirle hasta qué punto estoy empozado y enfrascado en mi ‘Quijote’. No veo ni oigo ni siento otra cosa. Ahora lo estoy poniendo en limpio y en cuartillas, labor que lleva seis y más horas diarias y que durará aún

busquen ellos como yo busco, que luchen como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y, por lo menos, esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu.

Para esta obra —obra religiosa— me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o cientificista, me ha sido preciso aparecer unas veces impúdico o indecoroso; otras, duro y agresivo; no pocas, enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizón. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar, he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y ésta es una de las cosas que menos me perdonan estos mis compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina. Los anarquistas literarios se cuidan, más que de otra cosa, de la estilística y de la sintaxis. Y cuando desentonan, lo hacen entonadamente; sus desacordes tiran a ser armónicos.

Cuando he sentido un dolor he gritado, y he gritado en público. Los salmos que figuran en mi volumen de *Poesías* no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás. Si no tienen esas cuerdas, o si las tienen tan rígidas que no vibran, mi grito no resonará en ellas y

unos días. Me va a resultar un volumen de regular tamaño, unas 300 páginas, y sin duda mi obra más personal y propia. Creo no haber puesto en ninguna otra más pensamiento, pero de lo que estoy seguro es de que en ninguna otra he puesto más pasión, más vehemencia, más alma ni mayor calor de estilo”.

declararán que eso no es poesía, poniéndose a examinarlo acústicamente. También se puede estudiar acústicamente el grito que lanza un hombre cuando ve caer muerto de repente a su hijo, y el que no tenga ni corazón ni hijos se queda en eso.

Esos salmos de mis *Poesías*, con otras varias composiciones que allí hay, son mi religión, y mi religión cantada y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto, mejor o peor, con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar. Y el que vea raciocinio y lógica, y método y exégesis, más que vida, en esos mis versos, porque no hay en ellos faunos, driadas, silvanos, nenúfares,⁴ “absintios” (o sea ajenjos), ojos glaucos y otras garabainas⁵ más o menos modernistas, allá se quede con lo suyo, que no voy a tocarle el corazón con arco de violín ni con martillo.

De lo que huyo, repito, como de la peste, es de que me clasifiquen, y quiero morirme oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu que se paren alguna vez a oírme: “Y este señor, ¿qué es?” Los liberales o progresistas tontos me tendrán por reaccionario y acaso por místico, sin saber, por supuesto, lo que esto quiere decir, y los conservadores y reaccionarios tontos me tendrán por una especie de anarquista espiritual, y unos y otros, por un pobre señor afanoso de singularizarse y de pasar por original y cuya cabeza es una olla de grillos. Pero nadie debe cuidarse de lo que piensen de él los tontos, sean progresistas o conservadores, liberales o reaccionarios.

4 Se refiere a personajes mitológicos. Fauno, dios de los pastores considerado como protector de las letras; driadas, ninfas de los bosques que realizaban sus coros y bailes en derredor de las encinas, en cuyos troncos se albergaban; silvano, semidios inventado por los poetas, que presidía y dominaba en las florestas; nenúfar, planta que crece en las aguas detenidas cuyas hojas son grandes y redondas y sus flores blancas.

5 Adorno de mal gusto y superfluo en los vestidos u otras cosas... Se llaman así también a los rasgos y letras mal formadas, que no se pueden leer.

Y como el hombre es terco y suele querer enterarse y acostumbra después que se le ha sermoneado cuatro horas volver a las andadas, los preguntones, si leen esto, volverán a preguntarme: "Bueno; pero ¿qué soluciones traes?" Y yo, para concluir, les diré que si quieren soluciones acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y a lo sumo, sugerir más que instruir. Ni yo vendo pan, ni es pan, sino levadura o fermento.

Hay amigos, y buenos amigos, que me aconsejan me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llaman una obra objetiva, "algo que sea, dicen, definitivo, algo de construcción, algo duradero". Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme, si llega el caso. Yo no sé si algo de lo que he hecho o de lo que haga en lo sucesivo habrá de quedar por años o por siglos después que me muera; pero sé que si se da un golpe en el mar sin orillas, las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra.

Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolo, la necedad y la ineptia.

Ya sabe, pues, mi buen amigo el chileno lo que tiene que contestar a quien le pregunte cuál es mi religión. Ahora bien: si es uno de esos mentecatos que creen que guardo ojeriza a un pueblo o una patria cuando le he cantado las verdades a alguno de sus hijos irreflexivos, lo mejor que puede hacer es no contestarlos.

Sobre la carta de un maestro*

Recibo una carta de mi amigo y compañero don Antonio González Garbín, profesor hoy de la Facultad de Letras de la Universidad Central de Madrid, y que durante muchos años lo ha sido de la de Granada.

Es el señor González Garbín un anciano venerable y benemérito, hoy casi ciego, que durante una larga vida ha estado educando silenciosa y pacientemente a generaciones de jóvenes en el amor y el gusto de las culturas clásicas, griega y romana.

Al leer esto es fácil que se encoja de hombros y deje diseñarse en sus labios una sonrisa alguno de esos que se figuran que el conocimiento directo y el trato con aquellos escritores que han amaestrado a tantas generaciones es hoy por lo menos superfluo. Pero como yo creo que aunque el conocimiento y el cultivo de la antigüedad clásica no contribuyen desde luego a aumentar las rentas de un país, contribuyen, y mucho, a apartar a lo más florido de sus intelectuales de los fáciles pero funestos caminos de la superficialidad, me atengo a creer que González Garbín ha hecho no poco por formar caracteres.

Aquel hombre singular, de recio temple y espíritu comprensivo; aquel hombre que parecía arrancado al marco del Renacimiento italiano y que se llamó Angel Ganivet,⁶ discípulo fue de González Garbín y muchas veces le oí hablar de éste con grandísima veneración y como del hombre que más había contribuido a formar su espíritu.

Y ahora viene lo de la carta a la que en la primera línea

* Tomado de *Obras Completas*, T.IV., Madrid, Vergara Ed., 1958, pp. 920-827.

⁶ Gran prosista, pensador y ensayista, amigo muy apreciado de Unamuno, nacido en Granada en 1862 y muerto en Riga en 1898. Entre sus obras sobresalen *Conquista del reino de Maya por el último conquistador Pío Cid*, *Los trabajos del infatigable Pío Cid* e *Idearium español*.

de este escrito me refiero. Y es que en ella, hablándome González Garbín de ciertas sentencias y originales observaciones —es su frase— de un escritor español contemporáneo cuyo nombre callo por razón que me reservo, aunque dejándola adivinar a los agudos, añade: “Ellas me hacen recordar a aquel discípulo amadísimo mío Angel Ganivet en el que perdió la patria española un gran pensador y un consejero de gran valía, de nobilísimo corazón. Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de gran aflicción. ¡Yo en un corto periodo de tiempo he llorado a mi querido Angel; a Rafael Torres Campos,⁷ que se había conquistado merecida nombradía como científico y pedagogo, y al culto elegante escritor Atienza,⁸ que enaltecía el nombre de España más allá de los mares!”

Pocas veces he encontrado en carta alguna un pasaje tan conmovedor en su severa sencillez clásica, y ha de permitirme el venerable maestro que lo saque al público.

Llevo unos veintitrés años dedicado al magisterio —en esta Universidad diecisiete— y son ya bastantes los jóvenes que por mí han pasado, y creo estar en tan buena disposición como el que más para comprender toda la íntima amargura, toda la intensidad de afectos que late bajo esta sencillísima frase: Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de gran aflicción.

Yo, que sé cuánto quería Ganivet a su maestro Garbín y de cuánto se le confesaba deudor, comprendo todo lo profundo de la aflicción que debió de embargar el alma del maestro al saber la temprana y malograda muerte del

⁷ Historiador, geógrafo y pedagogo español, nació en Almería en 1853 y murió en París el 26 de octubre de 1904; académicamente se desarrolló de manera formidable. Aparte de numerosos artículos y conferencias, publicó una gran cantidad de obras, entre las que sobresalen: *La contratación en el ramo de guerra*, *La reforma en la enseñanza de la mujer*, *España en California* y *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias*.

⁸ Se refiere a Rafael Atienza y Huertos, historiador español nacido en Ronda (Málaga) en 1822 y muerto en 1902.

discípulo que más y mejor había de reflejarla. Es un dolor comparable, creo, al del padre que ve morir a su hijo cuando éste empieza a formar familia y a continuar en ella la sangre y el nombre de aquél, antes de que a su vez tenga hijos.

Porque la existencia de nietos que perpetúan su nombre y su sangre ha de templar en cierto modo la pena por la muerte del hijo.

En el prestigio de tantos hombres, cuyos nombres la fama lleva y exalta, ¿hasta qué punto entra la labor oscura de sus maestros?

A las veces salva los mares del olvido en la historia algún maestro venerable, que nada nos dejó escrito, pero cuyo nombre pronuncian con respeto los que fueron sus discípulos. Así, el nombre de Sócrates que Platón y Jenofonte, sobre todo, nos lo han transmitido rodeado de inmarchitable gloria y que con ella persiste a pesar de las fáciles rechiflas de Aristófanes. Porque el “titeo”,⁹ como tiene origen tan miserable y mezquino, se hunde pronto.

No nos damos bien siempre cuenta de lo que es esa labor oscura y tenaz, de lo que es la obra de la palabra viva vertida un día y otro día en la intimidad del afecto que crea el trato, mirándose maestro y discípulos a los ojos, sintiéndose mutuamente la respiración cálida.

He escrito mucho en los años que llevo de vida —tal vez demasiado—, pero puede ser que, si bien mi nombre se salve, si es que se salva, del olvido, merced a esos mis escritos, mi espíritu, o mejor dicho, aquella parte del espíritu común que se me confió en depósito, perdure vivo después de yo muerto, gracias a esa labor oscura y paciente, de pecho a pecho, gracias a mis discípulos por España y fuera de ella derramados.

La frase sencillamente afectuosa de la carta de Garbín

⁹ Concerniente a la acción de hacer burla o mofa de una persona.

me trajo a la memoria lo que con un discípulo me pasó:

Llegó acá, hace ya algunos años, cuando empezaba yo mi magisterio universitario, un muchachito de Arévalo,¹⁰ Mamerto Pérez Serrano —no quiero callar su nombre, ya que su alma descansa en el eterno descanso—, que venía a estudiar filosofía y letras. Era muy vivo y muy despierto el mozo, pero muy pobre. Pretendió una beca y no la consiguió. Tuvo que seguir su carrera con no pequeños apuros. Era en mi clase el más adelantado y el que más progresos hacía y, sin embargo, no me cabía duda alguna de que apenas estudiaba fuera de ella. Todo lo tomaba al oído, y había que verle oír. Verle, digo, porque oía hasta con los ojos. Pasábase buena parte del tiempo libre jugando al dominó en el café.

Como yo en mi clase he procurado siempre no sólo enseñar aquella disciplina para cuya enseñanza me tiene aquí el Estado, sino además despertar con esa misma enseñanza el espíritu de mis discípulos y educarles el gusto y la aspiración a lo serio, hondo y clásico, me fijé en el jovencito de Arévalo y puse en su porvenir grandes esperanzas. Y, después que acabó la carrera, siguiéndolo con el pensamiento y el afecto, como sigue siempre todo maestro a todo discípulo aventajado, me preguntaba: ¿qué se habrá hecho de Mamerto?

El pobre Mamerto no tuvo suerte. Tuvo que ir al servicio militar y se fue con nuestro desgraciado ejército a Cuba, y después de aquella triste derrota volvió derrotado también, con el alma y el cuerpo enfermos.

Volvió a su pueblo natal, Arévalo, y volvió a morir. Y cuando yo supe su temprana muerte, pasé por uno de esos ignorados días de luto y de gran aflicción por que los maestros pasamos.

El lector habrá de perdonarme el que le ponga delante

¹⁰ Municipio de España, de la provincia de Avila.

de estos recuerdos tan íntimos y tan personales; pero ¿es posible acaso dar fuerza a las reflexiones que estoy ahora exponiendo, como no sea ungiéndolas con la unción de la intimidad?

Es nuestro egoísmo y nada más que nuestro egoísmo, es el egoísmo ingénito y connatural en todo hombre; pero agravado y exacerbado en el escritor; es el egoísmo, y sólo el egoísmo, el que nos hace agarrarnos más a esta labor de publicista que va unida a nuestro nombre, que no a esa otra labor silenciosa de maestros orales en que derramamos nuestro espíritu.

Y este nombre de maestro no implica en este caso nada de petulancia, sino que es, por el contrario, el más sencillo y el más humilde, pudiendo a la vez llegar a ser el más sublime. Maestro es el que enseña las primeras letras, y ni él las inventó ni para transmitir su enseñanza hace falta ni una inteligencia poderosa ni menos conocimientos extraordinarios. Pero puede enseñar a leer con tal espíritu y poniendo en ello tanta alma y tanto amor y tanta dedicación religiosa, que llegue a verdadera sublimidad de magisterio la enseñanza de las primeras letras.

No, el llamarse maestro no implica petulancia. Un maestro no es un sabio. Por maestro me tengo y en mi enseñanza he procurado siempre poner todo el ahínco y todo el amor de tal: pero en cuanto a lo de sabio, no una, sino mil veces he rechazado semejante calificativo que, creyendo por lo demás muy honroso, sé que no puede aplicárseme sino por una ingenua benevolencia o por un miserable "titeo" de raíces emponzoñadas.

Ya sé yo lo extraño que hoy resulta escribir dejando que el corazón mueva la mano; ya sé que a muchos les parece no ya impúdico, sino hasta antipático, el que en vez de andar escogiendo las palabras y puliendo los párrafos se deje abierta la corriente de los afectos; pero aun así y todo, no dejaré de decir que si creo haber merecido la vida no es por los conocimientos que haya podido transmitir a otros,

sino por ánimos que haya logrado levantar. "Cuando hayan pasado algunos años después de haber dejado los bancos de mi clase —suelo decir—, los más de mis discípulos habrán olvidado casi todas las doctrinas que les trasmití, pero de mí no se habrán olvidado".

Y hablando ya menos personalmente he de decir que sucede no una, sino muchas veces, que un escritor se apodera del ánimo de sus lectores y éstos creen que es por su ciencia, por la novedad o la profundidad de sus pensamientos y observaciones, y no es por eso, sino por cierto calor íntimo que circula por dentro de sus escritos. Y en cambio hay otros que quieren poner calor y sólo ponen vistosidad de llamarada.

Y volviendo a mí, he de añadir que estoy seguro de que cuando hayan desaparecido los ingenuos y los maliciosos que me motejan de sabio —aquéllos por benevolencia, y por malevolencia y pequeñas pasioncillas rastreras éstos— habrá muchos que me harán la justicia de comprender y sentir que, si logré alguna vez algo, es por haber escrito con el corazón.

¿González Garbín es acaso un sabio? No digo que no lo sea en cierto respecto, pero su nombre no va unido a ningún descubrimiento importante en la rama de los estudios de humanidades clásicas a que viene dedicado. No se le cita como a un erudito de nota ni como autor de trabajos fundamentales. Todo lo que de él conozco, fuera de alguna cosa suelta, es un manual de literaturas griega y latina, muy bien escrito, como todo lo que él escribe, pero que no pasa de ser un manual como otro cualquiera, un sencillo libro de texto, de enseñanza, sin pretensiones.

Pero conozco de él algo que vale más que todos los manuales habidos y por haber, por muy buenos que ellos sean, y son las palabras de Angel Ganivet cuando hablaba de su maestro, de aquel a quien tenía por su maestro por excelencia.

No fue mucho, hay que confesarlo, el griego que de él

aprendió, como no fue mucho el que aprendí yo de mi maestro, don Lázaro Bardón; pero nunca pronunciaba Ganivet el nombre de Garbín sin la profunda reverencia envuelta en el más cálido cariño con que pronuncio yo el nombre de mi maestro Bardón. Porque éste era, no un catedrático de lengua griega, sino todo un hombre, y jamás su recuerdo se borrará de mi memoria.

Leyendo hace poco el excelente libro que sobre Walt Whitman¹¹ ha publicado León Bazalgette, me detenía a reflexionar sobre lo que nos dicen acerca del efecto de presencia que el noble maestro de Camden producía sobre todos los que se le acercaban, de aquella especie de magnética influencia que irradiaba de su persona. He conocido hombres así, aunque tal no he tenido la dicha de conocerlos en el grado de Walt Whitman, y uno de esos hombres era Bardón. No eran las cosas que decía las que nos impresionaban, sino su modo de decirlas: el gesto, el tono de su voz, la autoridad, en fin, con que las pronunciaba. Las cosas más vulgares se trasformaban en nobilísimas en sus labios.

Esta acción personal de don Lázaro la experimentó también Rizal, el tagalo,¹² como he podido observar leyendo sus notas de estudiante en Madrid, y encontrando alguna reminiscencia de cosas de Bardón en sus escritos.

Creo saber el secreto de aquella su autoridad, y es el secreto mismo de la autoridad íntima de Walt Whitman. Estriba en que estos hombres, aunque no faltos de un

11 Poeta norteamericano, nació en West Hills en 1819 y murió en Camden en 1892, por quien Unamuno sentía una gran admiración. Su obra principal, conjunto de extraordinarias poesías, se titula *Hojas de hierba*.

12 Se refiere a José P. Rizal (1861-1896), médico, escritor y patriota filipino nacido en Luzón. Su novela *Noli metangere* le valió el destierro del Archipiélago; de retorno a Manila se le acusó de conspiración, fue condenado y fusilado. El "tagalo" se refiere al nombre que se suele dar a todo individuo que pertenece a una raza indígena de las Filipinas, que habita principalmente en la Isla de Luzón.

cierto dulce y humano humorismo, son serios, fundamentalmente serios, profundamente serios. Lo toman todo en serio, hasta la broma misma, y si saben jugar es seriamente. Son todo lo contrario de los necios señoritos más o menos estetas enamorados de superficialidades y aficionados al "titeo".

Y por almas así, que irradian noble seriedad, ¡cuántos ignorados días de luto y de gran aflicción no han de pasar!

Si el párrafo de la carta del maestro de Ganivet, que me ha inspirado este escrito, me ha llegado tan adentro, es porque en medio de tanto mequetrefe que busca unir su nombre a garambainas literatescas, y cuando barrunta no poder lograrlo, se venga de su suerte "titeándose" de todo lo que no siente, levanta el ánimo el encontrarse con espíritus nobles, cuyo ahínco fue hacer sentir a los demás la augusta seriedad de la vida.

¡Sembremos!*

"Hermoso es entender y saber que jamás ha de morir un pensamiento; que así como tú, que lo engendraste, lo has recogido y creado del pasado todo, así lo has de transmitir a todo el futuro". Dignas son de ser meditadas estas palabras de Carlyle¹³ en el profundo capítulo VII del libro III de su *Sartor Resartus*.¹⁴

* En *Obras Completas*, T. IX, Madrid, Escelicer, 1971, pp. 721-722.

13 Hace alusión a Thomas Carlyle, filósofo, historiador y escritor inglés y uno de los pensadores más originales del siglo XIX, nacido en Ecclefechan el 4 de diciembre de 1795 y muerto en Chelsea el 4 de febrero de 1881. De su voluminosa producción se distinguen: *Los héroes y el culto de los héroes*, *Sartor resartus* y *La revolución francesa*. Unamuno lo consideraba uno de sus maestros: "podría señalar a Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi, Tolstoi como mis mejores maestros".

14 Es la primera obra importante de Carlyle, que llamó sobre él la aten-

Cuando alguna vez, en los momentos de desaliento, nos entra la tentadora idea de la inutilidad de nuestros esfuerzos, ponémonos a pensar en que nada se pierde, en que así como en el mundo físico no hay pérdida de materia ni de fuerza, no la hay de pensamiento en el mundo moral. No se pierde un átomo de fuerza, ni el más imperceptible y ligero movimiento; se transforman. Tampoco se pierde la menor idea sembrada. Con un solo espíritu en que caiga, basta; está salvada.

¿Que la mayor parte de nuestros esfuerzos son perdidos? ¿Qué importa? ¿Que con un esfuerzo como mil apenas lograremos un resultado como uno? Y ¿quién mide el esfuerzo y el resultado: ¿Quién asegura que el que nos parece resultado inmediato no sea más que el arranque de una larga serie de resultados?

¡Sembremos! Sembremos y dejemos a la atmósfera moral que haga el resto, como el labrador confía a la lluvia y al aire y al sol sus semillas. Aremos el suelo de la sociedad, removiéndola; agitémosla y sembremos luego en ella ideas, abnegadamente, sin pensar en nosotros mismos. Lo demás vendrá con el tiempo.

El espíritu de apostolado y propaganda es el signo de la juventud de un ideal. Seamos apóstoles y propagandistas del nuestro. Prediquémoslo en todas partes y de todas las maneras posibles, sin dejar pasar ocasión de exponerlo y presentarlo.

Que todo el que tenga algo que decir lo diga, sin dejarse dominar por aquello de que otro habrá que lo diga mejor.

La propaganda pública es eficaz; pero es más eficaz acaso la privada, la que se hace personalmente de uno a otro, en íntimo coloquio, en trato directo. Casi todos los

ción del público, apareció en el *Fraser's Magazine* (1833-1834), con el título de "Sartor resartus, or life and opinions of her teufelsdröckk", y que viene a ser una especie de autobiografía, en la que hace una crítica punzante de la sociedad inglesa de su tiempo.

que llegan a influir poderosamente en una sociedad, tienen, como primera base y núcleo, un círculo mayor o menor de amigos sobre quienes influyen directa y personalmente. En este círculo hallan fuerzas y bríos, sentimientos de esperanza, de confianza y de fe para proseguir su obra.

Sembremos sin mirar hacia atrás, no vayamos, como la mujer de Lot, a convertirnos en estatuas de sal que derrite la lluvia.¹⁵ Sembremos, caminando de cara al porvenir, y persuadidos de que es hermoso saber que jamás ha de morir un pensamiento, que así como nosotros, que lo engendramos, lo hemos recogido y creado del pasado todo, así lo hemos de transmitir a todo el futuro.

¹⁵ Se alude a Lot, personaje bíblico hijo de Arán, hermano de Abraham. La mujer de Lot fue convertida en estatua de sal por Yahvé cuando, al escapar de la destrucción de las ciudades de Sodoma y Gomorra, desobedeció la prohibición de no detenerse ni mirar atrás.

PEDAGOGIA



Los maestros de escuela*

El homenaje rendido en esa República al que fue maestro de escuela don Antonio Zinny¹⁶ y la lectura de los discursos que ante su tumba leyeron los señores Reynal O'Connor, Figueroa y Seeber me sugieren algunas reflexiones respecto al estado de consideración en que los maestros de escuela se encuentran entre nosotros.

Desde hace algunos años se ha puesto aquí en moda exaltar al "humilde y modesto" —son los dos epítetos consagrados y, en el fondo, despectivos— maestro de escuela. Y no perdamos de vista todo lo terrible que es el que una idea o un sentimiento cualquiera, por buenos que sean, se pongan en moda. Yo no sé las veces que habré oído repetir aquello de que la victoria de Sedán la debió Alemania a los maestros de escuela.¹⁷ Es un lugar común

* De *Obras Completas*, T. VIII, Madrid, Vergara Ed., 1958, pp. 396-404.

¹⁶ Historiador y bibliógrafo argentino, nacido en Gibraltar; funda el Colegio de Mayo, y en 1866 inicia la publicación de sus trabajos bibliográficos en la *Revista de Buenos Aires* que le han convertido en el más importante bibliógrafo argentino del pasado siglo.

¹⁷ Se refiere a la importante batalla que se libró en la ciudad de Sedán (Departamento de Ardenas, Francia) el 13 de mayo de 1940, en la que se

ya, y como tal lugar común y aparte de su exactitud, que juzgo muy deficiente, una fuente de errores.

Mas, en el fondo, al maestro de escuela se le desdeña. Tiene que lidiar con chiquillos, y a los niños se les manda a la escuela para que no den guerra en casa. ¡Terrible frase!

Sobre la institución del magisterio público de primeras letras pesa entre nosotros a través de los siglos un fatal peso de tradición. Es, como toda institución humana, esclava de su historia. Y la historia del magisterio público es lamentable.

En los pueblos de la antigüedad, de que recibimos la civilización, en Grecia y en Roma, educábase al ciudadano público ante todo y sobre todo para guerrero. Los primeros pasos eran los más ingratos y en su edad primera confiábasele a esclavos. Los maestros de primeras letras eran, por lo común, esclavos. Un esclavo educaba al futuro amo de esclavos, en su más tierna niñez, y de este hecho tan sencillo se derivaron al cabo terribles consecuencias. Esclavo era el maestro de escuela y la tradición de esta esclavitud sigue pesando sobre él. Es natural, por lo tanto, que el oficio servil de enseñar las primeras letras al futuro ciudadano no fuese un oficio tenido en grande estima.

Nada, por otra parte, más conservador que la instrucción primaria. Verdaderamente llegó a ser, y sigue siendo en su mayor parte, un oficio servil. Cuando ya el paganismo parecía desterrado de toda vida pública, o por lo menos cristianizado, continuaba más vivo que en parte alguna en la instrucción primaria, y hoy, cuando creemos cándidamente que la filosofía escolástica es algo que pertenece a la historia, tan sólo persiste viva en la instrucción primaria, pues ¿qué es si no escolástica toda la gramática que se da en las escuelas?

marcó el comienzo del desastre de Francia en la segunda guerra mundial, que condujo a la retirada inglesa de Dunkerque, y a la firma del armisticio franco-alemán; esta ciudad estuvo en poder de los alemanes hasta 1944.

Así que la Iglesia hubo vencido, parece que la instrucción primaria, como toda otra institución, cayó bajo su dominio, pero hay que confesar que en realidad la Iglesia no se cuidó gran cosa de ella, digan lo que quieran sus apologistas *a priori*. Su misión no era propiamente promover la cultura de los pueblos, sino salvar las almas, dominándolas primero. Y para salvar las almas lo que había que enseñar a los fieles era lo preciso para que logaran su salud eterna. Basta leer con cuidado el libro primero de las *Confesiones* de San Agustín, para ver toda la desconfianza que habría de inspirar al cristiano la instrucción primaria recibida de la antigüedad pagana y las lecturas del "dulcísimo vano" Homero.

La principal labor pedagógica de la Iglesia fue la de hacer sacerdotes, no la de hacer laicos ilustrados; su enseñanza era, ante todo, una enseñanza eclesiástica, teológica, y las ciencias mismas profanas tenían que servir al mejor esclarecimiento de la teología. El centro de toda instrucción era el símbolo de la fe. Y aún hoy en día y entre nosotros, ¿cuál si no la enseñanza del catecismo de la doctrina católica es el nervio de la primera enseñanza?

La primera enseñanza, como institución pública del Estado y desligada ya, siquiera aparentemente, de la Iglesia, se debe más que a nada a la Reforma. Fue el protestantismo el que dio impulso a la enseñanza pública de las primeras letras. Combatiendo denodadamente contra la horrible doctrina teológica de la fe implícita, contra la fe del carbonero, y estableciendo la necesidad de que todo cristiano conozca por sí mismo el Evangelio de Cristo, promovió la difusión de las Escrituras en lengua vulgar, y para que todos pudieran leerlas se fomentó la enseñanza de la lectura. El principio de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria puede decirse que es un principio de tradición protestante. Y de hecho son no pocos en los países católicos los hombres, al parecer cultos, que combaten ese principio y pretenden poner

sobre el derecho del Estado el derecho del padre de familia. He oído mil veces, y casi siempre de boca de católicos intransigentes, sostener el derecho a la ignorancia y la supremacía del padre. ¡Y qué padres nos gastamos, Dios mío!

Así es como, por los pasos del Renacimiento, la Reforma y la Revolución, se ha llegado a la concepción del Estado docente y a la idea de que es un deber del Estado el dar a sus ciudadanos enseñanza gratuita de las primeras letras, y además de deber, un derecho. Los maestros de escuela han llegado a ser funcionarios públicos, pero el peso de la tradición de esclavitud gravita sobre ellos.

Primero, en la conciencia pública. A los más de nuestros pueblos les duele el dinero que tienen que pagar al maestro y no han llegado aún a comprender los beneficios de la enseñanza. “¿Por qué no manda usted a su hijo a la escuela?”, preguntaba una vez a un campesino gallego, y contestó: “¿Para qué? Conozco a muchos que se fueron a las Américas sin saber de letras y han vuelto ricos”. El pobrecito no tomaba en cuenta a los que por no saber de letras no pasaron de pobres.

La escasez de sueldo del maestro lo pone en positiva dependencia. “¿De qué se quejan? —exclamaba una vez un ingeniosísimo orador nuestro—, ¿cómo se quejan de que no ganan lo bastante si no han sabido educar a una generación que les pague?” Otras veces se repite que no merecen por lo general ni aun lo poco que se les paga, pero aquí nos encontramos en este fatal círculo vicioso de si no se les paga más porque no lo merecen o si no lo merecen porque no se les paga...

[...]

En las provincias españolas del litoral cantábrico, mientras las escuelas normales de maestras están muy nutridas de alumnas, a las de maestros apenas acuden aspirantes, y es que los hombres desdeñan carrera tan poco lucrativa. Prefieren emigrar. Y así, mientras en mi país vasco, por

ejemplo, las más de las maestras son del propio país, los más de los maestros son de afuera.

Algo empieza a cambiar esto desde que las atenciones de primera enseñanza corren a cargo del Estado, que les ha aumentado los sueldos.

El maestro se encuentra en los pueblos en un estado de inferioridad social respecto al cura, al médico, al boticario, si lo hay, y hasta el veterinario a las veces. Sobre todo, sufre de su dependencia respecto al cura; símbolo vivo de la tutela que la Iglesia ha ejercido sobre la enseñanza. Entre nosotros el maestro tiene obligación legal de enseñar en su escuela el catecismo de la doctrina católica, y aun cuando el cura también la tenga, y además la de visitar cada sábado la escuela para aleccionar a los niños en esa doctrina, se descarga de ella sobre el maestro. Lo cual no quita que riña con éste cuando no lo haga como él cree que debe hacerse. Y además, cuando la junta local de primera enseñanza asiste a los exámenes a la escuela, es frecuente que el cura trate de poner en berlina¹⁸ al maestro, y demostrar ante los ignorantes lugareños su superioridad en ilustración y cultura, superioridad que rara vez existe. Porque si el maestro sabe entre nosotros muy poco y lo sabe mal, el cura no sabe más y lo sabe peor.

La cultura de nuestro maestro de escuela es una de las cosas más dignas de estudio. La psicología especial que esa cultura imprime en él ha sabido describirla como pocos el doctísimo profesor de la Universidad de Montevideo señor Vaz Ferreira.¹⁹ Lo que en uno de los ensayos que constituyen su jugoso libro *Ideas y observaciones* —una obra que

¹⁸ En ridículo.

¹⁹ Carlos Vaz Ferreira, sociólogo, filósofo y escritor uruguayo, nacido en Montevideo (1872-1958). Fue Rector de la Universidad Nacional, portavoz de la teoría del “Socialismo Atenuado” y la “Doctrina del derecho a la habitación”; algunas de sus obras son: *Curso expositivo de Psicología*, *Los problemas de la libertad*, *Sobre feminismo*, *Racionalidad y genialidad* y *Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza*.

honra el país en que se produjo— dice de la psicología del maestro es de una admirable exactitud de observación. Para el maestro no hay término medio entre saber una cosa e ignorar hasta su existencia; donde termina el círculo de sus conocimientos, se levanta una barrera. Si se siente con afición a la gramática, no la ampliará metiéndose en el campo de la filología, y si con afición a las matemáticas, no incursionará por el álgebra superior, el cálculo, etc. En vez de leer dos manuales de gramática, leerá cuarenta, y en vez de resolver cien problemas de aritmética elemental, resolverá mil o un millón. El hábito de enseñar ha matado la curiosidad intelectual en él. Al maestro de escuela le sucede, por lo menos entre nosotros, lo que al jesuita, y es que cuanto más estudia, menos sabe, porque siempre le está dando vueltas a las mismas cosas. Así es que lo que sabe parece saberlo bien, como el jesuita, pero, como éste, es reducidísimo, más en naturaleza que en extensión, lo que sabe.

“Bien, ¿y qué quiere usted que se le enseñe?”, preguntaba una vez el director de un colegio a un padre que le presentaba su hijo para que ingresase en él. Y el padre contestó: “Pues una tintura de todo; una tintura de gramática, una tintura de aritmética, una tintura de historia, una tintura de...” “Bueno, sí —le interrumpió el director—, lo haremos maestro tintorero”. Y eso son nuestros maestros de escuela: maestros tintoreros. O esto es, por lo menos, lo que se ha querido hacer de ellos, unos pequeños enciclopedistas. Causa horror considerar el número de cosas que en cuatro cursos se pretende meter en la cabeza de esos pobres muchachos que vienen de los pueblos en un estado de perfecta ignorancia enciclopédica. ¡Y así salen ellos!

En primer lugar, pedantes y llenos de prejuicios. No hay más que irle a un maestro a decirle algo que ellos crean va contra la gramática. El gerundio es tan sagrado como el más sagrado de los dogmas. Cuando por primera vez hablé

yo en público contra la enseñanza de la gramática, sosteniendo que no es lo mismo enseñar gramática que enseñar lengua, y que se puede y se debe enseñar a hablar y escribir con corrección y expresividad sin que sea menester para ello meterle a uno toda esa escolástica gramatical con sus pronombres, conjunciones, preposiciones, géntivos, pluscuamperfectos, gerundios, etc., ¡menuda fue la que me armaron unos señores maestros de escuela! No les cabía en la cabeza el que decir, verbigracia, “si yo tendría...” en vez de “si yo tuviera...” no depende de ignorar cómo se llama a este tiempo del verbo. Y he puesto precisamente un ejemplo en que la gramática tradicional que en nuestras escuela se enseña, la de la Real Academia Española —gramática que es un centón de despropósitos y desatinos— suelta uno de sus acostumbrados dislates. Pues incluye juntas, bajo categoría de pretérito imperfecto de subjuntivo, tres formas como “tuviera”, “tendría” y “tuviese”, que ni son pretéritos ni cosa que lo valga. Porque “tuviera” es un condicional y un condicional presente —“si yo tuviera ahora dinero...”—, y “tendría” es un potencial también presente —“tendría ese terreno”—. Y, sin embargo, el habernos enseñado a todos este desatino académico no ha impedido el que distingamos muy bien entre una y otra forma.

Pero lo que ha acabado de estropear al maestro de escuela es eso que llaman ellos pedagogía. Como es su conocimiento específico, aquello cuya ciencia creen les distingue de los demás, se han agarrado a la pedagogía y no hay quien en ella les resista. Sostienen muy serios que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla, es decir, que hay dos físicas, una que se aprende para aplicarla en la industria y otra para enseñarla a los niños. No se han penetrado de la idea de que en la enseñanza más importante aún que el “cómo” es lo que se ha de enseñar y sobre todo “qué” es lo que no se ha de enseñar.

El ya citado profesor montevideano, señor Vaz Ferreira,

expone en su precioso libro susomentado consideraciones de las más juiciosas que he leído respecto a pedagogía; su trabajo puede ponerse al lado de los mejores que hayan podido hacerse en otra cualquier nación que pase por culta. Si se tuvieran siempre en cuenta los principios que el señor Vaz Ferreira propugna no se darían tantos casos de pedagogos poco o nada maestros, traídos y pagados, como cosa especial; no se daría el caso, por ejemplo, de que una señora pedagoga al servicio de la República Argentina escribiera un libro de lectura del idioma nacional, es decir, de la lengua castellana —que éste es su nombre histórico y propio— sin saber ese idioma, que no es el suyo propio, y barbarizando en él de una manera deplorable. Porque lo primero que hace falta para escribir en una lengua cualquiera, y la castellana no hace excepción al respecto, es saber la lengua en que se va a escribir. Como que las malas traducciones suelen depender, más que de no saber el traductor la lengua de que traduce, de no saber bien aquella a que va a traducir, aunque sea la propia suya. Y la experiencia demuestra que en la enseñanza de una lengua extranjera, sea el alemán o español, consigue más resultado un español que sepa suficiente alemán, que no un alemán que apenas sepa el español.

Volviendo a la enseñanza de la lengua, que es la principal tarea del maestro de escuela —lo que llaman ahora lecciones de cosas rara vez pasan de ser lecciones de nombres, como aquella que según el Génesis (cap. II, 19, 20), dio Jehová a Adán cuando le presentó las bestias y aves todas para que viese cómo les había de llamar— la tal enseñanza de la lengua puede muy bien hacerse sin aparato gramatical. Lo que hace falta para enseñarla es conocerla y conocerla, a poder ser, científicamente, es decir, en su historia y su desarrollo, en su proceso de vida...

Más sobre los pedagogos*

Cuando hace dos años me hablaba mi amigo Legendre de la próxima guerra —Maurice Legendre publicó en 1913 un libro profético titulado *La guerre prochaine et la mission de la France*²⁰—, le oía yo con aire de incredulidad y sin acabar de creer en la proximidad de la guerra. Y menos aún podía figurarme, al notar la exaltación de un patriotismo místico, con que Legendre me hablaba de la guerra, que al llegar ésta hubiese yo de haberme interesado en ella como de hecho me he interesado. Aunque conozco mi repuesto de pasión, pronto a verterse sobre lo que sea, nunca creí que esta terrible conflagración europea había de sacudir de tal modo las entrañas de mi espíritu.

Hace mes y medio, a mediados de junio, había llegado a tal punto mi exaltación y apasionamiento, que temía perder toda mi contención. Viviendo en Inglaterra, en Francia o en Italia hubiese conservado mejor la ecuanimidad; pero en España y entre los germanófilos que aquí se estila —y que tanto daño están haciendo al prestigio de Alemania entre nosotros— era y es imposible mantenerse sereno.

Pero he aquí que Dios se acuerda de mí, y para templar mi espíritu y distraer mis humores, me trae otra preocupación que me desvía algo de la de la guerra. Y es que me toca, por turno reglamentario, pagar un tributo a que estamos sujetos los catedráticos de Universidad, y es presidir un tribunal de oposiciones a plazas de maestros de escuela primaria. Y he podido ver al pedagogo más de cerca que lo vi en catorce años de rectorado y con jurisdicción administrativa sobre él.

Ya te he hablado, lector, algo de este asunto, pero él es

* En *Obras Completas*, T.IX, Madrid, Escelicer, 1971, pp. 1324-1330.

20 "La próxima guerra y la misión de Francia".

inagotable. Ya te he dicho algo de lo que pienso acerca de la enseñanza de la gramática, pero aún quedan nuevos horrores. El cuarto ejercicio de estas oposiciones consiste, según el reglamento, en hacer los opositores por escrito y durante tres horas el análisis gramatical de un párrafo escogido por el tribunal. Hemos tenido, pues, que leer y juzgar ciento treinta y tres escritos de eso que llaman análisis gramatical. Y ahora, cuando alguien me habla de la guerra, replico que de nada servirá el que sea derrotada Alemania, si no suprimimos el análisis gramatical. Mientras este bárbaro fuego escolástico persista, no hay redención posible.

Figúrate, lector, ¡ciento treinta y tres escritos de análisis gramatical, todos casi iguales y todos repitiendo los mismos desatinos y, lo que es peor, las mismas vaciedades! Sí, las vaciedades son peores que los desatinos. Aun se puede pasar porque digan que en castellano las sílabas acentuadas son largas, o que el pronombre posesivo “tu” antepuesto —tu casa, tu sombrero, etc.— es apocopado de *tuyo* —casa tuya, sombrero tuyo, etc.—, siendo, como es, ello falso; pero lo que no se puede dejar pasar es el ponerse a clasificar las sílabas y decirnos si son abiertas o cerradas, puras o mixtas, bilíteras, trílteras, cuatrílteras o pentálteras, de juego duplo o triple, etc. Hay quien ha contado las letras del párrafo, y ante tal rasgo de vocación estadística, yo, que las aborrezco, quedé aterrado.

Hay cosas que si no las hubiese leído no las creería. Uno nos dice que el adverbio *más* carece de accidentes gramaticales, porque es palabra invariable, y ese estupendo *por qué* me sume en profundas meditaciones. Otro nos informa de que el verbo *valer* se escribe con *v* porque todas las palabras que empiezan con *val* menos *bala*, *balar*, *balido*, *baladí*, *balcón*, etc., se escriben con *v* y este etc. vuelve a sumirme en nuevas, profundas meditaciones. Otro... Pero, ¿a qué seguir?

Y he llegado a creer que esto del análisis gramatical se

les enseña con perversa intención, y con perversa intención figura semejante monstruosidad entre el número de los ejercicios que han de hacer los opositores a escuelas. Tengo motivos para creer que en la redacción del reglamento de estas oposiciones haya intervenido el director de la llamada Escuela Superior del Magisterio, de Madrid, y director de un diario redondamente conservador y germanófilo hoy. El cual director parece que ha escrito un libro de ese horror estadístico de puerilidades y vaciedades a que llaman análisis gramatical. Con decir que el tal sujeto dijo en una conferencia, en el Ateneo de Madrid, que hay ciento trece clases de pedagogía, y se puso a enumerarlas, leyéndolas de un papel así: pedagogía católica, luterana, espiritista, ácrata, de anormales, etcétera, etc., ¡está dicho todo!

Ya sé lo que dijo Carducci²¹ de que los conservadores son “desvergonzadamente ramplones” —*svergognatamente triviali*—, pero eso no excluye la mala intención, y yo creo que atiborran a los pedagogos de toda esa horrible bazofia para incapacitarles de que discurren. El análisis gramatical cumple, pues, un oficio parecido al de las corridas de toros; el caso es fatigar el espíritu con ocupaciones ociosas.

¡Pobres muchachos! ¡Cuánto más valiera que se dedicasen a hacer solitarios con la baraja! Porque esto no lleva engaño y el que lo hace sabe lo que hace y que no trata más sino de matar el tiempo. Pero cabe que haya desdichado que crea que el aprender que la sílaba *más* es de juego duplo —a lo que se añade otra tontería y es que se compone de *má* y *as*; tontería y disparate— ha acrecentado el caudal de sus conocimientos lingüísticos.

¡Esta horrible puerilidad va acompañada de sus consecuencias y concomitantes! Una es el disparatado empleo del juego y otra un ideal, falso y pernicioso de lo que lla-

21 Poeta y crítico italiano, nació en Valdicastello y murió en Bolonia (1835-1907). La obra que le dio fama fue el magnífico “Himno a Satanás”. Su nombre se hizo popular, no sólo en Italia sino en toda Europa.

man intuicionismo en la enseñanza.

De eso del juego algo os he dicho y volveré a hablaros de ello. Baste decir que pretendiendo enseñar jugando, juegan a enseñar y estropean la enseñanza y a la vez el juego. Y vengamos a lo del intuicionismo, en que se amparan de Pestalozzi, conociéndolo mal e interpretándolo peor.

Correspondióle a un opositor en el ejercicio práctico, ante los niños, explicar a éstos los polígonos y se lamentó de que no hubiera número suficiente de discípulos para formar con ellos disposiciones tácticas en forma de triángulos, de cuadrados, de pentágonos, etc. Figurábase que los niños han de comprenderlo así mejor que viéndolo en el encerado. Y ese maestro se escandalizará, sin duda, de que haya manuales de geometría sin dibujos.

Eso del intuicionismo, mal entendido y peor aplicado, reposa en una concepción grosera y materialista de la ciencia. Se desconoce lo que es la abstracción. Se llega a creer que la geometría es una ciencia experimental en el mismo sentido en que lo es la fisiología. Y así no es de extrañar que encontremos catedráticos de geometría que dicen no creer en la inconmensurabilidad porque no pueden representársela groseramente. Es decir, que imaginándose que una línea es una serie de puntos a la manera grosera que con lentejas o granos de trigo se puede formar una cadena derecha, no conciben la continuidad. Es la forma más bárbara y más simple de la vieja concepción atómica.

Y, al fin, la concepción atómica tiene una justificación científica profunda en química. Claro está que en buena filosofía no nos es fácil representarnos la realidad externa con la fórmula de átomos y vacío, pero la ley de las proporciones definidas en química —es decir, la ley de Gay-Lussac sobre las densidades de diferentes gases—, el hecho de que al combinarse químicamente los cuerpos lo hacen en proporciones de números enteros, abonan la teoría atómica. Pero trasládese esto a geometría, donde ya no se

trata de cuerpos sino de formas ideales, y no resultan sino errores.

Eso de querer enseñarle al niño las cosas de bulto y que le entren por los sentidos, además de tener gravísimos inconvenientes conduce a errores de que difícilmente se deshará más tarde. Las ramplonerías de aquel llamado positivismo, que tantos estragos produjo a mediados del siglo anterior, provenían en gran parte de ese error. Al declarar la guerra a la metafísica se declaró la guerra al pensamiento creador y se desconoció que el mundo de los fenómenos es una creación del espíritu.

¡Y eso que llaman lecciones de cosas y que de ordinario no son más que lecciones de nombres! Toman al niño como a un pequeño Adán y hacen con él algo parecido a lo que el Génesis nos cuenta (cap. II, vv. 19 y 20), que hizo Jehová con Adán, y es que luego de haber formado de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos se las trajo a Adán para que viese cómo había de llamarlas y todo lo que Adán llamó a cada ánima viviente, “ése fue su nombre”. Con la diferencia de que Adán fue él quien dio nombres a las cosas, creándolas así en el conocimiento, mientras que el niño recibe los nombres que le da el maestro. Y éste, a pesar de su intuicionismo pedagógico, o acaso por culpa de él, cree no ya que el nombre hace a la cosa, sino que el nombre hace la cosa.

Porque es curioso ver junto a la superstición que podríamos llamar materialista, la de creer que los conocimientos entran por los sentidos ya hechos, la superstición lingüística. Hay quien parece creer, en efecto, que quien más gatos ha visto conoce mejor al gato, y ese mismo se imagina que para conocerlo bien hay que analizar la palabra gato y hasta investigar su etimología.

Me pone de mal humor cuando al emprender alguno el estudio de un objeto o de una idea —es decir, de una idea, pues no cabe estudiar los objetos sino como ideas— hace luego hincapié en la etimología de la palabra con que lo

expresamos. Y de aquí no pocos errores. Hubo un opositor que al querer distinguir los cuerpos orgánicos de los inorgánicos nos dijo que aquéllos tenían órganos y éstos no, y habría que ver los órganos del alcohol o de la albúmina a los que se llama cuerpos orgánicos. Y otro nos dijo que *injuria* es sustantivo, porque designa una sustancia.

Pero con ser grande la superstición lingüística en la enseñanza, la materialista es aún mayor. ¡Todo se vuelve llamar por material! ¡Material, material! ¡Lo que necesita la escuela es material, mucho material! Y yo os digo que un niño criado en el más rico museo del mundo no saldría sabiendo mejor las cosas que otro criado bajo una severa disciplina idealista. Es más, creo que un museo no sirve las más de las veces sino para aturdir a los niños. Su imaginación más se deprime que se excita en él. Hay quien cree que los niños de las clases proletarias de las grandes ciudades, criados en el arroyo y viendo a diario más variedad de objetos de la que pueden ver los niños campesinos, tienen la inteligencia más despierta que éstos. Un automóvil, un fonógrafo, un teléfono, son para el niño de la ciudad tan herméticos, si es que no más, que un milano, un escarabajo o una planta cualquiera lo son para el niño del campo. La diferencia estriba en que es mayor el número de cosas que ve sin comprender el primero.

Hay que agregar otra cosa en contra de las clases populares ciudadanas, y es que su vocabulario es mucho más rico que su ideario, y de aquí confusiones y embrollos. Los campesinos de regiones retiradas no tienen muchas ideas, pero tampoco tienen más palabras que ideas. Su ideario es pobre, pero suele ser preciso. Para cada una de sus ideas expresables tienen una palabra y sólo una. Y el que no tiene más palabras que ideas, generalmente habla bien. Como que da gusto oír hablar a nuestros charros. Conocí un pastor de ovejas en un pueblecito de esta provincia de Salamanca que era un regalo oírle hablar, tal era la precisión de sus vocablos. A lo que se añadía que era un hombre

naturalmente curioso y observador y que, por lo tanto, creaba su lenguaje. En cambio, la gente del pueblo bajo de las grandes ciudades tiene de ordinario muchas más palabras que ideas, sin que aquéllas sean, por eso, muchas en sí. Coge al vuelo vocablos en los mitines, en los teatros, oyendo leer periódicos, y los aplica al buen tuntún. ¿Hay acaso cosa más horrible que la jerga popular de las grandes ciudades? ¿Hay chistes más estúpidos que los que nacen de cualquier bárbaro juego de palabras, en los barrios bajos de las grandes capitales? ¡Como que esas son las gentes a las que principalmente hay que civilizar!

Pues ese mal, en vez de aliviarse, se agrava en las más de las escuelas primarias. Los niños salen de ellas con muchas más palabras que ideas. Y para remediarlo se les presentan objetos y en vez de darles ideas de ellos se les da su nombre. ¡Pues ahí es nada dar ideas de un objeto!

Bien sé —y cómo no he de saberlo si mi profesión oficial es la filología—, bien sé que el instrumento capital del pensamiento es el lenguaje, más aún, que el pensamiento no es, en rigor, más que lenguaje y que la ciencia es un lenguaje más perfecto, pero sé también a qué extremos llegó por este camino el llamado positivismo sobre todo en manos de Spencer, aquel gran verbalista, formidable escolástico que se pasó la vida haciendo lo que tanto reprochaba a otros haber hecho, y que es dar explicaciones puramente verbales de las cosas. Y poco edificantes que son a tal respecto aquellas explicaciones basadas en la sobrevivencia del más apto, es decir, del que sobrevive. ¿Ha leído por acaso el lector aquel ensayo sobre *Los grandes hombres y su ambiente*, que William James²² dedicó al formidable

22 Filósofo y psicólogo estadounidense, nació en Nueva York y murió en Chocorua, New Hampshire (1842-1910). Partiendo del agnosticismo respecto a la primera causa y el fin último del mundo, juzga las ideas según su valor efectivo, aquello que presentan de apoyo, de coraje, de utilidad vital; ello constituye el eje del pragmatismo, su original aportación a la filosofía, que ha dejado una huella indudable en el pensamiento contemporáneo.

ingeniero escolástico?

Y traigo a colación a Spencer por haber sido uno de los que han difundido más ideas falsas en pedagogía. Diríase que no se trata de formar en las escuelas sino sobrestantes de obras públicas o cosa así y aún ello malos. El ingenierismo spenceriano contribuyó a aquella plaga del cientificismo sin filosofía, es decir, sin ciencia. Y menos mal que el sentimiento de nacionalidad, el de patria, el de civilidad, ha hecho reaccionar a las gentes y pensar que en las escuelas lo que hay que formar sobre todo es hombres, esto es, ciudadanos.

Porque el hombre es esto: el ciudadano. El hombre es, como dijo Aristóteles —permitidme que os lo repita una vez más y no será la última—, un animal político, civil. Y en lo que hay que educarle es en la civilidad. Y el cientificismo, sin verdadera ciencia, de la fórmula *sin Dios ni amo* no llega a formar sino hombres que no discurren a derechas. Y la experiencia me ha enseñado que estos hombres que no discurren a derechas, henchidos de pseudo-ideas, con un vocabulario que no corresponde a su ideario, suelen ser pobres hombres que se pasan la vida recomiéndose las entrañas con un irreductible poso de amargura en el alma.

Y ved cómo la experiencia que he adquirido en estas oposiciones a escuelas ha venido a conexiarse con la experiencia de la guerra.

Y menos mal que cuando estos maestros obtengan plaza y se vayan a una aldea, influidos por el ámbito de realidad áspera y concreta, olvidarán las más de esas cosas que en la Normal les enseñaron y se verán constreñidos a adaptarse a la tradición de la enseñanza rural, que siendo mala, es mucho mejor que estas pedanterías. Y si logran enseñar a leer, escribir y contar bien no habrán hecho poco. Enseñar a leer bien, enterándose uno de lo que lee, es acaso la suprema labor del maestro. El problema en la enseñanza primaria no consiste sino en simplificar, en reducir. Lo

difícil no es tanto saber lo que se debe enseñar como saber lo que no debe enseñarse.

Es muy fácil que alguien me lo tome a reaccionarismo, pero no por eso dejaré de decir que nuestra enseñanza primaria no creo que haya progresado. Se enseñaba mejor cuando no se hablaba tanto de pedagogía. En la escuela de primeras letras a que yo entré hace cuarenta y cuatro años, aprendíamos lo que se nos enseñaba mucho mejor que en el promedio de las escuelas primarias de hoy. Los procedimientos eran más clásicamente tradicionales; eran también más severos. No se había desencadenado este barroquismo literario. Tampoco se nos tomaba a los niños como ranas o conejillos de Indias para experiencias pedagógicas.

Abrigo la convicción de que es poco, muy poco, casi nada, lo que se puede innovar en materia de procedimientos y métodos pedagógicos. La manera de enseñar está secularmente fijada. Lo que cambia es lo que se enseña y aún esto mucho menos de lo que se cree. Entre lo que un niño ha de aprender hoy antes de los doce años y lo que tenía que aprender hace un siglo y aún dos o tres, apenas creo que cabe diferencia. Los fundamentos de las ciencias capitales han variado mucho menos de lo que suponen muchos. Son las enseñanzas técnicas y superiores las que más tienen que cambiar. Y aún en todo respecto pareceme que la formación intelectual, la educación intelectual de un hombre de fines del siglo XVIII, de los de la Enciclopedia, no era inferior sino más bien superior a la de un hombre de hoy. En aquellos tiempos en que se hablaba mucho más de filosofía y mucho menos de pedagogía que hoy, se enseñaba, creo, más sólidamente que hoy se enseña.

Como que lo que necesita el maestro es menos pedagogía, mucha menos pedagogía, y más filosofía, mucha más filosofía, y más humanidades, muchas más humanidades. El maestro de primeras letras no puede ser, como no puede

ser el padre, un especialista. Hacer de la pedagogía una especialidad es perderse en la técnica pura, en la técnica hueca y vana. Y el tecnicismo ha sido, con el positivismo, la plaga intelectual de la segunda mitad del pasado siglo XIX. Y la técnica podrá producir Estados fuertes, pero no crea pueblos libres y conscientes de su libertad. Y voy más lejos y es a decir que, no ya en la técnica, mas ni en la ciencia, está la salvación del pueblo. No es la ciencia, siendo como es indispensable, la que puede darle a un pueblo motivos de vivir, ganas de vivir.

Espero que la crisis espiritual provocada por esta guerra ha de traernos, mediante un nuevo romanticismo, un Renacimiento nuevo, como aquel de los siglos XV y XVI, el que produjo los más ricos, los más plenos, los más completos, los más profundos espíritus humanos que ha visto la historia.

Arabesco pedagógico*

¡Qué afán de complicar y dificultar las cosas! —me decía usted—. No, señor, no; no es eso. No es sino el deseo de presentarlas tales como son o, por lo menos, tales como yo las veo y comprendo. Y, además, no he de negárselo, la necesidad de reaccionar en contra de una pedagogía perniciosa que se empeña en simplificarlas y facilitarlas indebidamente.

Hay que andar, en efecto, con mucho cuidado en eso de poner las cosas más simples y más fáciles de lo que son. La mejor explicación no es la más simple y la más fácil, sino la que mejor explica: es decir, la que de veras explica.

* De *Obras Completas*, T.XI, Madrid, Vergara Ed., 1958, pp. 290-295.

Los escolásticos tenían un aforismo que decía que no hay que multilicar los entes sin necesidad —*entia non sunt multiplicanda praeter nesessitatem*—; pero no es tan fácil juzgar de esta necesidad una necesidad lógica, claro está. Y a la larga resulta que para la persona docta las explicaciones al parecer más complicadas y difíciles son las más simples y más fáciles.

Cuando usted oiga a algún maestro exclamar: “¡Esto es muy sencillo!”, desconfíe de lo que va a decir. El afán de simplificar las cosas suele llevar a deformarlas.

Hay que proceder, no de lo más fácil a lo más difícil, sino de lo más conocido a lo menos conocido, y no suele siempre ser lo más conocido lo más fácil, si se pone uno a ahondarlo.

Hay una cierta pedagogía que huye de las dificultades, huye del verdadero trabajo, huye de la austeridad. Parece que nos asusta enseñar a los niños todo lo duro, todo lo recio que es el trabajo. Y de ahí ha nacido lo de que aprendan jugando, que acaba siempre en que juegan a aprender. Y el maestro mismo que les enseña jugando, juega a enseñar. Y ni él, en rigor, enseña, ni ellos, en rigor, aprenden nada que lo valga. Y luego, no olvide usted que importa más lo que se ha de enseñar y aprender que el modo de enseñarlo y aprenderlo. No hagamos de la Ciencia un mero medio para aplicar la pedagogía.

He visitado una escuela en la que los niños aprendían una cosa que pretendía ser Historia de España jugando a la rayuela. Les metían en la cabeza un casillero con nombres de romanos, cartagineses, visigodos, árabes, Casa de Trastámara, Casa de Austria, Casa de Borbón, batalla de tal o cual, y debajo de eso no había nada vivo. Y es que su maestro se figuraba, sin duda, que el índice de un libro de historia es una historia abreviada. Tanto valdría quererles enseñar un extracto de un cuadro de Velázquez o de una sinfonía de Beethoven.

¿Y usted cree que con eso de dividir a la clase de los

niños en dos bandos, los unos españoles y los otros franceses, y que discutan sus respectivos valores, se hace más que una ridícula comedia?

No; ni la vida ni el arte pueden ser juego ni tomarse como tal. Hay una cierta austeridad que debe aplicarse hasta en el juego. Hasta la broma debe ser, en cierto respecto, seria.

Claro está, señor mío, que lo que vengo diciéndole no implica que yo proscriba de la vida, del arte y de la enseñanza la amenidad. Muy lejos de eso, pretendo ser, a mi manera, un hombre ameno, de conversación y de enseñanzas amenas. A pesar de lo cual, jamás he logrado, gracias a Dios, cierta fama, porque aborrezco la frivolidad.

Y no crea usted, puedo asegurárselo, que no es la amenidad, que no es la ligereza, que no es el gracejo entretenido lo que más tiempo encadena la atención del discípulo y lo que le lleva a éste a cobrar afición a lo que se le enseña. De la amenidad, y del gracejo tan sólo, se cansa uno pronto. No hay hombre más insoportable, a la larga, que el chistoso profesional o el coleccionista de anécdotas. Una ardilla enjaulada, dando vueltas y revueltas, se nos hace más pesada que un elefante que camina paso a paso.

Lo que más encadena a un discípulo a su maestro, lo que más le hace cobrar afición a lo que éste le enseña, es sentir el calor de la pasión por la enseñanza, del heroico furor del magisterio. Cuando el que aprende siente que quien le enseña lo hace por algo más que por pasar el tiempo, por cobrar su emolumento, o por lo que llamamos cumplir el deber, y no suele pasar de hacer que se hace, entonces es cuando aquél se aficiona a lo que se le enseña.

Y advierta, señor mío, que la pasión por la enseñanza no es la afición a la pedagogía como ciencia, del mismo modo que la pasión por la moralidad no es la afición a estudiar Ética. Una cierta persona pedagógica fue destinada a enseñar en una capital de provincia, en Burgoprieto, y un insigne pensador central decía, refiriéndose a dicha pedagó-

gica persona: “¿Qué va a hacer en Burgoprieto?” Porque, en efecto, ¿qué puede hacerse en una capital de provincia? No hay en ellas suficientes rodrigones para las plantas trepadoras. ¡Oh, la Ciencia! ¡Oh, la Pedagogía! ¡Oh, la Ética! ¡Oh, Platón! ¡Oh, Kant! ¡Oh, la Cultura!

Y el maestro que siente la pasión de enseñar, que no es sino la pasión de aprender; el heroico furor del magisterio, que no es sino el heroico furor de la disciplina o *disciplina* —pues magisterio dice a maestro lo que disciplina a discípulo— ése nunca violenta la verdad para hacerla ni más simple ni más fácil de lo que es.

Y de la misma manera, señor mío, engañan al pueblo los presuntos maestros de él, los demagogos, que le dicen que cuando se instruya y eduque, y sea más culto y más inteligente, vivirá con más facilidad, más comodidad y más abundancia. No, la cultura es más cara que la incultura. Para que un pueblo se haga más culto necesita trabajar más y gozar menos; aumentar su trabajo y aumentar los tributos. Hay que repetir la vieja sentencia: Quien añade ciencia añade dolor. Ahora, que vale más, acaso, ciencia con dolor que placer sin ella. Y hay, sobre todo, lo que Santa Teresa llamaba dolor sabroso. La sabrosidad del dolor es lo que enseña la verdadera sabiduría, que es ascética.

Ni simplificar, pues, y facilitar las cosas fuera de verdad, ni menos engañar a nadie. Y uno de los más sutiles medios de engañar es calzarse las verdaderas dificultades, las hondas inquietudes, las irreductibles zozobras del espíritu. Y si usted quiere que reduzca esto a una fórmula lo reduciré, diciéndole que lo que sobre todo hay que decir es lo que dicen que no debe decirse: “lo infando”.

Lo infando, sí, señor mío, lo que no debe decirse; éso es lo que hay que decir. Hay que espiar las ocasiones de sacar a relucir aquellas reflexiones que dicen es de mala educación o de mal tono sacarlas en sociedad, lo que se llama, por antonomasia, en sociedad, y, sobre todo, después de comer. Hay ocasiones en que lo más oportuno es glosar en

los postres de un banquete aquello de "Morir habemos".

¿No conoce usted aquel canto nupcial de Leopardi²³ en las bodas de su hermana Paolina? Ahí tiene usted un canto profundamente pedagógico, sincero y veraz. Leopardi no trató con él de engañar a su hermana, ni de simplificar y facilitar a sus ojos la vida que se le preparaba.

Ahora, lo que hay que hacer es aceptar resignada y hasta alegremente la complicación y la dificultad del arte de la vida y de la vida misma, como hay que aceptar alegremente el castigo del trabajo. No del que inventamos nosotros y se nos antoja que es el que nos compete, y no suele pasar de ser un puro medio para medrar o para lucirnos, para alimentar o nuestro estómago o nuestra vanidad, sino el otro.

Y en resumidas cuentas, señor mío, dedíquese algo más a la enseñanza y algo menos a la Pedagogía, y en cuanto a la Etica, no olvide lo del Kempis: "Prefiero sentir la compunción a saber su definición". No discutamos, como Sócrates, si la virtud es o no ciencia; cumplamos el deber inmediato y estricto, sin descuidarlo, para definir el Deber. Y en Burgoprieto, y en Burguillo de la Sierra, y en Navarredonda de Abajo, sin tener a Platón o a sus comentaristas a mano, se puede cumplir el deber que otro se encargará de definir sin cumplirlo.

23 Giacomo Leopardi (1778-1837) poeta, ensayista y prosista italiano muy admirado por Unamuno, según puede verse en estas líneas: "Más que de filósofos o pensadores he sufrido la impresión de poetas, del gran Leopardi (me le sé casi de memoria) ante todo, y de la lírica inglesa (Wordsworth, Coleridge, Burns, etcétera), que es la que prefiero".

Otro arabesco pedagógico*

...Me llega un semanario de primera enseñanza, que se publica en Reus,²⁴ y en él una nota semanal, en que su autor la emprende con algo de lo que dije en mi "Arabesco pedagógico" aparecido aquí mismo el 17 del pasado noviembre. ¡Y qué cosas me hace decir el pedagogo reusense! Me supone enamorado de la escuela monacal, del régimen del fresno, del militarismo escolar y de la enseñanza apocalíptica. Y todo porque dije, y repito, que el enseñar jugando lleva a que se juegue a enseñar y a aprender, y ni se enseña ni se aprende. Y porque prediqué la austeridad.

Supone el pedagogo de Reus, y lo supone gratuitamente, que yo admiro a dos maestros a quienes cita. No, no los admiro como pedagogos. Al uno sólo le conozco de referencias, y las que me son fidedignas, no buenas, y al otro sí que le he visto trabajar. Y aunque admiro su intención moral, la labor pedagógica me parece... detestable. En pedagogía, lo que importa no es tanto el cómo se enseña cuanto lo que se enseña, y no vale la pena de inventar juegos y payasadas para enseñar tonterías o acaso disparates, si es que no doctrinas subversivas contra el Estado. Enseñar el índice de un libro de historia —fechas, batallas, dinastías, romanos, cartagineses, godos, etc., etc., o aquello de metecos, periecos, etc.— con juegos, no es enseñar nada.

Hay, además, una pedagogía de adaptación al maestro, o sea del menor esfuerzo. Las madres, nodrizas, amas secas, rollas y *nurses* han encontrado maneras de manejar a los niños pequeñuelos que son las más cómodas para las que los manejan, no para ellos mismos. A esto obedecen las mantillas. Se busca una transacción o compromiso entre la comodidad y bienestar del niño y la comodidad y el me-

* En *Obras Completas*, T.XI, Madrid, Vergara Ed., 1958, pp. 75-80.

24 Ciudad y municipio de España, provincia de Tarragona.

nor esfuerzo de la niñera. Y casi me atrevo a afirmar que los cirujanos, por su parte, han hallado aquellos procedimientos que produzcan la menor molestia y el menor mal del operado, con la menor molestia también y el menor trabajo del operador. Es un problema de máximos y mínimos. Y es muy humano que de tener que sacrificar uno u otro interés, la niñera, y hasta la madre, sacrifiquen el del niño al suyo propio, y el cirujano, por salir del paso o no darse demasiado trabajo, ampute un miembro que se pudo conservar con cuidados. Sobre todo si el paciente es pobre.

Lamentándome yo de la ceguera de un pobre niño, producida por la viruela, su madre, que estaba presente, al preguntarle por qué no le había lavado los ojos, contestó: "Pero si se le llenaban de pus a cada diez minutos". Y replicando yo: "pues, lavárselos cada diez minutos", me dijo estas fatídicas palabras que me dejaron helado: "Vaya un trabajo". ¡Y era su madre!

Créame el pedagogo reusense que eso de que el maestro "se pasa la vida en una actuación intensa sobre el alma del niño confiada a su manipulación" no pasa de ser, en la inmensa mayoría de los casos, un piadoso deseo. Conozco a nuestros maestros de los tres distintos grados. ¡Como que formo en su número! Y eso de la actuación intensa no pasa de una leyenda.

Los maestros de los tres grados oficiales de enseñanza, nosotros, los verdaderos causantes de las huelgas escolares, hemos llegado a una pedagogía de adaptación y de menor esfuerzo. Tenemos las inteligencias de los niños y los jóvenes de mantillas y con chichoneras, porque eso nos evita molestias en la susodicha manipulación. Y el conjunto de prácticas y procedimientos que se organiza y trasmite bajo el nombre de pedagogía es, en gran parte, producto de esa experiencia del menor esfuerzo y el mínimo entusiasmo. Cuando llegamos a atesorar experiencia pedagógica es la de un burro cansino. Hay que ver a qué refinamientos

de técnica pedagógica llega un maestro que busca el que la escuela funcione sola, por sí misma, como esa máquina de hilar que en Béjar²⁵ llaman *selfatina*, del inglés *self-acting*, que obra por sí misma.

No, no es la escuela monacal ni la enseñanza apocalíptica —aunque... ¿qué será esto? Yo no lo entiendo— lo que preconizo, si no, como ya lo dije, es el heroico furor del magisterio, el entusiasmo recogido. Y nada de juegos y mojigangas para enseñar vaciedades, como son eso de qué sean los periecos²⁶ o las definiciones de las partes de la oración, según el *Epítome*²⁷ académico u otro repertorio tan disparatado como él o la mera clasificación, quedándose en ella, de las virtudes cardinales, y si son cuatro, o tres, o siete. Y créame el pedagogo reusense que, por muchos juegos que invente, no logrará deleitar al niño enseñándole, verbigracia, a qué forma de expresión llamamos pluscuamperfecta, lección perfectamente inútil para un niño de la escuela, y hasta para los más adultos. Pues no llego a creer que se figure que eso que, a título de gramática se enseña, enseñe a nadie a hablar y a escribir con propiedad y corrección. Y lo que no se debe hacer es llamar lecciones de cosas a las que no lo son sino de palabras, y aun así malas. En la escuela hay que formar hombres, no eruditos.

Y he aquí cómo la pedagogía tiene que ver con la erudición también. De todos los puros eruditos, los que no son más que eruditos, los peores son los eruditos pedagógicos o los pedagogos eruditos. Y, sobre todo y ante todo, lo que hay que hacer en la escuela es aguzar y encender —encender, sí, porque eso es cosa de fuego, de pasión— las enten-

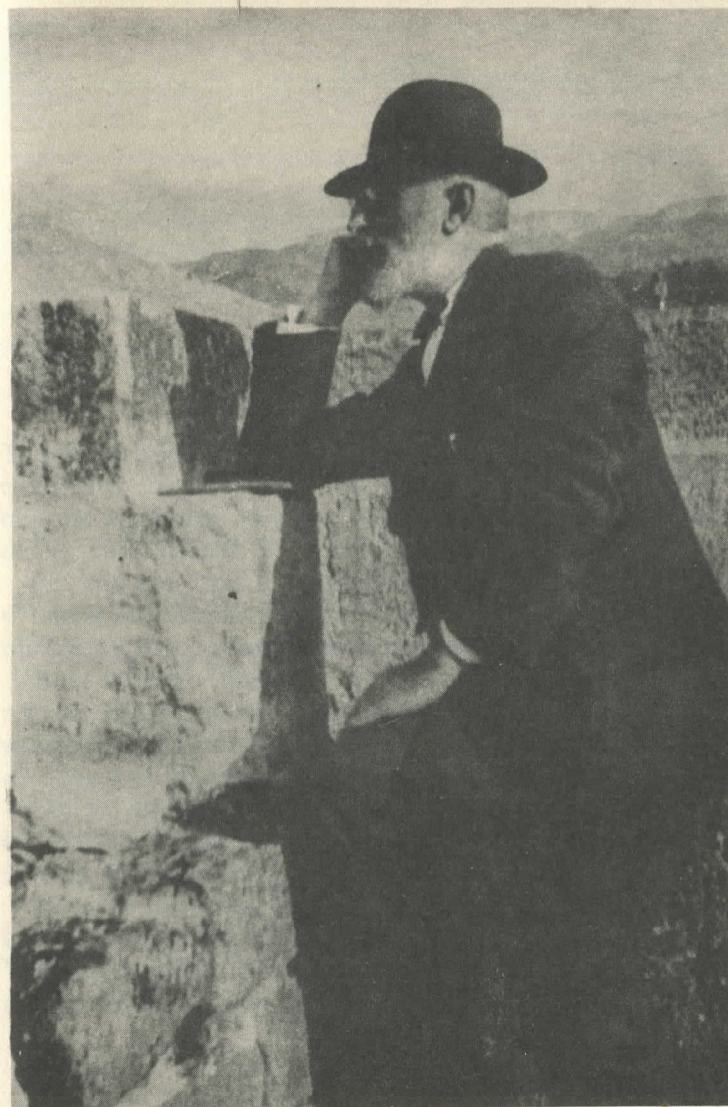
25 Ciudad y municipio de España, provincia de Salamanca.

26 Aplicado a los moradores del globo terrestre en relación con otros que ocupan un punto del mismo paralelo que el primero y diametralmente opuesto a ellos.

27 Resumen o compendio de una obra más extensa, abreviando y reduciendo cuanto es posible la materia tratada en ella, y exponiendo únicamente lo más fundamental o preciso.

dederas de los niños para que no resulten luego estériles los esfuerzos que algunos hacemos por afinar nuestras explicaciones cuando vamos contra los tópicos resobados del sentido común, que es el sentido de la adaptación al mínimo esfuerzo, el sentido de la haraganería mental...

EDUCACION SUPERIOR



De la enseñanza superior en España*

Todos los años, desde que soy catedrático, me dejan los exámenes en el alma estela de pesar y de desconfianza, dejo de amargura. ¿Es ésta la juventud alguna? ¡Forzados de la ciencia oficial! El espectáculo es deprimente.

Un año con otro he contribuido a licenciar en Filosofía y Letras una decena bien cumplida de estudiantes. Y ¡vaya unos filósofos y unos literatos que por ahí nos salen!

Bola número quince... ¡Terencio! ¿Dónde nació Terencio? Recíteme usted su cédula de vecindad, sus ires y venires, los títulos de sus obras, el argumento de alguna de ellas y el juicio que le merece el autor del manualeté. Y Terencio resulta así un nombre, algo muerto y enterrado, un Fulano de gacetilla. ¡Excelente sistema para matar el apetito de aprender!

El saber no ocupa lugar. Esta maldita fórmula ha encubierto estragos. Sí, el saber ocupa lugar, ¡vaya si lo ocupa! Y cuando menos, nadie pondrá en duda que el aprender ocupa tiempo, y que éste es irreversible; se va para nunca

* De *Obras Completas*, T.IV, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, pp. 43-90.

jamás volver... ¡Nunca jamás! ¡Tiempo! ¿Qué nos importa de él aquí donde lo hacemos para matarlo? Es algo inaudito, un devorarnos mutuamente; porque mientras Cronos nos traga a nosotros, sus hijos nos le tragamos a él. Y así no quedan ni los rabos, ni tenemos tiempo ni hombres.

Y en resumidas cuentas, ¿estamos acaso los españoles persuadidos, persuadidos de corazón y no sólo convencidos de cabeza, de la importancia de la enseñanza pública? No, no lo estamos; no creemos en ella. Y ésta es la raíz de la postración que entre nosotros sufre.

Es frecuente encontrar en nuestros programas de clase este enunciado: "Importancia de nuestro estudio". Señal clara de que no se cree en ella, cuando se siente la necesidad de demostrarla.

La base de todo radica en esto; no se cree en la enseñanza. No creen en ella, allá, por dentro de su espíritu, bajo las convenciones sociales, ni aún los que más la preconizan. En un tópico, un lugar común de nuestra retórica, más o menos regeneradora.

Hambre de cultura la sienten muy pocos; muchos menos de los que creen sentirla. Importa más aparecer sabio que serlo, porque la apariencia renta más que la realidad, donde domina junto al fetichismo de la ignorancia el de la ciencia, donde la superstición de la incipiente se convierte en la superstición del saber.

Pedimos a la ciencia misterios y milagros, y al llamar sacerdotes a los que la infunden propendemos a hacer de su enseñanza una liturgia. Toda mi vida recordaré el profundo recogimiento con que cierta sociedad, en que no faltaban lectores de Flammarión,²⁸ se oía a un conferenciante recitar los millones de leguas que hay de la Tierra a

²⁸ Camille Flammarion, astrónomo francés (1842-1925), autor de *Astronomía popular*.

Sirio. ¿Cómo lo habrán medido?, se preguntaban a solas, y sobre su inconsciente fe en la imposibilidad de medirlo por vías naturales, admiraban el misterioso poder de la ciencia, que logra con su varita mágica hasta lo imposible. Porque, cómo dudar de la veracidad del aserto, ¿quién se atreve? ¡La ciencia! ¡Oh, la ciencia! Mas hubo alguien que les explicó cómo se llega a medirlo —conocimiento más sustancioso que el de cifras muertas— y así que lo comprendieron, sintieron menosprecio hacia la ciencia; ésta es la palabra, menosprecio. ¿Conque no es más que eso? ¿Conque los cálculos del astrónomo, aunque enormemente más complicados, no son de otra naturaleza esencial que los de la vieja que cuenta con los dedos? ¿Conque el conocimiento científico brota del vulgar? Había perdido la ciencia su prestigio, y aquí nada vive más que de prestigio, que vale tanto como decir que de mentira vive. Hace mal el prestidigitador en descubrir la *trampa* a los que con la boca abierta contemplan sus juegos. Demos cifras, dogmas, fórmulas, conclusiones, recetas... nada de métodos.

Visitando en cierta ocasión un colegio de segunda enseñanza, dirigido por padres escolapios,²⁹ y mostrándonos el profesor de Física el gabinete de los juegos de manos, al mostrarnos un modelito de aparato, hube de preguntarle qué había dentro de unas almohadillas de roce. "Ese es el secreto del inventor", hubo de responderme. Eso es para los *ilustrados* la ciencia, un secreto.

Todos esos que van a ver pasar el tren para admirarse de los adelantos del siglo, los que se extasían ante el teléfono porque no lo entienden, todos esos no creen en la enseñanza, aunque se empeñen en querer creer en ella. Todos esos piden ahora muchas escuelas de artes y oficios, muchos más ingenieros de los que nos sobran, mucha química,

²⁹ Se refiere a los religiosos pertenecientes a la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

mucha física, mucha geología, y menos latín, y sobre todo, nada de religión. De esa madera se hacen los reaccionarios, mote que a todas horas tienen en la boca los reaccionarios de verdad.

Por algo se dijo aquello de que:

¡Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad!

Cuantos esperan que la ciencia haga la felicidad del género humano, no creen en ella y menos en su enseñanza. Al menor desengaño la declaran en bancarota. Todo progresista lleva dentro un reaccionario, porque todo optimismo cándido cede a la desconfianza. Fe, verdadera fe en la ciencia, conciencia clara del poder de ésta, lo cual equivale a conciencia de sus límites, apenas la he encontrado más que en éstos a quienes se moteja de escépticos, en los que aman más el ejercicio de la caza que el engullirse la pieza cazada.

¡Máquinas! ¡Agricultura, industria, comercio! Todo eso se hace con espíritu. ¿Y el espíritu con qué se hace? Según nuestros marroquíes, con máquinas. ¡Ya lo veremos!

La *ilustración* es aún entre nosotros un fetiche. Y tal vez sea imprescindible esto, y nuestro deber fomentar ese fetichismo y extraer de él, que es la más baja forma de fe que cabe, la fe pura y libre, libre sobre todo de dogmas; la fe en la fe misma.

Creemos a quien nos dice algo, no la cosa dicha. Nuestra fe, lo que hace sus veces, nuestro modo de fe se basa en autoridad. "La ciencia dice..." "La ciencia aconseja..." "La ciencia nos enseña..." Ya está la ciencia convertida en un ídolo.

Rodeaban en cierta ocasión a un explorador inglés que en una parada leía unos recién recibidos diarios, los negros de una tribu. Y mientras él no quitaba ojo de sus periódicos, no le quitaban de él los negros, sorprendidos de que un hombre superior, un semidiós, se pasara las horas muertas mirando a unos papeles. Deliberaron entre sí los negros, y al concluir su lectura el blanco, propusieron la compra,

a muy buen precio, de aquellos papeles. Sorprendido el explorador, les preguntó para qué los querían, y le respondieron que alguna virtud mágica tendrían para la vista cuando los estuvo mirando con fijeza tanto tiempo. Así se hace aquí; se compran los papeles por su virtud mágica. ¡Dios conserve la vista a los compradores!

Compan los padres ciencia para sus hijos, porque eso debe ser bueno para los ojos. ¡Oh, viste mucho un título de bachiller! Ya que tu padre fue un zote, siquiera tú que tengas ilustración. ¡Ilustración!

Yo con ilustración, ¡cuánto sabría! No hay que hacer un mal papel en sociedad. Y hasta para pescar novia no viene mal la ilustración. Es, al fin, un chico de carrera...

El título no da ciencia, se repite; pero los padres, con no mal acuerdo, dados sus alcances y el estado de cosas que aquí priva, quieren para sus hijos título y no ciencia. Con aquél se las busca uno mejor que no con ésta. El título no da ciencia, pero da privilegio, que es cosa más tangible que aquélla, o por lo menos, más convertible en algo que se toca. En cuanto a la ciencia, es una feliz casualidad eso de topar con la redoma encantada.

¡Títulos, títulos! ¿Hombres? ¿Para qué nos hacen falta hombres? Licenciados es lo que necesitamos. El hombre que no es más que hombre, lo menos que hoy se puede ser, se muere de hambre mucho antes que el licenciado, digan lo que quieran los doctores fracasados. ¡Pobre, sí, pobre, pero hidalgo! Y el título de licenciado es un título de nobleza, y como tal se estima.

"¿Y la vindicta pública?" —me decía un alumno a quien suspendí, cuando a su observación de que no le hacía falta la carrera le repliqué que por eso debía importarle menos el suspenso. ¿Y la vindicta pública?

¡El título! He aquí una fuerza positiva y negativa a la vez. Quitad al médico más acreditado su título, y le habréis hecho tanto daño en su clientela como en la suya se la haríais a un prestigioso curandero a quien le dierais

título a la fuerza. El uno posee el secreto del inventor, la redoma encantada el otro; el uno se ha leído *todos* los libros que se escriben, el otro no ha leído ninguno. ¡Admirables los dos! ¡Y siempre el fetichismo!

La enseñanza se reduce a una simonía; hay que comprar, como Simón Mago³⁰ quiso hacerlo con el poder milagroso, la taumaturgia científica, los papeles que dan poder mágico a la vista.

Lo que hay que hacer es destruir ese fetichismo, si se quiere que la ciencia cobre su fuerza y no nos la declaren otra vez en bancarrota. Ha de asentarse como el mar, poderoso sin salirse de su lecho, exhalando nubes de riego y recogiendo las aguas de los ríos. Hay que destruir esa funesta superstición de que la ciencia haya de hacer la felicidad del hombre e infundirla en todo, y que todo acto sea científico, sin dejar de ser natural y sencillo, como debe ser religioso. Y que busquen los progresistas la felicidad por otro camino.

Se oye misa los domingos y fiestas de guardar o todos los días, si a mano viene; se reza el rosario, y se ha cumplido con la religión para todo el día. *Salir del cuidado* se dice entre devotos a oír misa los domingos. Y así como la religión no es atmósfera del vivir, sino pura superstición, pura superstición es también la ciencia.

Hay que crear fe, fe verdadera en la enseñanza, y sólo se crea esta fe enseñando con ella, con fe viva. La mayor obra de la enseñanza aquí estriba en enseñar su propia imprescindibilidad. Y la nuestra mata el apetito de aprender.

Vi un día en Bilbao a un recién forjado bachiller que, al salir de su examen de grado se puso a jugar a la patada en

³⁰ Hace alusión a Simón el Mago. Mago samaritano muy reputado por sus sortilegios. Cuando los apóstoles Pedro y Juan fueron a Samaria, Simón les propuso la compra del poder de conferir como ellos el Espíritu Santo. Los dos apóstoles rechazaron indignados la proposición. De hecho procede la palabra *simonía*.

la plazuela del Instituto con los libros de texto. “Este admirará el teléfono”, me dije.

Al maestro de instrucción primaria se le desprecia en general; no sirve negarlo. Su oficio —piensa— no es propio de hombres... ¡Eso de quitar los mocos a los chicuelos! ¡Pobre hombre! Estorba el niño en casa, molesta a los padres... “¡Ea, a la escuela! Le diré al maestro que te castigue, pillo, pillete (*Aparte.*) Me es tan molesto esto de castigarlos...” Y luego, “que no les enseñe demasiado... no; que no les cargue la cabeza... Tienen que crecer. Y ¡para lo que han de aprender!...”

Vive además el pobre maestro de escuela encerrado en un terrible círculo vicioso; no se le paga más ni mejor porque no lo merece, y no lo merece porque no se le paga. Como no tiene ciencia no tiene sueldo, y por no tener sueldo no tiene ciencia. Y, de añadidura, sirve el pobre de tópico de retórica, ya burlesca, ya regeneradora.

Y luego, nuestra juventud ¡tiene tan malas entendederas por falta de atención! Se cansa pronto. La han acostumbrado a dogmas y conclusiones, a comerse el gato cazado y aderezado, y se fatiga al punto de correr la liebre. Hacen falta *salidas* para llamarle la atención y forzársela. Necesita aperitivos, porque su atención es pasiva. Nada aborrece más que la *lata*, y *lata* suele ser lo que tiene huesos.

“Aquí hay algo, sí, algo debe querer decir este buen señor; pero ¡buena gana!, ¡no merece la pena de cansarse en ello!, ¡que lo diga claro! Al pan pan, y al vino, vino. ¡Y lo que no sea ni pan ni vino, que se vaya al cuerno!” Con una juventud así educada no se va a parte alguna. La han educado en el aborrecimiento al pensar, en la creencia en masones y jesuitas, en la ola negra o en la hidra.

En los pueblos del interior todo extranjero es gabacho, porque lo mismo les suena el francés que el inglés o el ruso. Así entre nuestros intelectuales del *interior* —y son legión— todo pensamiento que no entienden les olía, no ha mu-

cho, a krausista.³¹ Todo menos violentar a la atención y enterarse. Y por encima de ello un santo horror, un horror castizo romerorroblediano, a todo lo técnico.

La atención española es viva, sí, pero poco tenaz; se cansa pronto, no medita. Rara vez pasa de la erudición. Aquí, donde ha habido tanto comentarista de teología, no hemos tenido ni un solo teólogo genial, y la prueba es que no ha habido grandes herejes.

Hay que hacer fe en la enseñanza y atención, atención metódica y científica; hay que combatir tanto como contra la ignorancia y la pereza mental, contra el fetichismo progresista, y el escolástico, y el *hidráulico*. Y la enseñanza oficial, en vez de combatirlos, los corrobora y explota, y nos hunde cada día más en nuestro pecado original, en la plaga de nuestro pueblo, el dogmatismo huero.

Hemos de verlo.

Si queremos que subsista España como pueblo vivo, hemos de hacer patria. Y esto es tanto hacerla ella a nosotros como hacernos nosotros a ella. Por chico que yo sea ha de ser la patria digna de mí para que yo sea digno de la patria. El contrato social que Rousseau —engañado por universal espejismo— supuso en el arranque de las sociedades humanas, es el coronamiento de éstas. La libertad no es otra cosa que la viril conciencia de la necesidad, la voluntaria aceptación de la ley ineludible. Debemos, pues, aspirar a que llegue día de libertad en que todo español lo sea porque quiera serlo, y no pueda menos que quererlo por el solo hecho de que lo sea.

Y la primera obra de libertad es *intimar* la patria, fraguármola dentro de nosotros, individualizarla, que sea un

³¹ Relativo al krausismo. Sistema filosófico de Krause (Kral Christian Friedrich Krause), que fue introducido en España por Julián Sanz del Río.

estado de nuestra alma tanto o más que una institución social. En vano seremos concentración de nuestra patria si ella no es expansión nuestra. La sociedad en que vive y de que se nutre mi espíritu, su hijo, no puede ser mi patria si en ella no caben mis sentimientos y mis ideas.

Esforcémonos todos porque llegue a ser nuestro patriotismo la forma viva de nuestro lazo con el ideal que de la humanidad nos forjemos y no el carnal apego al nativo terruño o a la conversación y trato de los viejos camaradas que en la vida nos adormecen; que brote de las instituciones de nuestro espíritu y no de las del Estado.

Ante todo hay que mirar cara a cara el problema, el único, sin cobardía, ni aun la de la audacia, la de aquellos que huyen hacia adelante, la de los que niegan el problema como quien por miedo a la muerte se suicida. Y el problema, lo mismo para el individuo que para el pueblo, es éste: ¿cuál es el fin de la vida? Los que contestan “¡ella misma!” dan a la vida un doble sentido y en vez de resolver el problema lo difieren, por miedo a él. Es la esfinge: ¡adivínale o te devoro!

Sólo una finalidad trascendente es ideal, y sin ideal no hay vida verdaderamente humana, ni para el individuo ni para el pueblo. Y en tanto el progreso, la necesidad ineludible, grita: ¡anda!, ¡anda!, ¡anda!, si te detienes, pereces, ¡anda!, ¡anda! “El Occidente —dijo ha tiempo un pensador religioso— no se resignará jamás, para vivir en paz, a no tener ya motivo de vivir”.

¡Motivo de vivir! ¡Motivo de vivir para el individuo y para el pueblo, y el motivo de vivir del pueblo, raíz y médula del patriotismo individual! Si no sabemos para qué ha de vivir nuestra patria, jamás seremos patriotas.

¡Motivo de vivir! Fe, una fe cualquiera, pero fe, fe libre, la fe que crea, y nutriéndose de su propia creación, la consume; fe señora y no esclava de dogmas. No hagamos como los que se desatan de unos dogmas, pero siguen encadenados al dogmatismo.

¡Motivo de vivir! ¡Motivo de vivir vida colectiva, fe patriótica, un ideal, conciencia de una finalidad *ad extra*³² de nuestro pueblo, pues sin esa finalidad no será el pueblo nunca patria!

Cuando fue España fuerte tuvo una fe patriótica, fe que nos hace falta, aunque de sus dogmas reneguemos. Tuvo España una fe; forjóse ideal de su misión entre los pueblos. Empeñóse en una contrareforma y en ella fracasó y fracasó también con ella la Reforma que aquella Contra-reforma llevaba en su seno, la española, la castiza, la de raíces en el íntimo sentir del pueblo.

La Inquisición misma fue en algún sentido algo muy grande, más grande sin duda que lo que nos ha quedado de ella.

Mas si queréis apartar la vista de nuestro pasado volvedla a ese aborrecido y admirado pueblo inglés, al del *hero-worship*³³ y el industrialismo belicoso. Basta leer a los fieles de Cecilio Rhodes³⁴ para percatarse de que los ingleses hacen, como los antiguos judíos, de su patriotismo una religión. *God*, el Dios del *englishspeaking folk*, del pueblo de lengua inglesa, ha suscitado a éste como providencial instrumento de la mejora del mundo. Mr. Rhodes no abriga más duda de la divina misión del pueblo inglés —decía Mr. Stead— que la abrigara Josué de la del antiguo Israel. No hay argumento que le convenza de que el Director de este universo destine las más escogidas porciones de su obra a ser infestadas por portugueses o pigmeos. De aquí que mirando en su torno con comprensiva mirada, haya llegado Mr. Rhodes a la conclusión de que si hay un Dios que

32 "Hacia afuera".

33 "Al del culto de los héroes".

34 Político y colonizador inglés, nacido en Bishop-Stortford y muerto en Muizenberg (1853-1902). Llamado por sus admiradores el Napoleón del Cabo, fue uno de los más resueltos colonizadores del Africa Meridional y el instigador de la guerra angloboer.

gobierna las naciones de hombres y se ocupa en los destinos de los mortales, es imposible servirle mejor que pintando lo más que se pueda del mapa con roja tinta inglesa, y asistiéndole, hasta donde sea posible, en facilitar la sobrevivencia de aquellos a quienes llamó Milton "ingleses de Dios", y la eliminación de los ineptos en forma de salvajes o de otros deshechos de la raza humana". Hasta aquí Mr. Stead hablando de la religión rhodesiana, que ha añadido a Darwin al número de los profetas, interpretando lo del más apto por "el más inglés".

Y luego viene Kidd,³⁵ con su inglesa filosofía de la historia a decirnos que los pueblos vencedores serán aquellos en quienes el tipo religioso esté más desarrollado, aquellos que sometan más sus acciones a ideal, que pongan éste sobre la razón, facultad, según Kidd, la más individualista, la más antisocial y la más antievolutiva.

Y ahora reflexionad y sacad consecuencias de todo ello, de esa fe que corona al inmenso oleaje de los pueblos de vitalidad desbordadora. Crean en sí mismos y esta fe les da ideal. ¿Que el mundo no tiene finalidad? Pues se la daremos.

Y en tanto, ved los pueblos racionalistas, enciclopedistas, los entregados a la facultad más individualista, más antisocial y más antievolutiva, preocupados con ir viviendo y mejorar su morada terrena y evitarse dolores y procurarse goces, atentos no más que a conservarse y a enriquecerse, si es preciso.

Cada pueblo expansivo se forma una idea de sí mismo y de su papel en el mundo. ¿Cuál es el nuestro? ¿Qué podemos aportar al espíritu humano? Y este ideal no cabe diferirlo para cuando nos hagamos fuertes; no cabe decir aquí *primum vivere, deinde philosophari*,³⁶ porque tan

35 Sociólogo y economista inglés (1858-1917). Su obra principal, *Social Evolution*, fue escrita en 1894.

36 "Primero vivir, después filosofar".

sólo ese ideal nos hará fuertes y no vivirá el pueblo español, como tal pueblo, si antes no filosofa, de un modo o de otro, respecto a su destino.

En Inglaterra se rinde culto a Shakespeare. ¿Ocurre aquí algo parecido con Cervantes? Y el *Quijote* debería ser nuestra Biblia nacional, un texto siempre leído y siempre comentado, y no a lo Clemencín.³⁷ Rebuscadores y eruditos han caído sobre el *Quijote* y han intentado hasta descifrarlo, y toda una legión de masoretas;³⁸ pero videntes que hayan recorrido sus páginas como el relato de una realidad, de una tremenda realidad histórica y no de una ficción novelesca, ¿cuántos?

Leyendo una vez más el *Quijote*, en religioso recogimiento, se me escapó este grito, grito de amor al ingenioso hidalgo:

¡Muera Don Quijote! ¡Muera Don Quijote! Sí, que muera, porque sólo el grano que muere fructifica; muera, muera Don Quijote, que es el dogma, para que quede libre Alonso Quijano el Bueno, que es la fe. Cuando quedó Don Quijote vencido por el caballero de la Blanca Luna y emprendió su triste regreso a la nativa aldea, ocurriósele a Alonso el Bueno Convertirlo en pastor Quijótiz, a quien dieran "con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que poder hacerse eterno y famoso, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos". Y

³⁷ Diego Clemencín, político, literato y filólogo español, nació en Murcia y murió en Madrid (1765-1834). Fue miembro de las Academias de la Historia, de la Lengua y de San Fernando. Sus trabajos mejor conocidos son una edición del *Quijote*, con extensas y eruditas notas, y el elogio de la Reina Isabel la Católica.

³⁸ Exégetas judíos.

púsose a soñar en su Arcadia, más o menos hidráulica, pero poética, porque molido y quebrantado y vencido como iba, le quedaba aliento para soñar. Y nosotros ¿qué soñamos para mañana que nos haga eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos; que nos haga eternos, de veras eternos, no en la serie de los siglos que constituyen el tiempo, sino fuera de éste, en la eternidad misma?

Una finalidad, motivo de vivir, ¿quién nos la dará sino la conciencia obrando sobre nuestro espíritu colectivo? Sólo del propio conocimiento y del conocimiento del mundo que nos rodea podemos sacar ideal de vida y fe en nosotros mismos.

Sólo así, en vez de esforzarnos vanamente por alcanzar el tipo humano que corresponde al actual periodo transitorio de la civilización, cultivaremos nuestro propio tipo, esperando con fe que en el variable curso de la civilización le llegue el turno. En vez de anglicanizarnos nos haremos más españoles cada vez.

Pero para ello, lo repito, es preciso una clara conciencia de nuestro espíritu colectivo y del mundo que nos rodea. Y nuestra enseñanza pública ni nos hace volver a nosotros mismos y estudiarnos, ni nos revela el mundo ambiente; sólo nos da leyendas muertas y fantasmas de realidades.

En la labor de hacer patria, dándole finalidad, ¿tiene la Universidad papel?

¿Cuál puede ser el oficio de la enseñanza en la labor de hacer patria.

No puede ya culminar ésta en el ejército ni simbolizar en la bandera que ondea entre el humo de pólvora de los combates cruentos. El morir por la patria no es más radical deber para con ella que el de vivir por la patria misma.

Se sacrificó por la patria, dicen de quien dió su último suspiro por defenderla, o por defender sus errores y arrogancias y rapiñas lo más a menudo. Y más acaso se sacrifica

por ella quien le da sus alientos todos, quien le rinde en oficio callado y persistente su trabajo cotidiano.

Hay que enseñar el heroísmo del trabajo y el culto a la verdad. Y es la Universidad la que debe ser, ante todo y sobre todo, escuela de trabajo y templo de la verdad.

¡Escuela de trabajo! ¿Sabemos lo que esto significa? ¡Taller, y no bazar de ideas! La producción aúna y asocia y hermana a los hombres; el comercio los separa, metiéndoles en guerra de concurrencia.

Nuestra enseñanza es militante o polemística; no tira a producir con trabajo, sino a sacar botín con guerra, a saquear lo que otros producen, y a contrahacerlo y falsificarlo y expenderlo como propio, sin más que cambiar la etiqueta. Como las boticas de hoy, no es ya nuestra Universidad una oficina de farmacia sino una expendeduría de específicos, de ordinario averiados, y con ellos buena porción de flores cordiales, malva, cerato simple y agua del pozo. De ella salen esos libros de texto, que son una de nuestras mayores vergüenzas.

¡Taller, y no bazar de ideas! Las cátedras, fecundos laboratorios y no mostradores en que se expende una hora de lección al día. ¿Qué sucedería si en unas oposiciones a una cátedra de Historia universal, pongo por caso, se obligase a los opositores a que leyesen y comentasen un viejo documento, en vez de dejarles que reciten el cuento según éste o el otro autor? ¿Qué más? Hubo aquí un plan en que se hacía estudiar a los alumnos de Derecho, en el llamado preparatorio, literatura griega sin griego. Y creo que haya catedrático de Derecho romano o de canónico que se vea y se desee para traducir el latín con cierta soltura.

¡Qué protestas alzaron muchos, los que creen amar más a la vieja patria, cuando se habló de establecer laboratorios de psicología! ¡Laboratorios de psicología! *Vade retro*;³⁹

39 "Vuélvete-retírate".

¡eso huele a azufre! En esos laboratorios diabólicos se disuelve con sutiles reactivos a las especies impresas y expresas, y al intelecto agente, y a aquella sutilísima razón de que el alma siente porque tiene sensibilidad.

Y a la vez que escuela de trabajo, templo de la verdad. Sobre el ara del sacrificio, sobre la santa mesa del trabajo, la Verdad, la verdad amplia y generosa, que a todos se da sin dividirse, presentando a cada cual el cuerpo en que mejor le guste y comparta con ella, sin excluirse y sin cerrado dogma; la Verdad, que es algo más hondo y más vivo y más fecundo que la razón.

Hay que subordinar a la verdad la patria, si ha de ser ésta grande. Y a la patria, duro es confesarlo, se la quiere alimentar con mentiras. Escuela de mentira es lo que comúnmente se llama patriotismo.

El mayor servicio que a la patria puede hacer la enseñanza es dar la verdad por encima de todo, por encima de la patria misma, tal como ésta se nos presenta. Nuestra mayor gloria será renegar de muchas de nuestras glorias, y reconocer la justiciera razón de muchas de nuestras derrotas, entre ellas de las más recientes.

Una nación no vive sino en el organismo de las naciones, y no con alianzas de guerra ofensiva y defensiva, ni con pactos de familia, ni con ligas políticas, sino con íntimos lazos de espíritu. La vida es un cambio, es una perpetua adaptación de relaciones interiores a otras exteriores, es un juego no interrumpido de ósmosis y exósmosis. Si no nos adaptamos al ambiente europeo no tendremos patria, y esa adaptación no se cumplirá importando ideas europeas para aquí expenderlas con el consiguiente recargo de aduana, sino aprendiendo a fabricarlas y fraguando nuestra potencia de idealizar, elevando talleres más que bazares de ideas. Para ello hace falta evocar la productividad toda de nuestro pueblo, arar muy hondo nuestro suelo espiritual antes que en él echemos las semillas importadas, que darán al cabo trigo nuestro. Quiero decir que hay que sacar al

sol, a que se aireen y oreen y meteoricen, las entrañas mismas de nuestro pueblo.

Lo he dicho antes de ahora: la tarea de españolizarnos, de intraespañolizarnos más bien, y la de europeizarnos, son dos tareas convergentes. Cuanto más nos estudiemos a nosotros mismos y más intentemos entrar en nuestro yo, más cerca estaremos del tipo universal humano. En más íntimas entrañas, en el *sancta sanctorum*⁴⁰ de mi espíritu es donde está el Hombre, el universal, el que es raíz común de todos los hombres. *In interiore hominis habitat veritas*;⁴¹ el trabajo la conquista.

¿Hace algo nuestra Universidad en pro del "conócete a ti mismo" colectivo? ¿Ha iniciado sondeos o excavaciones o pesquisas en las vísceras de nuestro pueblo? ¿Ha instituido o fomentado siquiera nuestro *folklore*? ¿Investiga nuestro derecho consuetudinario? Lo poco que de tales labores y otras análogas aquí hace débese a beneméritos y abnegados individuos, no universitarios todos, ni mucho menos; pero la Universidad, como cuerpo nada de eso hace. A lo sumo organiza centenarios, es decir, mascaradas y banquetes. La *extensión universitaria*, iniciada aquí por la de Oviedo, que es la más digna de vivir, aunque sea la que menos rendimientos dé al Estado, ¿qué repercusión ha tenido? Y luego, para defenderse una Universidad de alguna proyectada supresión en gracia a las economías, no se le ocurre otro argumento que el hecho de rendir beneficios pecuniarios al Estado. ¡Y hay catedrático que invoca tal razón! Se dice que es vergonzoso que el Estado tenga a la enseñanza pública como fuente de ingresos pecuniarios, a costa de desperdicios intelectuales; pero esa vergüenza alcanza también a muchos de los maestros, que no otra cosa que fuente de ingresos ven en su oficio, ni en otro respecto defienden a su escuela.

40 "Lo más sagrado de lo sagrado".

41 "En el interior del hombre habita la verdad".

Entre los filisteos⁴² que conozco —y no son pocos— los hay catedráticos, cuando la cátedra debiera ser un aventadero de *filisteísmo*. Los hay *filisteos*, y hasta *beocios*.⁴³ (Los interesados no entenderán, de seguro, los mote que les cuelgo.) Se les da un comino de la ciencia.

He oído o leído no sé dónde que la Iglesia anglicana recomienda a sus pastores que se dediquen a alguna actividad espiritual, además de la de su ministerio; que hagan geología, o botánica, o matemáticas, o historia, o verso, o novelas. Tal vez convendría también recomendar a nuestros catedráticos que hagan algo más que dar su lección diaria y examinar cuando llegue la vez. Por mi parte me aquieto de lo poco que mi labor de publicista me produce, pecuniariamente se entiende, en atención a lo espléndidamente que el Estado nos paga a los catedráticos para el beneficio social que le producimos. Considero que la sociedad española, por ministerio de su Estado, me pone a cubierto de la miseria para que pueda dedicar con sosiego y tranquilidad las fuerzas de mi espíritu a una labor de educación pública, que no encontraría oferta alguna en el libre juego económico de las necesidades sociales. La educación nacional tiene que ser una función tutelar.

Con todo y sus defectos, aún cumple oficio vivo nuestra Universidad, y por cumplirlo subsiste. Aún en sus aulas, forzados por imperativo de la ley si han de obtener el buscado título, penetran con mejor o peor pie no pocos jóvenes, en campos del pensamiento en que jamás se les hubiese ocurrido espontáneamente penetrar, y en ellos se les despiertan aficiones y aptitudes que en otro caso habrían quedado dormidas. Rara vez es, en la propia educación, espontáneo y libre el primer impulso, sino efecto sugestivo. Santo y bueno que se canten las excelencias del

42 Persona inculca, sin gusto artístico.

43 De Beocia, región griega, torpe, grosero, por alusión a cierta estupidez atribuida tradicionalmente a los beocios.

autodidactismo y de la autoeducación; pero es indudable que se distingue a la legua el autodidacto, que se hizo a sí mismo rodando por las aulas y reaccionando tal vez contra lo que en ellas le hacían aprender, de aquel otro que fuera de todo público instituto se ha formado. Hay mucha diferencia del que protesta de la rutina intelectual, porque la ha sufrido, a aquél que sólo de oídas habla, como la hay grande del reformador, o heresiarca,⁴⁴ o librepensador que ha pasado por disciplina teológica, a quien combate dogmas que apenas conoce y que sólo por sus más vulgares efectos juzga. Progreso que no se basa en tradición no es verdadero progreso, porque algo es lo que progresa. ¿Y qué es lo que progresa sino lo tradicional? ¿Qué queremos que avance si no es el viejo carro, con su natural inercia? A todo el que os hable de progreso en abstracto, preguntadle: progreso, ¿de qué? ¿Qué es lo que progresa? No puedo avanzar sino a partir de donde estoy, a donde he llegado por pasado camino; progreso sin tradición es trayectoria sin móvil, pura fórmula matemática, parábola ideal que no tiene en cuenta la realidad de cada una de las sucesivas posiciones del cuerpo que marcha. Y estas posiciones en nuestra marcha intelectual sólo en el seno de los públicos institutos de enseñanza cabe determinarlas por completo.

No se trata de dejar turulato al hortera, *d'épater le bourgeois*,⁴⁵ de hacer *l'enfant terrible* con las calculadas paradojas que denuncian las atropelladas y mal digeridas lecturas del autodidacto que se hizo fuera de la tradicional matriz. Los más audaces y fecundos revolucionarios estaban empapados de aquellos mismos que trataban de revolucionar. No tienen eficacia honda los ataques a la enseñanza del latín, pongo por caso, cuando no proceden de

44 Herejía.

45 "Escandalizar a la burguesía".

quien conozca bien la lengua latina y el modo de enseñarla.

La patria misma es una tradición, una tradición ineludible, y a la Universidad debe su principal factor de progreso. Unos cuantos sabios, verdaderos sabios, maestros de verdad, guardan más a la patria que algunos batallones. Poetas y pensadores preludiaron y prepararon la unidad italiana y la alemana, y la primera, la italiana, se hizo a pesar de continuadas derrotas militares.

Aquí hay que hacer la unidad honda, la espiritual, la comunión más bien. Mientras no comulguemos en un ideal lo bastante amplio para que en él quepamos todos los españoles, no habrá patria española. La vieja resulta ya un poco estrecha; hay que ensancharla, pero ensancharla por dentro, en espíritu y en verdad. Alma de tolerancia; mente hospitalaria; culto a la verdad, sintiéndola viva, proteica⁴⁶ y multiforme; comprensión, a las más opuestas concepciones, abierta; odio al formalismo; atención al pueblo; heroísmo de trabajo; sumersión en la realidad concreta, fija la vista en la más alta idealidad abstracta... Si no nos da todo esto la Universidad, habrá que darle garrote vil y aventar luego sus cenizas.

Lo que ha de ser un Rector en España*

Me habéis llamado, señores y amigos míos, pidiéndome que os diga lo que a mi juicio debe ser un Rector en la Universidad española, ya que se me ha destituido de tal cargo, después de haberlo ejercido cerca de catorce años

46 Se refiere al dios Proteo, de la mitología griega, quien podía adquirir diversas formas.

* Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 25 de noviembre de 1914. En *Obras Completas*, T. IX, Madrid, Escelicer, 1971, pp. 297-316.

en la vieja Universidad salmantina, y diciendo que lo he llenado de una manera detestable. Y no puedo deciros cómo creo que debe ser un Rector, sin exponeros lo que como tal he querido ser, y mis esfuerzos para acomodar a ese ideal de la rectoría la realidad del oficio. Juzguen, pues, los que no conocen mi labor en el rectorado y hablan de ella sobre puras leyendas, a las veces fraguadas con insidia, con ligereza otras, como quisieren; ni lo que otros creen de mí ni lo que yo de mí mismo creo tiene valor alguno junto al hombre efectivo para la sociedad, que es el que se quiere ser...

...Y ahora paso a deciros algo de mi labor administrativa, desde el rectorado de la Universidad de Salamanca, pues entiendo que es el mejor modo de responder a vuestra pregunta de lo que debe ser un Rector hoy en España.

Si de algo se me puede culpar es de haber acaso exagerado mi estatismo, mi respeto escrupuloso a la ley, mi noción de lo que debe ser el estricto cumplimiento del deber profesional. Los que se crean que yo he sido un Rector durmiente, distraído en otras funciones o en quehaceres literarios personales, atento sólo a firmar expedientes y a dejar correr las cosas, se equivocan. Tal vez no fuí en alguna ocasión lo anarquista que se debe ser en un país en que el Estado se halla por hacer. El Ministro mismo, explotando esa leyenda, me ha dirigido elogios, sin derecho a ello y sin conocer mi labor, y ha hablado de mi extravagancia. ¡Qué honor el de pasar por extravagante entre los bergamines!

Llevé con un rigor que, puedo decirlo muy alto, no se ha llevado en ninguna otra Universidad española, el hacer que cada cual cumpliera siquiera con lo más externo de su deber. Negaba peticiones abusivas de licencia, informaba en verdad y justicia las que por mi conducto se dirigían al Ministro, diciendo alguna vez no ser cierta, a pesar del certificado médico, la dolencia que se alegaba; hice volver de su pueblo, adonde sin la debida licencia había ido,

como de tapadillo, un catedrático, y teniendo que invertir casi un día en el viaje —y como se trataba, por cierto, de un perfecto caballero y de un pundonorosísimo profesor, comprendió mi conducta y quedamos aún más amigos que habíamos sido—; hice que un mes se devolviese la paga de otro catedrático que abusaba de las ausencias y no justificó una de ellas a su tiempo. Y en cambio puedo decir que en los catorce años que he sido Rector, sólo una vez, una vez sólo, se me advirtió del Ministerio, podréis figuraos quién era el Ministro, que negase entonces una licencia breve, de quince días, si me la pedía uno de los catedráticos más cumplidores de su deber —el actual senador por nuestra Universidad—, y ello porque la iba a pedir para ir a trabajar su elección de diputado a Cortes⁴⁷ por uno de los distritos de la provincia. ¡Esta parece ser la única causa por la que no se puede pedir licencia! Y hay un catedrático que, dejando vacante su cátedra en la Universidad a que está adscrito y por la que cobra, se halla agregado en comisión a otra Universidad, la de su pueblo natal, donde no ejerce función alguna docente. Verdad es que, renunciando a la lucha, dejé libre un distrito en las últimas elecciones a Cortes. Y el Ministro electorero, que decreta esas y otras... irregularidades —en su estricto sentido—, ¡me niega dotes de administración y gobierno!

Yo inicié para los maestros de primera enseñanza el suprimir un artificioso expediente en los evidentes casos de abandono de destino, sistema que luego adoptó celoso el Ministerio.

No sé a cuántos catedráticos de Universidad se habrá jubilado en España, y no a petición suya, por el expediente de capacidad que han de incoar⁴⁸ al cumplir los setenta años; sólo sé que, de éstos, cuatro lo han sido por la Univer-

47 Municipio y villa de España, provincia de Navarra.

48 Dícese comúnmente de un proceso, pleito, expediente o alguna otra actuación oficial.

sidad de Salamanca. Y lo fueron porque me negué a decir lo que no fuese verdad, e hice que apareciese su verdadero estado físico y mental —uno de ellos ciego—. Y entre tanto, se declara aptos para continuar en sus cargos a pobres ancianos totalmente incapaces, a alguno incapaz de nacimiento y no por deterioro de edad, y se respeta a locos, a verdaderos locos, haciendo completamente inútil ese expediente. Y si alguna vez se llegase a jubilar a alguno contra su deseo, sería, no lo dudéis, por motivos políticos o porque se necesitaba para algún paniaguado⁴⁹ su vacante.

Esto de la asistencia, esto de la capacidad física, es, bien lo sé, lo más externo; puede llegar a ser algo farisaico. En no pocos casos es una evidente ventaja para la enseñanza que un catedrático falte a clase. Mas yo creo que esa externidad del deber puede llegar a obrar en su mayor intimidad.

Alguna vez dije y ello se hizo público, con metáfora algo ruda, lo confieso —pero ya fue publicada—, que en aquella Universidad que yo regía no había ni mayor ni menor proporción de burros que en otra cualquiera, pero que los de allí daban vueltas a la noria. Y creo más: y es que es más fácil y provechoso aprovechar al tonto —cuando no es de remate— que no al que llaman listo. Hay quien no sólo se perfecciona en el trabajo, sino que hasta llega a fraguarse una inteligencia. Cien veces mejor el corto de alcances que se mata a estudiar y trabajar que el que, creyéndose despejado, se pasa la tarde toda en el casino mano a las cartas o a las fichas del dominó...

...He creído, y sigo creyendo, que una de las obligaciones morales, religiosas más bien, del Rector de una Universidad es empujar a ésta a que tome el aire de la calle y de los campos, y lleve al pueblo, sediento de verdad y de justicia, la voz del saber desinteresado y noble. Si la

49 Allegado a una persona y favorecido por ella.

conciencia de la patria no se fragua en sus institutos de suprema investigación científica, ¿dónde va a fraguarse? Si el saber desinteresado, el que no se pliega vilmente a intereses de secta, de bandería o de clase social, no se encuentra en las universidades, ¿dónde va a encontrarse? ¿Han de ser ellas, repito, sórdidas fábricas de licenciados y más sórdidos aún colegios electorales y no otra cosa?

¿No ha de educarse y formarse en ellas el carácter de las generaciones de las futuras clases dirigentes? ¿Han de pasar por ellas nuestros jóvenes, a la caza del título, sin recibir de sus maestros lecciones de dignidad y libertad de conciencia, de austera dedicación al estudio de la vida en la vida misma, y viviendo los goces y las penas del pueblo? ¿Quién más que la Universidad está obligada, religiosamente obligada, a estudiar los males de la patria, metiendo para ello sus dedos en las llagas, y a emprender la educación política del pueblo? ¿Vamos a prescindir de ello, rindiéndonos a los solapados sofismas de los que, al hablar de la majestad y pureza de la ciencia, no hacen sino defender la servidumbre del espíritu a una tradición que nunca fue viva? Poneos en guardia cuando oigáis hablar de neutralidad a ciertas gentes; quieren decir muy otra cosa.

Y me asocié, con queridos amigos y compañeros míos de claustro, que sentían como yo la responsabilidad moral de su oficio, a manifestaciones varias del llamado movimiento obrero, y unas veces fuimos a su casa, a la del pueblo, y otras vinieron ellos a la Universidad, y más de una vez ocupó la tribuna de su Paraninfo —¡oh profanación!— algún hijo del pueblo, obrero manual que ni bachiller en artes fuera. Y no era ello, ¡no!, una teatral extensión universitaria de doctrinas neutras, con proyecciones o sin ellas. Y por ello, últimamente las diversas sociedades obreras de Salamanca me han nombrado presidente honorario de ellas.

¿Cómo podía yo olvidar que mi verdadera carrera pública, social, la de apostolado, empezó de publicista socialista,

de asiduo colaborador de la Lucha de Clases, de Bilbao, de que fuí socio fundador? ¿Cómo podía olvidar que aunque distanciado de esa brava conciencia socialista del pueblo, por nuestras sendas maneras de encarar el final destino humano y el pavoroso problema de ultratumba —que para ellos parece no existir—, por lo que hace a la vida en esta santa madre Tierra, mis aspiraciones se funden con las suyas? ¡Pero es muy grave que un rector sea socialista! ¡Si fuese beocio o filisteo...! ¡Y lo más grave es que un rector sea intelectual! ¡Mi sucesor nos llamó intelectuales con desdén! ¡En un claustro universitario, señores, empleando la noble palabra intelectual en el sentido que toma en la boca de los bárbaros ignorantes que se crían junto al peor arrojo! ¡Hasta éso hemos llegado!

Creíame obligado por el cargo a un apostolado moral. Sentíame como un padre mayor de los estudiantes, celoso de que en la ciudad en que vivían no respirasen una atmósfera espiritual viciada. Tenía, además, con ellos un lazo de sangre. Anduve entre balas cuando me mataron a dos pobrecitos estudiantes. Llevé en un leve destrozo de mi traje huellas de la pedrea. Y jamás olvidaré la noche, memorabilísima para mí, en que, respondiendo a una invitación de la sociedad de dependientes de comercio, fuí a inaugurar su constitución, tronando, lleno el pecho de amargura, contra las miserias mentales y morales que infestaban aquélla, como las demás ciudades españolas. Me dolía muy dentro, me dolía ver a mis estudiantes formándose en un ambiente de cobardía y pordiosería y penuria de ideales; dolíame verlos llegar a tristes ignominias por obra de los garitos. Y fulminé contra ese estúpido vicio del juego, amodorrador de las inteligencias. ¡Acción bien poco gubernamental, lo sé! ¡Una autoridad, siquiera académica, denunciando indiscretamente en público, y con acento de indignación, el juego! ¡Nada gubernamental, sin duda! Porque de los subsidios de ese vicio se saca para recompensar a los funcionarios gubernativos a quienes no

puede pagar lo debido el Estado, o para otros menesteres, y además, las asociaciones de juego son una fuerza electoral y las protegen los caciques.

Un acto muy poco gubernamental ése y otros como él, un acto indiscreto. Y es que la indiscreción fue siempre mi flaco. Me ha faltado siempre la debida prudencia, y eso que suelo a las veces —¡petulante presunción pura!— envanecerme de mi zorrería. ¿No es indiscreto, decidme, no es imprudente lo que estoy haciendo aquí esta tarde? Un político lo creará así, y me dirá que con ello me cierro yo no sé qué caminos de no sé qué satisfacciones. Pero me abro el camino de mi libertad, que es el camino de la libertad de todos.

Sí, creí siempre que nuestra Universidad tiene sobre sí el deber de un apostolado moral e intelectual, y no entendí nunca, como mi sucesor entiende, que el Rector no es sino un criado del Ministro. Y temblé de tristeza y de vergüenza al ver la horrible modorra en que seestean, rumiando su amargo y seco pasto —¡pura paja fermentada!— nuestras universidades tibetanas. ¿No os deprime el ánimo el ver que cuando todo el mundo culto se conmueve por algún hecho que marca hito en la historia del espíritu —un nuevo descubrimiento, una discusión de hondos problemas, un centenario, una conmemoración, una protesta del mundo culto contra algún acto de barbarie—, permanezcan ciegas, sordas y mudas nuestras universidades tibetanas? Como un ejemplo, os diré que en España sólo los estudiantes de la de Valencia celebraron el centenario de Darwin con una fiesta a que me llamaron a presidir. ¿Existe acaso Europa, el mundo, para nuestra Universidad? ¡No! Y así tampoco existe nuestra Universidad para Europa. Ni para España. Ni para sí misma. No existe.

¿Cuál es, en general, la acción de nuestros profesores hacia fuera? ¿Es que creen que con dar su cátedra cumplen? Es, en parte, por holgazanería, es por ineptitud tal vez, mas es, sobre todo, por una grotesca vanidad. El

catedrático no quiere ser discutido. La excelsitud de la función docente padece. No puede exponerse a que su prestigio sea analizado en la calle. Y yo aspiré siempre, he aspirado siempre, a que se nos discuta. ¡Ay si no se nos discute!

Y aspiré, dentro de los limitados, de los limitadísimos medios que la tutela gubernamental me permitía, luchando a las veces contra los solapados obstáculos que ella pone, bordeando el escándalo de los fariseos y escribas que constituyen, por lo general, la casta gobernante, aspiré a preparar siquiera una Universidad digna de un Estado docente, de un verdadero Estado, porque si éste no enseña y no enseña con desinterés y nobleza, no es Estado, tal como yo lo entiendo, como la conciencia jurídica de la patria.

¡Estado docente, sí! Y acaso intentando enseñar y, claro está, para poder enseñar, aprender; intentando aprender para enseñar es como se ha de hacer entre nosotros, y para España, el Estado. La política ha de ser, ante y sobre todo, pedagogía, demagogia más bien, aunque esta voz haya sido injustamente mancillada. Mas las desgraciadas banderías electoreras que nos des gobiernan carecen de política pedagógica o de pedagogía política, es decir, carecen de política por carecer de ideales a falta de ideas. Y el que carece de ideas, de verdaderas ideas, generales, centrales, normales, contrastadas por la razón, carece de dignidad y de conciencia. Ningún hombre que sin esas ideas se lance a querer dirigir y gobernar a sus compatriotas puede ser moral. El beocio es un criminal. La más profunda inmoralidad de un político estriba en carecer de ideas, en no tener un concepto normativo y claro de lo que ha de ser el Estado, y de su finalidad y destino. Para un político llega a ser mucho más inmoral que robar del tesoro público supeditar todo a allegar votos, a lograr el poder o la jefatura —¡y a las veces, por qué medios!—, como lo que degrada moralmente, lo que envilece a concejales,

diputados provinciales y a Cortes, senadores y funcionarios públicos, lo que les hace abyectos y miserables es no pensar en otra cosa que en la reelección o en sostenerse en sus puestos o en volver a ellos, sea como fuere. Eso es vender el alma a un poder más tenebroso que al mismísimo demonio. Mejor que eso..., ¡probar! ¡Antes robar que caer en esa pordiosería!

Y el hombre que como político se sirva de ciertos recursos, y estratagemas, y nefandos contubernios, y lo supedite todo al logro de personalísimas y egoístas ambiciones, y comente lo que de la política no tiene entrañas, o diga —y a algún amigo mío se lo han dicho— que eso de las ideas es como el lastre, y hay que irlas echando para subir, o aquello de “¡yo no le pregunto a usted cómo piensa, lo que yo quiero es amigos!”, el que así obre y así se exprese —dejémonos de esa repugnante distinción entre el hombre político y el privado—, no es persona honrada, no es persona honrada, ¡no es persona honrada! El hombre no es otra cosa que el ciudadano. La razón, que es social, es política, es civil, y quien tenga viciada la razón política, es decir, la razón práctica, la verdadera razón práctica —que es siempre, lo repito, política o civil—, tiene corrompida hasta el cogollo el alma.

Y esto, que he dicho cien veces, siquiera en tesis general y sin concretarlo, desde encima de las nubes, ¿creéis que pueden perdonármelo los políticos profesionales, viles y abyectos ciudadanos que venden, no las ideas, que no las tienen, sino lo que en ellos hace a las veces, las veces del alma, el logro del poder, los que sólo sueñan en la reelección o la reposición y desprecian al que estiman caído porque perdió el favor del que distribuye las mercedes o acaso del que modera los poderes?

Siempre me preocupó la falta de Estado. Y no hay Estado porque no hay democracia. Sin democracia, no cabe Estado digno de ese nombre. Y no hay democracia donde no hay conciencia pública, ni hay conciencia pú-

blica donde no hay ideas. ¿Cómo, si no, a través de ideas, de ideas generales, racionales, no de expedientes políticos, puede un pueblo conocer y sentir sus males? Al que no piensa, ni le duele. Sólo nos duele España, nos duele de veras, a los que pensamos. Y el pueblo no se revuelve contra sus males porque no le duelen, y no le duelen porque no le hemos enseñado a pensar en ellos.

Y yo, respetando las inevitables diferencias entre las diversas opiniones humanas, y deseando que su lucha y mutuo contraste vivificara a la vieja Universidad a que he regido durante catorce años, me esforcé por sacarla en una u otra forma de su modorra faquiresca. ¿Lo conseguí, siquiera en parte, y por mínima que ésta fuese? Eso, otros, no yo, han de decirlo.

Ved, pues, mis culpas; ved, sobre todo, la culpa mayor de este ex-Rector estatista y acaso, a las veces, rayano en ordenancista.⁵⁰ ¡Como que la primera hoja de parra de que se ha servido el triquiñuelista picapleitos, que inventa nuevas asignaturas para nuevas credenciales, para encubrir las vergüenzas de haberme echado de mi cargo como se le echa de un puntapié a un perro importuno, fue el que yo, no abogado, defendí al saberla y di por buena la aplicación estricta y a la letra que por la Secretaría de la Universidad de mi cargo se hizo de un Real Decreto clarísimo en su articulado! Pero la desdicha, la verdadera desdicha de mi gestión, consistió en no considerar a los catedráticos como electores, sino como maestros: en preocuparme de que cumplieran con su deber —al que rarísima vez, ¡y tan rara!, justo es decirlo, faltan allí, en aquella mal conocida Universidad, la más disciplinada y laboriosa de las de España—, y en cuidarme de nuestra dignidad.

Al volver de un reciente viaje a la ciudad de Salamanca el actual Director General de Primera Enseñanza, y de una

50 Dícese del jefe u oficial que cumple y aplica con rigor la ordenanza.

oficina o negociado de chismes y comadrerías, dícenme que dijo que volvía de visitar mis ruinas. ¡Mis ruinas! Aquí las tenéis. Lo que os he expuesto es la sombra de las ruinas de un impenitente fiel del Estado... futuro, de ese Estado español, conciencia jurídica y pedagógica de la patria que está aún, a falta de ideas, por nacer. Mas las ruinas aún pueden albergar a alguien, hacen nido en ellas los pájaros y crecen, a su arrimo, yedra y madreSelva, y florecen las ruinas. Lo que no florece es el desierto pétreo, ni en un negociado de la Dirección General. Y si lo que acabo de deciros os moviese a trabajar conmigo porque ese Estado surja de un *demo* construido con ideas, no habrá sido mi labor de esta tarde perdida. Y os lo repito, al dragón que se revuelve y revuelca en el fango no puede combatírsele desde encima de las nubes.

Y nosotros, los motejados de idealistas, y de intelectuales; nosotros, los despreciados por los practicones y empíricos del profesionalismo político, por los beocios y filisteos, por los aventureros que dicen que tienen que vivir su vida, por los adoradores del dragón del ciénago, nosotros tenemos que bajar de sobre las nubes, de la región clara de la luz desnuda, y venir a pelear entre grasas tinieblas acaso. Y para esa obra de higiene moral, de instauración de la dignidad, de poner a la santa Idea en el trono que se le debe, para esa obra política, contad con esta ruina de un Rector que fue enamorado del futuro Estado, y no Imperio, español. Imperio..., ¡jamás! ¡Un *demo* con alma de idea! Y ahora que libérté del todo mi conciencia, tomad para España una conciencia libre, con hambre y sed de ideas eternas, ¡que son la justicia!

Y si queremos levantar la vista de las tristes miserias que os he mostrado, ¿a dónde hemos de alzarla sino a esa guerra noblemente trágica, solemnemente trascendental que hoy arde ante el altar de la cultura en lo más íntimo de Europa? Ella ha servido para que se trame aquí una tregua política, so capa de la cual ejercen sus hazañas picarescas

los aprovechados, y casi se suspenda la acción civil pública. Pero ella traerá, estad seguros, una sacudida espiritual, no sólo a los pueblos beligerantes, sino a los al parecer neutros, a nuestra pobre España entre ellos. Ya ha empezado por revolver aquí el poso de nuestras pasiones políticas menos mezquinas e innobles, nuestros sendos fanatismos, y por dividirnos, en lo que a su juicio hace, en algo que no son los miserables partidos parlamentarios personales y electoreros. Y si, como es de esperar y de desear, triunfa en ella la democracia de la justicia sobre el imperio de la fuerza, o perecemos como nación —como pueblo con misión en la historia de la humanidad—, o habremos de construir el Estado a base de pedagogía libre, libre de la mala educación de nuestra pseudopolítica cabileña, y sobre el *demo*, sobre el pueblo con alma de ideas y no sólo con pan negro, y toros, y catecismo y diputados. Mas para ello, otra vez os lo repito, ¡hay que bajar, con égida de armiño, a la ciénaga del dragón!

Discurso leído en la solemne inauguración del
Curso Académico de 1934 a 1935, en la Universidad
de Salamanca, el día 29 de septiembre de 1934,
al ser jubilado como catedrático*

Última lección académica.

Compañeros maestros y discípulos, estudiantes todos: ¡Qué de recuerdos, lejanos unos y otros recientes, al venir de despedida, a repetirme una vez más aquí, en este paraninfo, caja de resonancia de tantos de ellos! Vengo a repetirme, repito, a renovarme. Una vida espiritual entra-

* De *Obras Completas*, T.IX, Madrid, Escelicer, 1971, pp. 444-453.

ñada es repetición, es costumbre, santo cumplimiento del oficio cotidiano, del destino y de la vocación. Día a día he venido labrando mi alma y labrando la de otros, jóvenes, en el oficio profesional de la enseñanza universitaria y del aprendizaje. Que enseñar es, ante todo y sobre todo, aprender.

Comencé mi primer curso —de Lengua y Literatura griegas no más entonces— en 1891, hace cuarenta y tres años, venido de mi nativa Vizcaya a robustecer en la alta meseta, toda ella cima, los huesos y la piel que el aire del mar y de la montaña nativos me habían fraguado. Y durante cuarenta y tres cursos —quiero contar entre ellos los del destierro a que me sometí por defender la libertad de la palabra y en que con mi ausencia enseñé—, he venido colaborando aquí, en esta Universidad, a la forja de la España universal y eterna. Leí, aquí mismo, el discurso inaugural —“alocución exhortativa” le llamé— de 1900, y poco después, aquel mismo año, se me elevó a mi primer rectorado de esta escuela de la tradición española.

Debería hoy y aquí callar mi acción extrauniversitaria, sobre todo la política. Dudo que me sea hacedero, porque ¿es que el magisterio público se ejerce sólo en el aula oficial? En aquella “alocución exhortativa” —que no disertación investigativa— de hace treinta y cuatro años —parece como si el tiempo se remansara haciéndose eternidad histórica— os decía, jóvenes estudiantes, o a vuestros padres, que viene a ser lo mismo: “¡Ojalá vinieseis todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince o veinte exámenes, y trayendo a estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida, y con ellos aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y libre!” Os lo decía al cumplir mis treinta y seis años; os lo repito hoy al cumplir mis setenta. Y venir a examinarme a mi vez.

Al enseñar —y aprendiendo al enseñarlas— la lengua y las letras del pueblo heleno, eternamente joven y eterna-

mente anciano —la antigüedad es la niñez de los pueblos y la niñez es la antigüedad del alma—, fui retemplando mi espíritu rebelde a disciplina. Tenía que disciplinar a discípulos. Y así llegó a asistirme el ánimo simbólico de Sócrates, el hijo de la partera, el gran partero que se llamó a sí mismo, el que asistía a la mocedad ateniense a que se diera a luz, a propia clara conciencia, la visión del mundo y así la recreara recreándose en ella. Y esto por la palabra. Que Sócrates, como el Cristo, el Verbo, no nos dejó escrito nada; no se enterró en letra.

He dicho alguna vez, con escándalo acaso de ciertos pedantes, que la verdadera universidad popular española ha sido el café y la plaza pública. Los usureros de la investigación y avaros de ella suelen quejarse del ingenio que se ha derrochado en España en peñas de casino o de café, en tertulias, en accidentales reuniones de amigos. Lo estiman perdido. ¿Perdido? ¿Por qué? Esos ingenuos e ingeniosos espíritus socráticos, tan castizos, no nos han legado sus nombres, pero han conservado y enriquecido la tradición oral y las leyendas corrientes. Han hecho soñar y vivir en el sueño a sus hermanos. Y lo han hecho con la palabra, ya que no con la letra. Con oratoria familiar y privada, no con literatura; con doctrina popular, *folklore*, que en inglés se dice.

¡La Palabra! Al principio del cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, se nos dejó dicho que “en el principio fue el Verbo”, la Palabra, y que la “Palabra estaba cabe Dios, y Dios era la Palabra”, y “todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de lo hecho”. Dios, la Cosa de las cosas —Causa de las causas—, Dios, “cosa la más excelente”, así aprendimos de niños en el Catecismo del padre Astete, luego desacertadamente corregido —me dicen—, la palabra, que es el hecho, pese a Fausto. Que no hay trecho de lo dicho a lo hecho. Y en el principio del Génesis, que Dios creó el cielo y la tierra diciendo, y llamó al firmamento, cielo, y a la luz, día, y a las tinieblas, noche, y a la seca,

tierra, y a la congregación de las aguas, mar. Y luego, que llevó a Adán, al primer hombre, todos los vivientes de la tierra y las aves del cielo para que les diese nombres, y aquél con que llamó a cada viviente, ése es su nombre. Y a cada nuevo Adán que llega a nuestro mundo, a cada niño, cuando se le ha enseñado el nombre de una cosa la ha conocido, la ha hecho suya y una, la ha hecho cosa con el nombre. Preguntar: “¿Qué es eso?”, quiere decir: “¿Cómo se le llama?” En el principio fue la palabra. Y en el fin lo será, pues a ella ha de volver todo. Que no sólo un por qué, una causa —cosa— inicial, sino un para qué, un fin. Y es un por qué por ser un para qué. El hombre deja a la tierra unos huesos y el aire un nombre, un nombre en la memoria de la Palabra creadora, en la Historia; tejido de nombres; un nombre —si logra buena ventura— más duradero que los huesos, más que el bronce. *Aere perennius*,⁵¹ que dijo Horacio, a quien explicamos en nuestras clases.

¡La palabra y el nombre! “Santificado sea el tu nombre” se nos ha enseñado a rezar. Y es que el nombre de Dios es Dios, es divino. “¡Dime tu nombre!”, suplicaba anheloso Jacob al ángel con quien luchó, pasado el vado de Jacob, hasta el rayar del alba. “¡Dime tu nombre!” Y Jacob le dijo el suyo para que le bendijera. “¡Espíritu sin nombre!”, suspiraba nuestro pobre poeta Bécquer. Y cuando nuestro antiguo compañero el reverendo padre maestro Fray Luis de León, doctor de esta Escuela, y cuyo bronce aún nos amonesta en su nombre, más duradero que él, desde el adjunto Patio de Escuelas, cuando quiso zahondar en los misterios de la fe de su pueblo, dijo con su pluma los *Nombres de Cristo*.

¡El nombre es el hombre! Se nos cuenta en el mismo cuarto Evangelio cómo el Cristo, al estar en Jerusalén, en la fiesta de Pascua, no se confió en los que confiaban en su

51 “Mas duradero que el bronce”.

nombre por las señales que hacía, pues no necesitaba que atestiguaran acerca del hombre. Pero el hombre sustancial y esencial es el nombre, es la persona. ¿Qué es definirse —¡lo que se ha pedido esto!— sino darse nombre, llamarse? “Me llamo así” quiere decir: “quiero ser así”. Y lo que se inmortaliza es el nombre, que es la piel espiritual y el pecho por que transpira y aun respira el alma. El hombre hecho nombre queda hecho persona. Y ¿qué es la llamada persona jurídica sino un nombre? El nombre, la palabra, es la verdadera acción; el dicho es el hecho. El centurión evangélico, sabiendo que con sola su palabra ordenaba la acción, pedía a Jesús que dijese una sola palabra y a distancia, sin entrar en su casa, para sanar a su criado perlático.

Desde aquí mismo, hace tres años, al abrir el curso 1931 a 1932, lo abrí en nombre de Su Majestad España —en su nombre y paladeándolo con fervor al pronunciarlo—, y mi voz resonó en ella. Y es que la palabra es acción. El Espíritu, la respiración sonora, el son, hacen el Verbo, la Palabra, y la palabra hace la visión, la idea. Los santos Padres de la Iglesia griega llamaron al Espíritu, al Soplo nominador, Santa Sofía, Santa Sabiduría. Y ella hizo el Logos, el Verbo. Que la filosofía, el amor del saber, brota de la filología, del amor del decir.

Y así, apenas nombrado por primera vez Rector de esta Escuela, en octubre de 1900, días después de mi otra oración inaugural, se me encomendó, además de la enseñanza de la lengua y literatura griegas, la de lo que se llamó primero “Filología comparada del latín y castellano” y después “Historia de la lengua castellana”, y es la sola disciplina con que me quedé a la vuelta de mi destierro. ¡Denominaciones burocráticas, rituales, litúrgicas casi! Pero la segunda coincide ya mejor con la cosa. Primero, filología, amor de la palabra, del nombre; después, historia. Y en resolución, lo mismo. Porque la historia, la tradición viva, queda y vive en la palabra, en el verbo, en el nombre, siempre presente. Historia no es letra, no es

documento escrito, no es escritura, antes bien, lectura, lección, leyenda. No existe históricamente el hombre que se queda en la letra, sino el que vive en la palabra, el que obra hoy por hoy, el de la leyenda. Y hasta los nombres de ficción, las creaciones de la palabra humana, los de poema, existen históricamente más que los enterrados sin nombre.

Era mi disciplina “Historia de la lengua”, no de la literatura, no de la letra mientras no responda a la palabra. Se ha dicho que todo castizo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor por habla. No hablar como un libro, sino que el libro hable como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre. ¿Retórica? ¿Y por qué no? Lo malo de la gramática es lo que tiene de *gramma*, de letra. La letra, mata; el espíritu, el son, vivifica. Y aun así es inevitable el documento. Y menos mal que, gracias al fonógrafo, se empieza a pensar en el archivo de la palabra. Mas, ¡ay! de la palabra acaso en conserva de lata. Esta misma mi segunda oración inaugural habría yo preferido que fuese verdadera mi oración, orada, dicha —no recitada—, pero me he tenido que rendir a la liturgia académica, y más ante el amago de la taquigrafía. *Verba volant*; pero la palabra misma es vuelo, y deja su vuelo al aire el pensamiento vivo sin dejarse enjaular y menos embalsamar.

“¿Historia? —decía a vuestros padres desde aquí mismo, hace treinta y cuatro años, y os lo repito hoy—. Historia es lo que en torno vuestro ocurre, el motín de ayer, la cosecha de hoy, la fiesta de mañana. Sólo con el *hoy aquí* entenderéis rectamente el *ayer allí*, y no a la inversa; sólo el presente es clave del pasado y sólo lo inmediatamente próximo lo es de lo remoto. Lo que no descansa de una manera o de otra en el presente, y a flor de él, ya en su lecho de roca sedimentado, no fue más que fugitiva apariencia. Es el presente el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir, y lo que al mañana no tienda, en el olvido del

ayer debe quedarse”.

Y hoy, al repetir mi lección de antaño, he de deciros que lo viviente es el esfuerzo de lo vivido por hacerse porvenir, de la tradición, por hacerse progreso y ventura. Y lo aplicaba entonces a la historia de que empezaba a profesar, a la de la lengua. “¿Lenguas? —decía—. Jamás comprenderéis con comprensión activa y fecunda, no pasiva y estéril, cómo una lengua vive mientras no abráis los oídos a la que en vuestro derredor suena, prestándolos atentos y fieles a los modismos del vulgo, a sus dichos y decires, a todo lo que como a barbarismo indigno de atención han solido desechar los que hacen del lenguaje un producto de pacto literario sujeto a académica prescripción”. Así os decía, y empecé en la lengua castellana a buscar a España, tratar de descubrirla. “Descubrirnos a España digo —os decía—, porque si es cierto, como por muchos se nos asegura, que su mayor riqueza material en su subuselo se esconde esquiua mientras araña el labriego con el tradicional arado la ligera capa que la recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los no escudriñados soterraños de su cotidiana vida colectiva yace tal vez el venero de su renovación futura mientras seguimos arañando con nuestra crítica y apologética en las humosas glorias de su capa histórica. Tenéis que descubrir a nuestro pueblo tal como por debajo de la historia vive, trabaja, espera, ora, sufre y goza”. Sólo tengo que rectificar ahora el mal sentido que entonces daba, erradamente, a lo histórico. Lo que en uno de mis ensayos de *En torno al casticismo* llamé la intrahistoria, es la historia misma, su entraña. Y en cuanto a la lengua, ya Capmany⁵² decía que lo más del romance castellano está enterrado en la entraña

52 Antonio Capmany Suris y de Montpalau, Político, historiador y filólogo español, nació en Barcelona y murió en Cádiz (1742-1813). Realizó estudios filológicos e histórico-críticos. Publicó: *Discurso analítico sobre la perfección de las lenguas y sobre la castellana en particular*, *Filosofía de la elocuencia* y otras muchas obras.

verbal del pueblo. Hay que desenterrarlo, pues, mas no para desterrarlo.

Y es lo que he venido haciendo en mi cátedra oficial aquí, con mi palabra hablada, en mi acción pública en toda España, con mi palabra escrita, durante estos treinta y cuatro años, y aun desde antes. Buscar la tradición histórica nacional, fuente de su progreso y ventura, y hasta de sus revoluciones, en el tesoro del habla, del lenguaje; bregar en el escudriño de sus entrañas, a desentrañarlas. Toda la civilización, toda la economía, todo el derecho, todo el arte, toda la sabiduría, toda la religión española están ahincados en los entresijos de su lenguaje y hasta laten en el tuétano de sus huesos.

Querer es sentir, sentir es pensar y pensar es hablar, hablarse uno a sí mismo y hablar a los demás, y con Dios, si lo logra. Convivir es consentirse, y consentirse es entenderse unos a otros, comprenderse. Y esta convivencia social, civil y religiosa, esta comprensión que es la patria, la nacionalidad, nos es más que preciosa ahora, en esta crisis de renacimiento —de renación la llamé un día— y que nos entendamos y comprendamos unos a otros y cada cual a sí mismo. La verdadera comunidad nace de comunión espiritual, verbal, y ésta de entendimiento común, de verdadero sentido común nacional. Común y propio a la vez. La lengua viva, de veras viva, ha de ser individual, nacional y universal. Dialectal, es decir, de diálogo, de conversación y de concordia. Y de dialéctica. Y hasta de polémica, que es, a su modo, una concordia entre discordias. Cada uno ha de formarse y reformarse y transformarse su propio dialecto, individual y regional, su propio idioma —idioma quiere decir propiedad— dentro del idioma común, y enriquecerse de él y enriquecerlo enriqueciéndose. Y de aquí por qué, estudiantes salmantinos, he venido estos años esforzándome, socráticamente, en enseñaros a aprender la misma lengua que hablabais, a daros clara conciencia de ella, a que la dierais a luz y

aprenderla yo así de vosotros, y todos de consumo a desentrañar el romance castellano que nos está haciendo el alma española. No a disecarlo técnicamente —lo que es meritorio—, sino a recrearlo. A alumbrar su vivo manadero, en gran parte soterrano.

Y esto es filología viva, amor de habla y no exclusivamente erudita investigación de seminario técnico, que no es, a lo sumo, sino una indispensable —que no podemos ni debemos dispensarnos de ella— preparación para lo otro. Como es la crítica preparación para la poética, la comprensión camino de creación. ¿Para qué comprender si no se ha de crear? La misma crítica, cuando es viva, es recreación y es desecho de poesía; que así como se pulían diamantes con polvo de ellos, se ensaya a las metáforas, se las pule —y clasifica y estudia— con polvo de ellas. Con esa filología, con ese amor del habla común y propia a la vez, nacional e individual a la par, individual y universal, que es lo mismo, con ella cobraremos el heredado patrimonio espiritual de nuestra raza histórica, de nuestra cultura. A presión de siglos, encerrado en metáforas seculares, alienta el ánimo, el espíritu, el soplo verbal que nos ha hecho lo que por la gracia de Dios, la Palabra suma, somos: españoles de España. Las creencias que nos consuelan, las esperanzas que nos empujan al porvenir, los empeños y los ensueños que nos mantienen en pie de marcha histórica a la misión de nuestro destino, hasta las discordias que, por dialéctica y antitética paradoja, nos unen en íntima guerra civil, arraigan en el lenguaje común. Cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento —se siente con palabras—, un consentimiento, una filosofía y una religión. Las lleva la nuestra. Y el enquisar, el desentrañar esa filosofía, es obra de la filología, de la historia de la lengua. La llamada filosofía en general, ¿qué es si no la historia del pensamiento universal humano encarnado en la palabra? No definición silológica, sino descripción narrativa; no

dogmas, sino leyendas, personas. Los genuinos pensadores son los poetas. Las grandes religiones universales viven en nombres de personas, no de ideas abstractas. La fábula se explica por sí misma, y sobra la moraleja. Y es locura pretender que no se enseñe a nuestros hijos la visión, la concepción y el sentimiento del mundo que se encierra en el son del habla que aprenden de la boca de sus madres, con la leche que maman de sus pechos. Es nuestro mundo. Ninguna creencia, ningún ensueño, ninguna leyenda, ningún mito, si fueron vivos, mueren. Y no será español quien no conozca, y con amor, los que fraguaron a su España. El niño nace inconsciente, y se hace su conciencia en el seno de su pueblo, que es como su matriz espiritual. ¿Respetar la conciencia del niño? Pero ¡si no la tiene! Recibe el habla materna, que es la sangre del espíritu, y con ella toda la visión y toda la concepción del mundo que ella encierra. ¿Enseñanza objetiva? ¿Y qué es objeto? El individuo es, ciertamente, un producto social; pero la sociedad es un producto humano e individual, y el hombre un animal racional —civil, político, le llamó Aristóteles—. Racional —de razón, *ratio*, y éste de *rer*i, hablar— quiere decir verbal: el hombre es un animal que habla. El español que no piense en lengua española, si es que no sabe otra, no es que no sea español, es que no piensa, no es racional. Y pensar en lengua española es pensar lo que esa lengua ha pensado, y creer lo que ha creído. Porque una lengua, alma de un pueblo, piensa y cree. Y no digamos que no siente, porque no siente en pensamiento —los sentimientos son pensamientos en conmoción— lo otro son sensaciones animales, no racionales, no humanas, no personales. Y basta observar, por otra parte, la honda cultura tradicional de tantos analfabetos.

Y el desentrañamiento de este nuestro romance castellano me llevó a rebuscar en su raigambre, que se enlaza y junta y une con las de otros romances de nuestra Iberia, con las de los otros dialectos de la común habla románica,

latina. Y así me vi llevado a enquisar y requisar las diversas hablas de nuestra Iberia y su recíproca influencia. En mis clases universitarias se iniciaba el estudio del catalán y valenciano, del gallego y el portugués, y aun de otros. De mi cátedra han salido no pocos enamorados del habla y de la literatura catalano-lemosina y galaico-portuguesa. De tales diferencias surge la integración. Yo espero —y lo dije en ocasión para mí solemne y desde otra tribuna pública— que la venidera lengua secular de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición —mejor que federación— de nuestros romances. Y que no tengamos ya en adelante que traducirnos, que es traicionarnos.

Tal ha sido mi labor, de que por despedida de cátedra oficial me creo en el deber de venir hoy aquí a daros cuenta. Tal ha sido mi obra. La inicié sin programa, sin definición previa. Pues tal como dijo atinadamente Goethe, con el tino de un poeta, el hacer preceder una definición a una obra, a un tratado de una disciplina cualquiera, es no darse cuenta de que hay que acabar la obra para poder llegar a la definición. Esto que hoy os digo no es un prólogo, sino un epílogo; no un programa, sino un epigrama o metagrama, si se quiere. No lo que voy a hacer, sino lo que llevo ya hecho. ¡Esta es mi obra! ¿Juegos de palabras? Con ellos Quevedo, nuestro gran conceptista, nuestro gran verbalista, al adentrarse en las entrañas del romance castellano, escudriñó hurgando en el alma de su pueblo. Y lo mismo Calderón, y Gracián, y los místicos, y tantos otros. Esta fue mi obra, y obra política también. Política, es decir: civil, de civilización. Y paso por alto las discordias estrictamente políticas que en nuestra vida universitaria se produjeron. ¿Que no debe entrar la política en la Universidad? Según a qué se llame política y a qué se llame Universidad. ¡De partidos, no!; ¡de entereza, sí! ¡Triste y menzado el porvenir de España si estos ejemplos de la cultura patria se achican y oscurecen en oficinas de facultades profesionales para ganarse la vida que pasa y no queda en

la Historia! En cada ciencia especial, su historia es su esencia vivificante, y lo otro, la técnica, lo codificado, no pocas veces un certificado de defunción. Hay que hacerse mártires, esto es: testigos de esa cultura; y el mártir da su vida por la palabra, por la libertad de la palabra. Da su vida, pero no se la quita a los otros; se deja matar, pero no mata. Al recordar todo esto creo mostraros el hilo de la propia continuidad de toda mi obra, y que este hombre, a quien se le ha supuesto tan versátil, ha seguido, en su profesión académica, como en la popular, una línea seguida.

A esta mi obra responde, creo, vuestro homenaje. Lo acato. Homenaje —¡siempre el filólogo!— deriva de *hominem*, de hombre, y he procurado cumplir mi misión, mi destino, de hacerme hombre universitario de la España universal. Y llevar su nombre, su palabra, no sólo a las naciones a que se extendió nuestro romance, el que conquistó la mayor parte de América y porciones de las otras partidas del mundo, sino a las otras que sienten y piensan en otros idiomas. Se conquista con la palabra. Más ha ganado para España el Verbo castellano por la pluma de Cervantes en su *Quijote*, hijo de palabra, que ganó Juan de Austria con su espada en la batalla de Lepanto. Me he esforzado por conocerme mejor para conocer mejor a mi pueblo —en el espejo, sobre todo, de su lengua—, para que luego nos conozcan mejor los demás pueblos —y conocerse lleva a quererse— y, sobre todo, para ser por Dios conocidos, esto es: nombrados, y vivir en su memoria, que es la Historia, pensamiento divino en nuestra tierra humana.

Y mis últimas palabras de despedida, compañeros de escuela, maestros y estudiantes, estudiosos todos: Tened fe en la palabra, que es cosa vivida; sed hombres de palabra, hombres de Dios, Suprema Cosa y Palabra Suma, y que El nos reconozca a todos como suyos en España. ¡Y a seguir estudiando, trabajando, hablando, haciéndonos

y haciendo a España, su historia, su tradición, su porvenir, su ventura! Y ¡a Dios!

Adición*

Estaba ya impreso este mi discurso inaugural de este nuevo curso académico, cuando me vino a la memoria —a la memoria de dolores, que es la más tenaz— la mayor lección, no que di, sino que recibí, como Rector de esta Escuela. Fue la del 2 de abril, viernes de Dolores, de 1903, cuando por una de esas tristes algaradas estudiantiles la Guardia Civil hubo de matar a dos estudiantes, a uno aquí mismo, en un aula de aquí arriba —sus ventanas cerradas—, y a otro a la puerta del Instituto, en el vecino patio de Escuelas Menores. No he de historiar ahora aquel lamentable suceso, ni ponerme a discernir culpas y disculpas. Baste decir que el origen de la algarada que costó aquellas dos vidas inocentes —eran unos pobres muchachos pacíficos y sencillos— fue debido a creer el relato de otro pobre estu-

* Al terminar de leer el discurso que antecede, cuyo texto impreso se distribuyó en los estrados académicos, como es uso universitario, don Miguel dio lectura a unas cuartillas que a prevención llevaba y que eran como el remate o colofón de aquél. El entonces Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el salmantino Dr. Villalobos, dispuso que su contenido fuese publicado en el *Boletín Oficial* del Ministerio, que su texto fuese fijado en los tableros de anuncios de todos los centros de enseñanza de España, y que del mismo se hiciese una tirada aparte costeada por su Departamento. Dicho folleto, con el título de "La última lección de D. Miguel de Unamuno", logró gran difusión, y no es infrecuente que muchos lo consideren como tal, olvidando, acaso, que era remate, adición y complemento de su discurso académico. La vida nacional de aquel verano de 1934, mientras se imprimía aquél, se encrespó y agrió en términos tales que pocos días después de la jubilación de don Miguel tuvo lugar la revolución de Asturias y Cataluña; y aquella patética y dolorosa llamada unamuniana a la concordia y a la calma, contenida en sus cuartillas adicionales, aunque no lograsen evitar el estallido, conservan la grandeza de su nobilísimo impulso.

dante víctima de alucinaciones. Los pobres muchachos no se detenían a comprobar las afirmaciones de quien se soñaba agraviado.

Después, si han vuelto alborotos, han sido más inocentes, y aquí, en esta Casa, las inevitables —ni hay por qué evitarlas— disidencias doctrinales entre quienes estudian para comparar y distinguir y escoger doctrinas, esos alborotos se han mantenido en un campo incruento. En un campo incruento, no pocas veces de una especie de deporte revoltoso —no revolucionario—, cuando no preguntón.

Y es que aquí, España sea loada, esas contrapuestas asociaciones escolares se han mantenido en terreno de convivencia civil. Y aún hay más, y es que ni se ha llegado a privilegios y monopolios de favores oficiales. Y puesto que en este curso se han suprimido las aperturas oficiales de las universidades excepto en ésta, y puesto que soy yo quien desde ella, donde sigo de Rector, he de dirigir la palabra de consejo a los estudiantes universitarios de toda nuestra España, quiero con estas palabras, que para fijarlas mejor he escrito no hace tres horas, quiero con ellas hacer un llamamiento a la paz, a la paz en la guerra. Así titulé mi primera y más largamente pensada y sentida obra, en que narré las luchas civiles que se encendían en torno a mi miñez.

Aquí, digo, no se ha privilegiado a ninguna asociación escolar. Una ha habido que presentó sus estatutos a ser aprobados en el Gobierno Civil, y lo fueron, a pesar de que los más de los socios eran menores de edad; lo fueron porque esa asociación se ampara en un Decreto que la creó. Mas yo, como Rector, no quise reconocerla y no la di estado en esta Casa. ¿Que no era política ni confesional? Toda asociación acaba siéndolo. Y no hay otra asociación estudiantil, libre de sectarismo, que la que forman los estudiantes todos debidamente matriculados. No la reconocí. Pesaba sobre mí el recuerdo de aquellos

dos pobres mozos —casi niños— que aquí fueron muertos, de bala, antaño, y pesaba sobre todo la impresión de la barbarie desatada en otros centros de enseñanza. No, ni mis estudiantes, los de esta Universidad —y la llamo mía tanto porque ella me ha hecho cuanto por cuanto la he hecho yo—, habían de caer o aquí o en esas calles bajo las balas de una pistola que acaso se esconde dentro de un libro mondado, convertido en caja del más repugnante matute.⁵³

El que de semejante artilugio se valga, ni es joven —ya que presume de juventud—, ni es estudiante, ni tiene conciencia civil, que es conciencia moral. Es, a lo menos, malo, víctima de esa epidemia histérica, de esa fatídica apetencia de disolución nacional, civil y social que está corrompiendo a una parte de nuestra juventud. Que a los dieciocho o veinte años vuelve por un fenómeno patológico de involución, no a la dulce, sonriente y creativa mentalidad de los cinco años, cuando el niño se está creando —y con la palabra—, el mundo, su mundo, sino a una pavorosa demencialidad de pobre niño abandonado, sin hogar espiritual.

Y ahora, estudiantes míos, tengo que deciros otra cosa. Sería congojoso que os ejercitarais en el abuso de las armas de fuego —o de las llamadas blancas— y que las escondierais en el mondado libro de matute, pero más congojoso será que os dejéis ganar del ejercicio de otras armas peores. Me refiero a las de la calumnia, la injuria, la insidia y el insulto de que tanto empiezan a abusar vuestros mayores. Os están enseñando a calumniar, a injuriar, a insultar a la generación de vuestros padres y abuelos. Os están incitando a despreciarlos. Os están incitando a renegar de los que os dieron vida.

Vosotros, estudiantes españoles, que os ejercitáis en la

investigación científica, histórica y social, en la dialéctica —escuela de tolerancia y de comprensión de la concordancia final de las discordias; de la coincidencia de las oposiciones que dijo el Cusano⁵⁴—, vosotros tenéis que enseñar a vuestros padres —a nosotros— que esa marea de insensateces —de injurias, de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos— no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvadnos de ella, hijos míos. Os lo pide al entrar en los setenta años, en su jubilación, quien ve en horas de visiones revelatorias rojores de sangre y algo peor: livideces de bilis.

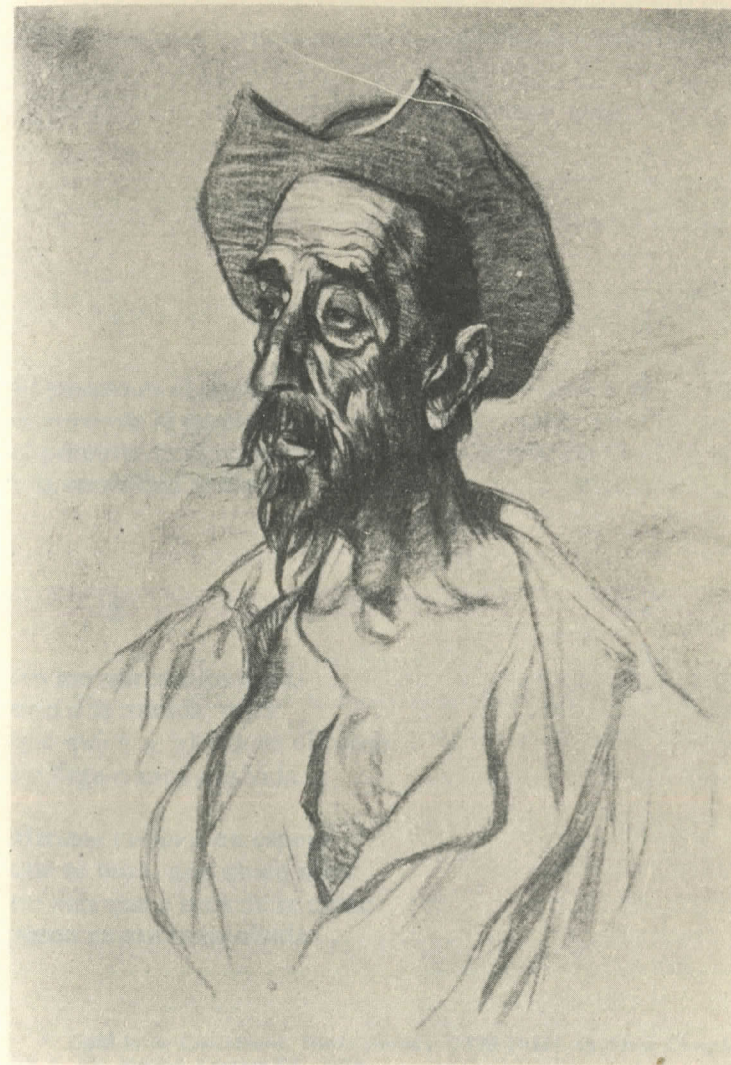
Salvadnos, jóvenes, verdaderos jóvenes, los que no mancháis las páginas de vuestros libros de estudio ni con sangre ni con bilis. Salvadnos por España, por la España de Dios, por Dios, por el Dios de España, por la Suprema Palabra creadora y conservadora.

Y en esa Palabra, que es la Historia, quedaremos en paz y en uno y en nuestra España universal y eterna.

Adiós, de nuevo.

54 Suponemos se refiere a Chrypffs (Nikolaus). Filósofo, obispo y cardenal alemán, nacido en Cues (Cusa) y muerto en Todi (1401-1464). Es más conocido por Nicolás de Cusa o el Cusano. Fue quizá el mejor filósofo de su tiempo.

POESIAS



5

El pasado es el olvido;
el porvenir la esperanza;
el presente es el recuerdo,
y la eternidad el alma.

8

No me mires a los ojos,
sino a la mirada, mira
que quien se queda en el carne
no llega nunca a la vida.

Mírame como a un espejo
que te mira, que quien mira
no más que a ojos de la carne
según va mirando olvida.

* Tomado de *Cancionero, Diario poético* (1928-1936), en *Obras Completas*, T. XV, Madrid, Vergara Ed., 1958.

22

Tápame los oídos,
Señor, con tu palabra;
no oiga voces del mundo,
de la algarada.

Los oídos me tape
el susurro del alma,
me serán viento mudo
sus zarabandas.

60

Si cada día que pasa
nos dejase su canción,
nuestra canción cantarí:
Todo es nuevo bajo el sol.

61

Las letras entran con sangre,
cantó la vieja canción;
las sangres entran con letra,
canta la nueva canción.

116

70

El más profundo problema,
el de la inmortalidad
del cangrejo, que tiene alma,
una almita de verdad.

Que si el cangrejo se muere
todo en su totalidad
con él nos morimos todos
por toda una eternidad.

85

*Ay soledat aymada ma companyona un día,
lo jorn de ma infantessa que no tingué demà
d'enca que trist anyoro ta dolca companyia
con font escorreguda ma vena s'estroncà.*

Verdaguer

Todas las mañanas nos traen el mañana,
todos los momentos nos dan por-venir;
momentos, mañanas, se vienen, se pasan,
y el mañana mismo hácese por-ir.

Sueña y pasa el niño en una mañana,
la casa del padre le cierra el confín
¡tristeza infinita del tiempo que pasa,
juntos en la rueda diciembre y abril!

117

¡Qué tontos se han vuelto todos!
No hacen sino repetir
las más viejas tonterías;
tal es nuestro porvenir!

Prosa, prosa, prosa, prosa,
y en prosa lo he de decir
por no callarme; callarme
me es lo mismo que morir.

Prosa pura que en pureza
da poesía sutil
sin rodeos ni metáforas
yendo derecha a su fin.

Prosa que se rinda al canto;
el canto le hará sufrir
el yugo del ritmo noble,
sin el cual es prosa vil.

Multiplicación y suma,
cantándolas aprendí,
mas no se aprende cantando
ni a restar ni a dividir.

EPITAFIO EN CUALQUIER RINCON DE TIERRA VIRGEN

Aquí yace un barro que pudo hacerse un hombre
vivo y fugaz.
Desde siempre en él duerme espíritu sin nombre,
descanse en paz!

Con recuerdos de esperanzas,
pasado que al pasar posa
y se queda;

y esperanzas de recuerdos,
porvenir que pasa al punto
en que llega;

voy haciéndote, alma mía,
mi mujer, mi hija y mi madre,
mi conciencia,

mi recuerdo de recuerdos,
mi esperanza de esperanzas,
mi poema.

191

Tienes miedo a la vida,
miedo a la muerte,
miedo a la luz del día
que el pecho enciende,

miedo a la sombra fría
que nos lo arrece;
el miedo es tu agonía
que nunca cede.

202

Hanle puesto por mordaza
grueso mendrugo de pan;
mas ha de lograr quitárselo;
no le deja bostezar!

215

Huella de pie desnudo de doncella
sobre el verdor del prado; unas hormigas
lo escudriñaban investigadoras...
¡quién supiera de su sabiduría!

120

251

Ayer, hoy y mañana;
antes, ahora, después;
la tragedia que pasa
para volver...

270

Ebro, Miño, Duero, Tajo,
Guadiana y Guadalquivir,
ríos de España, ¡qué trabajo
irse a la mar a morir!

304

Sonrisa de niño enfermo:
"hágase tu voluntad!"
ha de hacerse en todo caso,
para qué desesperar?

Sonrisa de niño enfermo,
sonrisa de la verdad;
está ya al cabo de todo,
donde al cabo nada hay ya!

Sonrisa de niño enfermo;
maduró en la enfermedad;
filosofía suprema;
para qué desesperar?

121

306

Soñar, que sueñas el cielo;
cuanto más tienes, más quieres;
cuanto más goce, más duelos;
cuanto más vives, más mueres.

351

Lo que cree la mocedad
inmortalidad de amor
no es otra cosa en rigor
que amor de inmortalidad.

419

¡Soledad de soledades,
soledad!
me he perdido de mi mismo
la verdad!

¿Es que he muerto sin saberlo,
soledad?
¿es que vivía viviendo
mi soñar?

Mi voz me llega de fuera,
quién la da?
¿quién es el que así me llama?
Dios sabrá...

122

432

Siento el sueño de los siglos
y no me puedo dormir
¡cuánto me pesa la historia!
¡más me pesa el porvenir!

492

El secreto del alma rediviva
vivir los sueños al soñar la vida.

499

Despierto a pegar la hebra
de mis sueños de despierto,
hebra viva, una culebra
enroscada a mi desierto.

Los otros sueños, el poso
de mi sueño de dormido,
me cunaron el reposo,
me cernieron el olvido.

Sueños de vida y de muerte,
de ocaso y de amanecer;
nada en el pecho es tan fuerte
como el ansia de nacer.

123

511

El Cid, Loyola, Pizarro,
Santa Teresa, la Armada,
oro, sudor, sangre, barro,
cielo, sueño, polvo... nada.

524

Receta para una encuesta:
Hay que apuntar al que apunta;
a pregunta otra pregunta,
pues no cabe más respuesta.

529

Sólo sé que no sé nada;
los demás no saben más;
sólo sé que la jornada
va sin rumbo ni compás.

Sólo sé que nuestra herida,
que mata, es un no sé qué;
sólo sé que el alma henchida
vive no de agua, de sed.

124

587

Agua que el azul lavaste,
agua de serenidad,
agua que lavas el verde,
agua de conformidad,
agua que pasó el molino,
rueda de vuelta a empezar.

Agua llovida del cielo,
agua de dulce pasar,
agua que lleva mis sueños
en tu regazo a la mar,
agua que pasas soñando,
tu pasar es tu quedar.

682

Walt Whitman, tú que dijiste;
esto no es libro, es un hombre;
esto no es hombre, es el mundo
de Dios a que pongo nombre.

719

Todo un siglo creaste, poeta,
en un instante de eternidad;
en él tu pueblo su vida aquieta,
que en él se sueña su humanidad.

125

722

Ay, cómo pesa el vacío,
razón de la sin razón;
te estás muriendo de frío
envuelto en luz, corazón!

735

Consuelo en el desconsuelo,
razón de la sin-razón,
a la esperanza da suelo
firme desesperación.

754

—Como creer creo, pero...
—Pero? No basta creer?
—Hace ya tanto que muero...

—Esperar es aprender.
—Esperar es lo que quiero...
—Así se aprende a querer.

126

764

A los niños fábulas?
esos son inventos
de la ilustración
de maestros rábulas;
dadles antes cuentos,
cuentos de ilusión.

773

Pesimismo? gracias a él vivo;
si va bien, para qué vivir?
para regalarle pasivo?
existir, no! sino insistir!

Y si el mal no tiene remedio
mejor que mejor, maldecir;
que sólo así se cura el tedio;
es una bajeza morir.

790

Preside la luciérnaga en la brizna de yerba
su trono
—la santidad conserva—
y todas las estrellas giran en su torno,
en torno de la luz de amor,
divino resplandor.

127

827

MONSIEUR UNAMUNO, HOMME
DE LETTRES

Hombre de letras? no, que no soy tabla
ni humanista, ni literato;
hombre de humanidad;

soy soplo en barro, soy hombre de habla;
no escribo por pasar el rato
sino la eternidad.

128

828

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.
Buscadme, si me os pierdo,
en el yermo de la historia,

que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.
Me voy, pues, me voy al yermo
donde la muerte me olvida.

Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.

Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.

129

830

FIAT LUX!

"Sea luz!" dijo; no: sea palabra!
la palabra, pues crea, es creadora,
no creación;
el poeta, palabra, crea luz,
la luz le crea.
Filosofía?
hay que tomar la vida con poesía.

848

El hombre? El hombre es el diccionario
del universo;
su destino final —y su calvario—
ponerse en verso.

130

853

time-devouring nightingale.
R. L. Stevenson

Ve a buscar el mirlo blanco;
es al que aquel monje oyó
cantar, y en el sotabanco
del bosque se adormeció;

al pie del cielo el misterio
de las estrellas soñó,
y al volverse al monasterio
un siglo más se encontró.

855

THE AVERAGE MAN

¿El hombre medio el hombre de la calle?
¿o el de su casa debajo del techo?
¿es el hombre del monte o del valle?
Es el que sin soñar duerme en su lecho.

131

896

De niño coleccionabas
sellos, *santos* o botones,
cuescos, canicas o tabas;
colecciona hoy tus canciones.

Date prisa, date prisa,
se te va la Creación,
su Señor mismo te avisa,
haz con ella colección.

986

Date a todo, fía,
todo vuelve a tí;
no hay más alegría
que la que vertí.

Date a todo, crea;
tódo ha de volver;
Dios ha dicho: "sea";
hay que renacer.

132

1016

La última fe al fin alcanza
cuando llega el corazón
desde la desesperanza
a la desesperación.

1088

Lope de Vega, claro de improviso:
"Si el cuerpo quiere ser tierra en la tierra,
el alma quiere ser cielo en el cielo";

pero debe enmendársele el inciso:
"si el cuerpo quiere ser cielo en la tierra,
el alma quiere ser tierra en el cielo".

1189

Entrégate todo entero;
entrégate, que esto es todo;
no andes bordeando el recodo,
que lo último es lo primero.

133

1206

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo";
pero a mí mismo ¿cómo me amaré?
Es llevarme de un abismo a otro abismo,
donde tengo que tener... qué?

1304

Vivo de sueños soñados
sin saber que los soñé;
los sueños de antepasados
que al despertar olvidé.

Vivo de soñados sueños
que me soñaron a mí,
ya sombríos, ya risueños
los sueños de que nací.

1345

La fiesta fue una siesta
que no festejó nada;
la siesta fue una fiesta
tranquila y acabada.

134

LIBRO POESÍAS (1907)

1566

Este es el hombre corriente,
el del sentido común,
el de conforme y según,
a quien lleva la corriente

que se arrastra en lecho llano,
hombre del término medio
sin esquinas; qué remedio?
nada más que un hombre sano.

Es el hombre de la envidia,
el de la Santa Hermandad,
que sirve a Su Majestad
como peón de la lidia.

135

Hermosa desolación!
¿por qué robarle pobreza
a un pueblo mientras que reza
buscando resignación?

De su mano haciendo vaso,
sempiterno peregrino,
bebe lluvia en el camino
que se pierde en el ocaso.

Sobre la tierra desnuda
y en el silencio sereno
en lo más hondo del seno
su ayer al mañana anuda.

Otras poesías*

Libro POESIAS (1907)**

Al pie del sauce

Aquí, al pie del sauce,
viendo correr las aguas
apuraré en mi pecho
las penas de mi patria.

Aquí, al pie del sauce,
la historia de mi España
recorreré en olvido
de lo que en ella hoy pasa.
Enfrente, en la otra orilla,
un pescador de caña
me da cumplida imagen
de eso que llaman "masa",
del desdichado pueblo
que ni odia ya ni ama.

* Tomadas de *Obras Completas*, Ts. XIII y XIV, Madrid, Vergara Ed., 1958.

** Este subtítulo y los que a continuación se anotan, se refieren a los nombres de los libros en que aparecieron las poesías originalmente.

Aquí, al pie del sauce,
 veré correr las aguas
 por si ellas una cuna
 trajeran de pasada,
 cuna en que el cielo un niño
 dormido nos mandara,
 y es el Moisés que a todos
 nos finge la esperanza,
 el Moisés que nos saque
 de esta tierra encantada,
 y nos lleve al desierto
 donde Dios nos aguarda.
 Y un día desde el monte,
 en radiosa alborada,
 muriéndose de viejo,
 les muestre en lontananza
 brillar a nuestros nietos
 la tierra descada,
 les muestre bajo el cielo
 nacer, por fin, la patria.
 Aquí, al pie del sauce,
 veré correr las aguas,
 mientras en ellas pescan
 los pobres su mañana,
 y esperaré que el cielo
 la patria, al fin, nos abra.

En la muerte de un hijo

Abrazame, mi bien, se nos ha muerto
 el fruto del amor;
 abrazame, el deseo está a cubierto
 en surco de dolor.

Sobre la huesa de ese bien perdido,
 que se fue a todo ir,
 la cuna rodará del bien nacido,
 del que está por venir.

Trueca en cantar los ayes de tu llanto,
 la muerte dormirá;
 rima en endecha tu tenaz quebranto,
 la vida tornará.

Lava el sudario y dale sahumerio,
 pañal de sacrificio,
 pasará de un misterio a otro misterio,
 llenando santo oficio.

Que no sean lamentos del pasado,
del porvenir conjuro,
brizen, más bien, su sueño sosegado
hosanas al futuro.

Cuando al ponerse el sol te enlute el cielo
con sangriento arrebol,
piensa, mi bien, "a esta hora de mi duelo
para alguien sale el sol".

Y cuando vierta sobre ti su río
de luz y de calor,
piensa que habrá dejado oscuro y frío
algún rincón de amor.

Es la rueda: día, noche, estío, invierno;
la rueda: vida, muerte...
sin cesar así rueda, en curso eterno,
¡tragedia de la suerte!

Esperando el final de la partida
damos pasto al anhelo,
con cantos a la muerte henchir la vida,
tal es nuestro consuelo.

Libro RIMAS DE DENTRO (1923)

Incidente doméstico

Traza la niña toscos garrapatos,
de escritura remedo,
me los presenta y dice
con un mohín de inteligente gesto:
"¿Qué dice aquí, papá?"
Miro unas líneas que parecen versos.
"¿Aquí?" "Sí, aquí; lo he escrito yo; ¿qué dice?,
porque yo no sé leerlo..."
"¡Aquí no dice nada!",
le contesté al momento.
"¿Nada?", y se queda un rato pensativa
—o así me lo parece, por lo menos,
pues, ¿está en los demás o está en nosotros
eso a que damos en llamar talento?—

Luego, reflexionando, me decía:
¿Hice bien revelándole el secreto?
—no el suyo ni el de aquellas toscas líneas,
el mío, por supuesto—.
¿Sé yo si alguna musa misteriosa,
un subterráneo genio,
el espíritu errante que a la espera
para encarnar está de humano cuerpo,
no le dictó esas luces
de enigmáticos versos?
¿Sé yo si son la gráfica envoltura
de un idioma de siglos venideros?
¿Sé yo si dicen algo?
¿He vivido yo acaso de ellas dentro?

No dicen más los árboles, las nubes,
los pájaros, los ríos, los luceros...
¡No dicen más y nos lo dicen todo!
¿Quién sabe de secretos?

[Cerré el libro que hablaba]*

Cerré el libro que hablaba
de esencias, de existencias, de sustancias,
de accidentes y modos,
de causas y de efectos,
de materia y de forma,
de conceptos e ideas,
de números fenómenos,
cosas en sí y en otras, opiniones,
hipótesis, teorías...
Cerré el libro y abrióse
a mis ojos el mundo.

* El poema no tiene título en el original, por lo que se le intituló [*Cerré el libro que hablaba*], tomando la primera frase del poema, poniéndola entre corchetes. Se utiliza el mismo criterio para otros poemas que carecen de título.

Traspuesto había el sol ya la colina;
 en el cielo esmaltábanse los álamos
 y nacían entre ellos las estrellas;
 la luna enjalbegaba el firmamento,
 cuyo fulgor difuso
 en las aguas del río se bañaba.
 Y mirando a la luna, a la colina,
 las estrellas, los álamos,
 el río y el fulgor del firmamento
 sentí la gran mentira
 de esencias, de existencias, de sustancias,
 de accidentes y modos,
 de causas y de efectos,
 de materia y de forma,
 de conceptos e ideas,
 de número, fenómenos,
 cosas en sí y en otras, opiniones,
 hipótesis, teorías;
 esto es: palabras.

Sobre el libro cerrado
 que yacía en la yerba
 mas su interior a oscuras,
 descansaba una rana
 que iba rondando su nocturna ronda.
 ¡Oh Kant, cuánto te admiro!

Viendo dormir a un niño

Sueño de niño
 es como flor que se abre allá en la cumbre
 de la montaña,
 margarita de armiño,
 vera del cielo,
 que no la empaña
 polvareda del valle del tumulto
 ni herrumbre,
 como a un sueño de adulto.
 Cuando aquí, junto a mí, dormir te veo,
 niño, creo volver a la mañana
 primera
 en que Adán, el eterno,
 abrió sus ojos a la primavera
 recién nacida, y no de padre invierno.
 A través de tus párpados,
 pétalos rosa de pureza angélica,
 de célica visión místico velo,
 cielo del alba primordial, divino,
 adivino en tus ojos.
 Allí dentro, detrás de esa cortina
 sin mancha de sagrario,
 duerme su paz tu alma que ilumina
 mi camino.
 El misterio mayor de la pureza
 en tu sueño palpita,
 y es la bendita gracia que se ha hecho
 Naturaleza.

Es tus dormidos ojos el arcano
tremendo de la vida,
que en ellos el misterio soberano
de la última hora,
que sólo un niño comprender consigue
con su mente de armiño,
aunque lo ignora.
Y esa en tu boca mística sonrisa,
brisa del cielo.
¿Qué nos revela,
o qué nos ceta, di?
¿Es que estás viendo la verdad suprema,
la crema del saber?
Sí,
la más alta verdad es la del sueño
de un niño,
es el cariño, la íntima hermandad
del universo todo;
porque él duerme de Dios en el regazo
en abrazo con todo lo que es puro,
con todo lo que vive sin saberlo,
del abrigo al seguro.
De tu alma en la laguna,
cuna de calma,
cuando se aduerme,
se refleja la Mente Soberana,
la infinita Inconciencia,
que es la ciencia de Dios.
¡Pídele mientras duermes, niño mío,
que cuando al fin se duerma,
enferma de misterio el alma mía,
para no despertar,
sea con la sonrisa de tu boca
cuando le toca, brisa
de eternidad!

Libro DE TERESA (1924)

*(Rimas de un poeta desconocido, presentadas
y presentado por Miguel de Unamuno)*

[*Han vuelto los vencejos*]

Han vuelto los vencejos
(las cosas naturales vuelven siempre);
las hojas de los árboles,
a las cumbres las nieves.
Han vuelto los vencejos;
lo que no es arte vuelve;
vuelta constante es la Naturaleza
por cima de las leyes.
Han vuelto los vencejos;
¿ves cómo todo vuelve?
todo lo que ha brotado al sol desnudo
de la inexhausta fuente;
todo lo que no fue de algún propósito
producto endeble.
Han vuelto los vencejos,
¡augusto ritmo, única ley perenne!

¡El año es una estrofa
 del canto permanente!
 Todo vuelve, no dudes, todo vuelve,
 ¡vuelve la vida,
 vuelve la muerte!
 ¡Cuanto tiene raíces en la tierra
 al fin y al cabo vuelve!
 Han vuelto los vencejos,
 y al pecho aquellas mismas ansias vuelven!...
 Ahora comprenderás lo que en la vida
 quiere decirnos: "¡siempre!"
 Siempre quiere decir la vuelta, el ritmo,
 la canción de la mar en la rompiente;
 si la ola se retira
 ha de volver, pues es de lo que vuelve.
 Vuelve todo lo que es naturaleza,
 y tan sólo se pierde
 lo que es remedo vano de los hombres:
 sus artificios, invenciones, leyes...
 Han vuelto los vencejos,
 como ellos vuelven..., ¡siempre!
 con su alegre chillar el aire agitan,
 y el cielo con su rauda ir y volverse
 al caer de la tarde
 cobrar vida parece.
 No se posan, ni paran, incansables;
 sus pies, ¿pa'a qué los quieren?
 Les basta con las alas,
 criaturas celestes.
 Con ritmo de saeta, ritmo yámbico,
 los versos vivos de su vuelo tejen,
 chillando la alegría
 de sentirse vivientes...
 Han vuelto los vencejos;
 los del año pasado, los de siempre;
 los mismos de hace siglos,

los del año que viene,
 los que vieron volar nuestros abuelos
 encima de sus frentes,
 y encima de las suyas nuestros nietos
 verán también volar negros y leves.
 Han vuelto los vencejos,
 criaturas del aire que no mueren
 —¿quién muertos los ha visto?—,
 heraldos de la vida, amantes fieles
 del largo día de la mies dorada;
 ¡han vuelto los de siempre!...
 ¡Vencejos inmortales,
 alados hijos de natura fuerte,
 heraldos de cosechas y vendimias,
 mensajeros celestes,
 bien venidos seais a nuestro cielo,
 vosotros... los de siempre!





Libro ROMANCERO DEL DESTIERRO (1927)

[A una pajarita de papel]

(El 26-IV-1927 me preguntó Fernandito,
el hijo de Eduardo Ortega y Gasset,
refiriéndose a una pajarita de papel que le
había hecho: "¿y el pájaro habla?")

¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Ya está hablando!
El Hijo del Hombre, el Verbo encarnado
se hizo Dios en una cuna
con el canto
de la niñez campesina,
canto alado...
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Hable tu papel, mi pájaro!
Háblale al niño que sabe
voz del alto,
la voz que se hace silencio
sobre el fango...
háblale al niño que vive
en su pecho a Dios criando...

Tú eres la paloma mística,
tú el Santo
Espíritu que hizo el hombre
con sus manos...
Habla a los niños, que el reino
tan soñado
de los cielos es del niño
soberano,
del niño, rey de los sueños,
¡corazón de lo creado!
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Ya está hablando!

Vendrá de noche

Vendrá de noche cuando todo duerme,
vendrá de noche cuando el alma enferma
se emboce en vida,
vendrá de noche con su paso quedo,
vendrá de noche y posará su dedo
sobre la herida.
Vendrá de noche y su fugaz vislumbre
volverá lumbre la fatal quejumbre;
vendrá de noche
con su rosario, soltará las perlas
del negro sol que da ceguera verlas,
¡todo un derroche!
Vendrá de noche, noche nuestra madre,
cuando a lo lejos el recuerdo ladre
perdido agüero;
vendrá de noche; apagará su paso
mortal ladrido y dejará al ocaso
largo agujero...

¿Vendrá una noche recogida y vasta?

¿Vendrá una noche maternal y casta
de luna llena?

Vendrá viniendo con venir eterno;
vendrá una noche del postrer invierno...
noche serena...

Vendrá como se fue, como se ha ido
—suena a lo lejos el fatal ladrido—,
vendrá a la cita;

será de noche más que sea aurora,
vendrá a su hora, cuando el aire llora,
llora y medita...

Vendrá de noche, en una noche clara,
noche de luna que al dolor ampara,
noche desnuda,

vendrá... venir es porvenir... pasado
que pasa y queda y que se queda al lado
y nunca muda...

Vendrá de noche, cuando el tiempo aguarda,
cuando la tarde en las tinieblas tarda
y espera al día;

vendrá de noche, en una noche pura,
cuando del sol la sangre se depura,
del mediodía.

Noche ha de hacerse en cuanto venga y llegue,
y el corazón rendido se le entregue,
noche serena,

de noche ha de venir... ¿él, ella o ello?

De noche ha de sellar su negro sello,
noche sin pena.

Vendrá la noche, la que da la vida,
y en que la noche al fin el alma olvida,
traerá la cura;

vendrá la noche que lo cubre todo
y espeja al cielo en el luciente lodo
que lo depura.

Vendrá la noche, sí, vendrá la noche,
su negro sello servirá de broche

que cierra el alma;

vendrá de noche sin hacer ruido,

se apagará a lo lejos el ladrido,

vendrá la calma...

vendrá la noche...

Este donquijotismo

don Miguel de Cervantes, libro II, cap.

IX, v. 1000 y 1001

y el mismo caso

del libro manchego. Don Miguel camina

parte de quince a catorce.

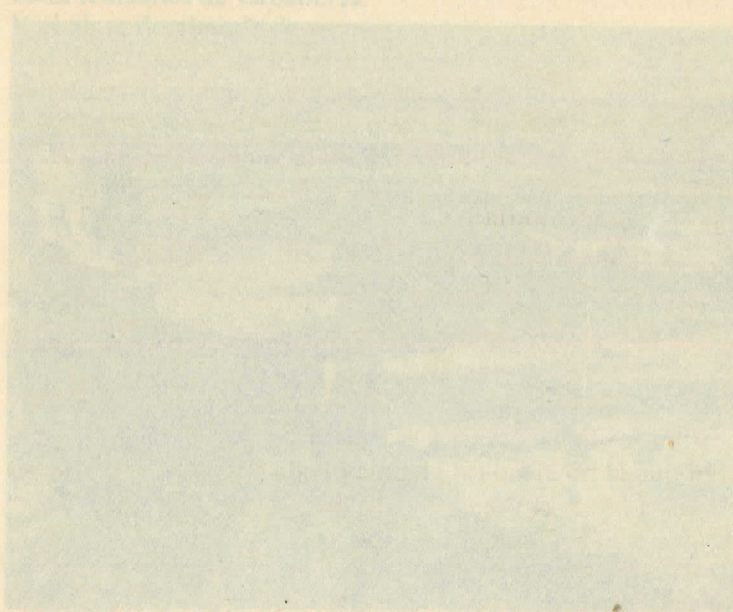
metiendo espada de oro a lo loco.

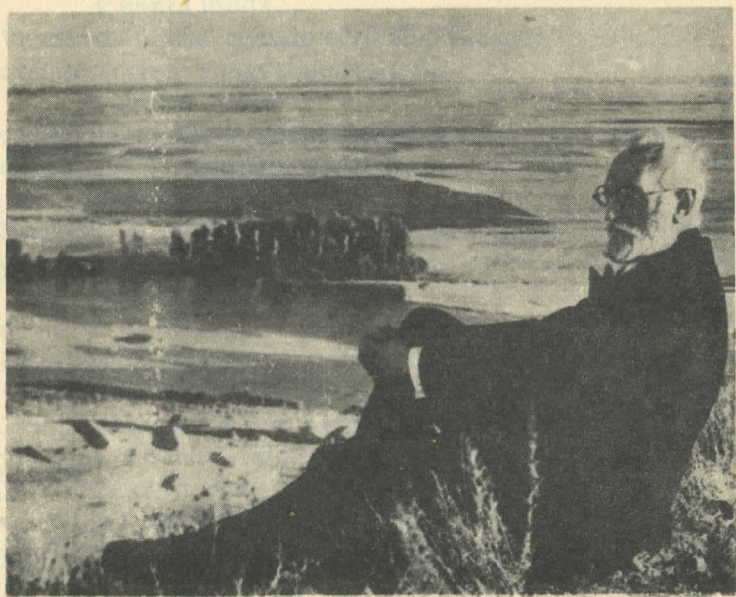
un amigo de la lengua que malicia

A un pueblo de arcos.

lechozcos y labreros y labradores.

data lechozcos de Cabaña de





A DON MIGUEL DE UNAMUNO*

Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
lechuzos y tahúres y logreros
dicta lecciones de Caballería.
Y el alma desalmada de su raza
que bajo el golpe de su férrea maza
aún duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,
antes de que cabalgue, al caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
El señala la gloria tras la muerte.
Quiere ser fundador, y dice: Creo;
Dios y adelante el ánima española...
Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

* Poesía de Antonio Machado, en Machado, Antonio, *Poesías*, Buenos Aires, Losada, 1972.

LISTA DE ILUSTRACIONES

Retrato de Don Miguel de Unamuno.....	9
Grabado de Gustavo Doré sobre la primera salida de Don Quijote (1863).	17
Dibujo de Berthod Mahn con el tema de Don Quijote y Sancho en el Toboso (1935).	37
Retrato de Don Miguel de Unamuno.....	65
Dibujo inédito del Quijote, de Ignacio Zuloaga (1945)	113
Litografía de J.J. Martínez que representa la llegada de Don Quijote y Sancho al Toboso	150
Fotografía de Don Miguel de Unamuno	156

LISTA DE ILUSTRACIONES

Se terminó de imprimir en el
mes de junio de 1985, en los
talleres de Litográfica Cultural,
Isabel La Católica 922,
C.P. 03410, México, D.F.
100,000 ejemplares.